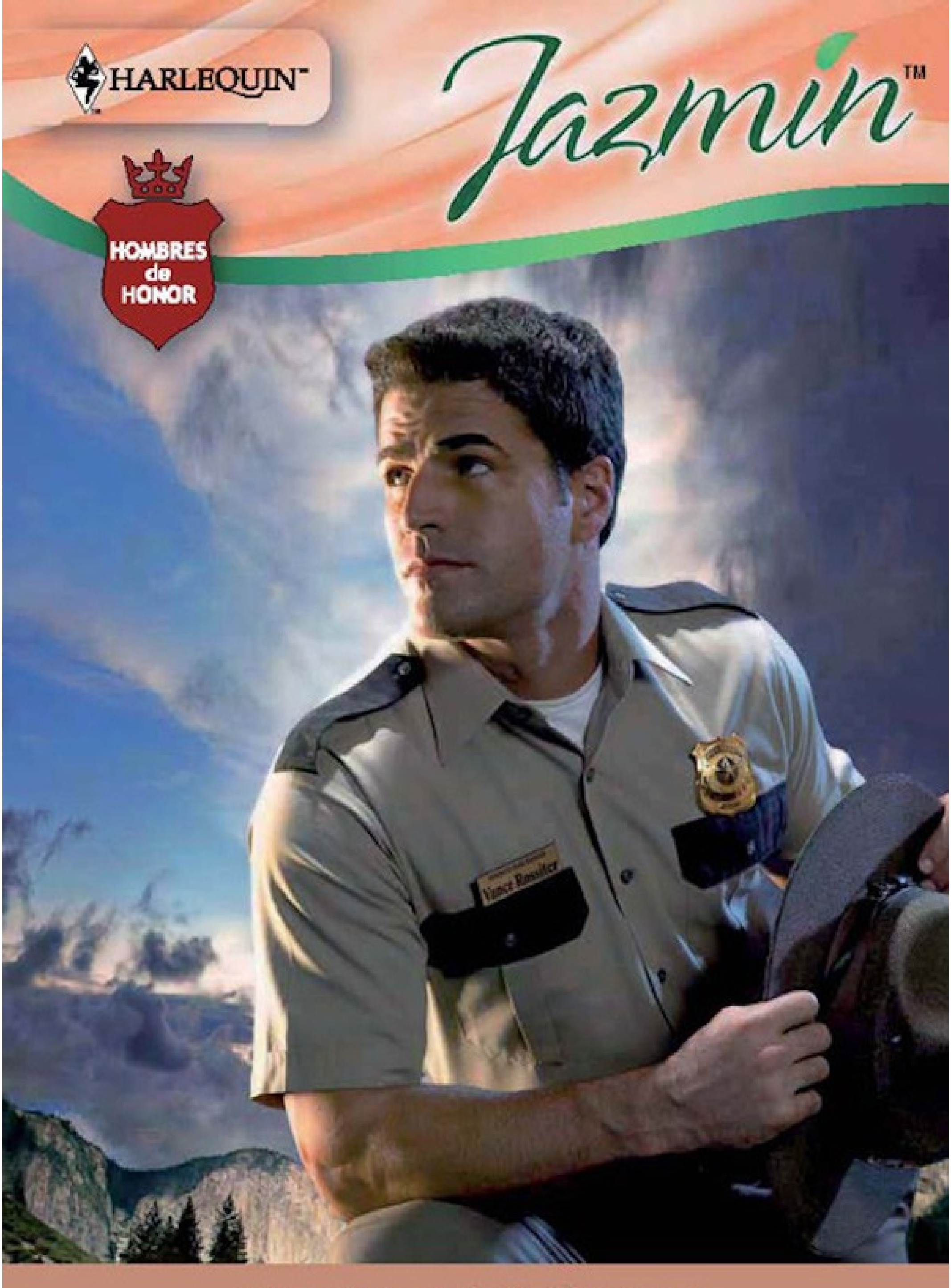


Caminos del destino

REBECCA WINTERS

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

CAMINOS DEL DESTINO, N.º 2361 - octubre 2010
Título original: The Chief Ranger
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9208-7
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

CAPÍTULO 1

–Y ENCOMENDAMOS al Señor Todopoderoso el lugar de descanso de Dorothy Twitchell Rossiter. Rezamos porque esté protegido de los elementos hasta el día en que vuelva a la vida en la resurrección de los justos. Amén.

«Amén».

Vance Rossiter echó hacia atrás la cabeza para fijar los ojos en el cielo azul de junio. Brillantes cúmulos de nubes cambiaban de forma y atravesaban un cielo inusualmente azul para Yosemite. Ése era el tipo de día favorito de su abuela. Cálido, con una brisa refrescante.

Pensando que su abuela se había ido a reunir con su abuelo en un lugar más feliz, Vance charló en voz baja con los amigos de sus padres y sus abuelos. Era la cuarta Rossiter que enterraban en el cementerio. Su familia era muy querida en la pequeña comunidad de Oakhurst, California, donde él había nacido.

Poco a poco, el grupo de asistentes fue haciéndose más pequeño. El coche fúnebre se marchó. Vance le estrechó la mano a un oficial de la compañía telefónica Sierra que había sido jefe de su abuelo. Después de despedirse del sacerdote y de la gente de la residencia donde había estado su abuela durante tres meses, se volvió hacia su mejor amigo, Chase Jarvis.

–Gracias por acompañarme hoy.

Chase le puso una mano sobre el hombro.

–¿Dónde iba a estar si no?

–¿Trabajando?

Chase sonrió.

–Los chicos de la central lo tienen todo controlado.

Vance miró su reloj. Eran las tres y diez. Con la multitud de turistas que solían bajar al parque, tardarían casi dos horas en regresar al pueblo de Yosemite.

–Es mejor que nos vayamos ya.

Los dos hombres dejaron la tumba, rodeada de flores, y caminaron hacia el Mazda negro de Vance, aparcado a un lado de la carretera.

–Ha sido extraño sentarme en un banco de la iglesia y pensar que soy el último Rossiter vivo –comentó Vance cuando hubieron salido de allí.

–Apenas puedo imaginarme cómo te sientes –repuso Chase, mirándolo con gesto compasivo.

–«Vacío» es la primera palabra que me viene a la mente.

A propósito, Vance condujo por delante de la casa donde había vivido con sus abuelos después de que sus padres murieran. Había un Honda Civic rojo en la entrada.

–¿Los nuevos inquilinos?

–Sí. Me alegro de que alguien respondiera al anuncio tan pronto. Se la he alquilado por seis meses. Yo habría preferido hacerlo por un año.

–Quizá les guste tanto la zona que decidan quedarse.

–Tal vez. Me gustaría que no se quedara vacía. A mi abuela también le gustaría.

–¿Estás bien? –murmuró Chase, cuando se estaban acercando a la entrada del parque.

–Sí. Mis abuelos tuvieron una vida plena y estaban listos para irse cuando llegara su hora. Puedo enfrentarme a eso –repuso Vance y saludó a Thompson, uno de los guardas forestales, que estaba atendiendo la entrada.

Después de la universidad, Vance se había enrolado en la marina. Había visto la muerte de cerca y se había enfrentado a ella con dignidad, incluso a la de su esposa. Su Katy se había unido al ejército como enfermera. Se habían conocido y casado en Alemania. Su breve matrimonio, de dieciocho meses, había terminado cuando ella había sido enviada al Medio Este y su convoy había saltado por los aires por una bomba. Las bajas de guerra eran inevitables, y devastadoras cuando entre ellas estaba la propia esposa.

Todo aquello había sucedido hacía cinco años. Desde entonces, Vance había dejado el ejército y había trabajado en dos parques nacionales antes de convertirse en guardabosques jefe en Yosemite. Su matrimonio había sido una serie de cortas lunas de miel, interrumpidas por la guerra. Katy y él habían sido muy felices, pero el destino no les había permitido echar raíces ni fundar una familia. A veces, la tristeza se apoderaba de él y tenía que esforzarse por dejarla atrás.

En el presente, Vance se encontraba bien. Lo único que tenía que hacer era no implicarse emocionalmente. Así, evitaría que volviera a rompérsele el corazón.

–Sólo hay dos muertes que sigo sin superar –murmuró Vance. No había conseguido olvidar la imagen, desde un helicóptero, de los cuerpos congelados de un hombre y una mujer, medio enterrados en la nieve en lo alto de El Capitán.

–No fue culpa tuya. Tienes que superarlo –le dijo Chase, tras inspirar con fuerza.

–¿Igual que tú?

–*Touché* –repuso Chase en voz baja–. Pero yo les advertí, tú no fuiste

responsable de la pareja. Se negaron a bajar de la montaña.

–Eso no es verdad. Soy responsable de la seguridad de los visitantes del parque. Después de que levantaras la alerta por tormenta, yo debí haberlos obligado a bajar.

–¿Igual que el gobierno obliga a la gente a evacuar antes de un huracán? Hay personas que se niegan a hacerlo. Piensan que son inmortales. No podemos usar la fuerza con ellos.

–La próxima vez, lo haré.

–Y yo. Nos buscaremos una demanda por ello y el superintendente Noyes pedirá nuestras cabezas en una bandeja.

–Es verdad, pero ser despedido no es lo peor del mundo cuando hay dos vidas en juego. Los Darrow dejaron a un niño huérfano –añadió Vance. Y, eso precisamente, era lo más terrible.

–De acuerdo. Esperemos que nunca vuelva a repetirse una situación como aquélla. Yo estaba aquí desde antes de que te trasladaran de Bryce. Créeme, Vance, eres muy necesario. De hecho, eres lo mejor que le ha pasado jamás a este parque. No lo olvides.

–Exageras. Pero aprecio que estés dispuesto a bajar conmigo si vuelve a repetirse algo así.

Chase se puso las gafas de sol.

–Es cierto que el accidente de los Darrow fue una tragedia, pero ellos dos fueron los culpables por hacer algo tan egoísta. Conozco a algunos padres que viajan por separado cuando tienen que ir en avión. Si a uno le pasara algo, el otro podría ocuparse de los niños.

Pero no todas las parejas piensan de ese modo. No puedes ser la conciencia de los demás, Vance.

Eso había sido lo que el psiquiatra del parque le había dicho en su terapia. Aun así, no podía quitarse de encima la sensación de culpa ni la rabia porque un niño se quedara sin padres. Algunas parejas no tenían ni idea de la suerte que tenían por ser padres. Él habría dado cualquier cosa por tener ese privilegio.

–Tienes razón –contestó Vance y apretó las manos en el volante, haciendo que la alianza se le clavara en el dedo.

Para huir del camino que estaban tomando sus pensamientos, Vance telefoneó a la central y preguntó cómo iba todo. Cindy estaba de servicio. Por el momento, no había habido emergencias.

–Siento lo de tu abuela, jefe. Me habría gustado ir al funeral, pero he tenido que hacer el turno de Baird en el último momento.

–Lo sé. ¿Qué le ha pasado?

–Tiene gastroenteritis. Está en casa, haciendo ya sabes qué.

–Me temo que sí. Gracias por no especificar.

Cindy rió antes de que Vance colgara. Él miró a Chase.

–Nuestra incorporación más reciente está soltera y es guapa.

–Iba a decir lo mismo. Sin embargo, creo que no es suficiente para seducirme.

Vance gimió.

–Los dos estamos un poco anquilosados.

Chase estaba divorciado e iba a cumplir treinta y cuatro años en agosto. A diferencia de Vance, no tenía ninguna cana todavía.

–Lo que pasa es que somos unos bichos raros.

–Así es –repuso Vance con una media sonrisa.

El doctor Joel Karsh no tenía secretaria. Él fijaba sus propias citas. Rachel Darrow entró en la recepción que había junto a su consulta privada. Después de media docena de visitas, había aprendido a llamar a la puerta de la consulta para hacerle saber que había llegado.

–Entra, Rachel.

Durante los últimos meses, Rachel había estado yendo al prestigioso psiquiatra infantil de Miami lo bastante a menudo como para sentir que habían establecido un vínculo. Lo que era bueno, pues necesitaba con desesperación la ayuda de un experto.

–Gracias por aceptar recibirme con tan poca antelación. –Me dijiste que las pesadillas de Nicky están empeorando.

–Mucho, desde que se enteró de que tengo que irme otra vez de crucero la semana que viene. Pensé que lo había superado. Ni siquiera quiere acostarse, porque tiene miedo de las pesadillas. No quiere salir de casa ni jugar con sus amigos. Está aferrado a mí. Mis padres y yo lo hemos intentando todo para darle seguridad, pero no sirve de nada.

El psiquiatra se inclinó hacia delante en su asiento.

–Tengo que decirte lo mismo que llevo diciéndote desde el principio. Como la mala salud de tu padre no le permite viajar y tu madre tiene que quedarse cuidándolo, mi consejo es que seas tú quien lleve a Nick al Parque Yosemite para que vea el lugar del accidente. Ponte en contacto con las autoridades del parque para que alguien hable con él y le explique cómo sucedió el accidente. Eso calmará su mente y podrá superar su miedo.

–¿De veras cree que eso ayudará? –preguntó Rachel, llena de dudas.

–La medicación puede sedarlo y hacerle dormir, pero el problema real está en su subconsciente, donde no hay nada resuelto todavía. Su terror

tiene una razón. Estaba con sus abuelos cuando se enteró de que sus padres habían muerto en el Parque Yosemite, un lugar que él nunca ha visto. Lo único que sabe es que nunca regresaron a casa. Nicky ni siquiera vio sus cuerpos. No le hicieron ningún favor al no llevarlo al entierro. Sólo asistió a la misa y eso no significa nada para un niño de cinco años. Por decirlo de alguna manera, está desconcertado y confuso.

–Nunca habla de Michelle –murmuró Rachel.

–Lo hará, cuando llegue el momento. Tú me has contado que fue una gran madre. Por eso, Nicky no se permite pensar en ella todavía. Tú eres su tía y tienes una edad similar a la de sus padres muertos. Después de haber visto las fotos, sé que te pareces mucho a tu hermano y a Nicky. El niño se siente unido a ti, más que a sus abuelos, que son mucho mayores y más sedentarios. Le aterroriza perderte en el mar –afirmó el psiquiatra–. No es raro que sus sueños se hayan hecho más violentos. Ahora es un año mayor. Por mucho que tú quieras protegerlo, verá violencia en la televisión y en el cine. Nicky conoce más de la vida, por eso es normal que sus demonios sean peores y su imaginación esté desbocada. Su mente se pregunta qué cosa terrible irá a pasarte cuando estés fuera de su vista. Te prometo que la verdad no será ni la mitad de dura que sus pesadillas. Necesita cerrar algo que sigue sin comprender. Y la verdad es que tú también lo necesitas.

Rachel apartó la mirada. El doctor Karsh tenía razón. Ella había eludido la idea de viajar a California, temiendo no ser capaz de soportarlo.

Dos semanas después de descubrir la infidelidad de su prometido y anular la boda, Rachel había sido informada de que su hermano y su cuñada habían muerto en una tormenta de nieve en El Capitán, en Yosemite. Sumida en la mayor de las agonías, no había querido escuchar a Steven, su novio infiel, que había intentado recuperarla. Ella había volcado toda su energía en Nicky.

Cuando se había enterado de la trágica noticia, Rachel había estado de viaje en un crucero, donde trabajaba como administrativa. Los restos de los padres de Nicky habían sido entregados en Florida antes de que ella hubiera podido regresar a casa. Toda su familia había estado conmocionada.

El pequeño Nicky seguía sufriendo. Era un milagro que pudiera asistir a la guardería. Rachel había tenido que acompañarlo todas las mañanas y sentarse con él parte del día para darle seguridad. Y nunca había llegado tarde a recogerlo al final de la mañana.

Aunque se había comprado una pequeña casa adosada frente al mar al terminar la universidad, se había visto obligada a alquilarla y mudarse con

sus padres, para ayudar a cuidar de su precioso sobrino. En los últimos diez meses, sólo había salido de crucero seis veces.

Habían coincidido con las vacaciones escolares de Nicky. En esas ocasiones, el pequeño siempre se había aferrado a sus abuelos mientras había esperado con ansiedad el regreso de Rachel. Para la madre de Rachel era difícil cuidar de su esposo enfermo y de un niño de cinco años, y Rachel no podía solicitar más tiempo libre en su trabajo.

Si llevar a Nicky a Yosemite iba a ayudarlo a curarse, entonces tenía que hacerlo, se dijo, aunque eso significara abrir sus heridas de nuevo.

En secreto, Rachel albergaba un hondo resentimiento contra las autoridades del parque. Su equipo de seguridad había tenido la responsabilidad de proteger a los turistas. Si se hubieran tomado las medidas oportunas, aquella horrible tragedia nunca habría sucedido.

Había sido el primer viaje de Michelle y Ben a California. Nunca habían subido a montañas como ésas y no debían haberlo hecho sin supervisión.

¿Habría sido expulsado el guardabosques de servicio en el momento del accidente? Rachel se proponía averiguarlo. Si se enteraba de que seguía trabajando allí, pediría responsabilidades. Incluso, tal vez, lo demandaría para que lo despidieran. Eso no le devolvería sus padres a Nicky pero, tal vez, prevendría otra muerte como la suya.

–Voy a seguir su consejo –dijo Rachel al fin–. Nicky está de vacaciones ahora mismo, así que voy a aprovechar el momento.

–No puedo garantizar que el viaje sea una cura perfecta, pero será un gran paso adelante. Llámame cuando regreses para que hablemos de nuevo.

–Lo haré –afirmó ella y se puso en pie–. Gracias, doctor Karsh. No hace falta que me acompañe a la salida.

Al llegar al coche, Rachel llamó a su jefe. Por suerte, estaba en la oficina y ella aprovechó para explicarle su situación, algo que debía haber hecho hacía meses.

No sólo iba a ausentarse del próximo crucero, sino que presentaba su dimisión. La salud mental de Nicky estaba en juego. El niño debía ser su prioridad, incluso si eso significaba cambiar de profesión.

A su jefe no le gustó, pero dijo que lo entendía. ¿Estaría ella dispuesta a aceptar un trabajo de oficina en Miami?, le ofreció. Cuando Rachel le recordó que el hombre con quien había roto su compromiso trabajaba en la central de la compañía en Miami, desecharon la idea. Antes de colgar, ella prometió presentarse el martes siguiente para entregar su dimisión formal.

Tras haber tomado esa decisión, sintió que se quitaba un peso enorme

de encima. Por supuesto, le preocupaba tener que encontrar otro trabajo, pero se enfrentaría a ello cuando volvieran de California.

Veinte minutos después, llegó a la casa de sus padres en Caseil Heights, donde Ben y ella se habían criado. El cuarto de invitados había sido redecorado para Nicky. Ella lo había pintado de blanco y azul y le había comprado cortinas y una funda de edredón con sus héroes favoritos: Spiderman y los Power Rangers.

Antes de que Rachel tuviera tiempo de llegar a la puerta, el niño salió corriendo de la casa para abrazarla. El pequeño era rubio, con el pelo rizado, y un poco más alto que la media de su edad, con anchos hombros y fuertes piernas.

Tal vez no fuera objetiva pero, para Rachel, Nicky era el niño más guapo del mundo. Ojalá aquel viaje sirviera para que Nicky pudiera apaciguar su corazón.

–¿Por qué hoy no me has llevado contigo? –quiso saber Nicky.

–Porque estaba planeando una sorpresa.

–¿Qué clase de sorpresa?

–Ven conmigo y te lo diré.

Desde el vestíbulo, a través de la ventana del comedor, Rachel miró hacia el patio, donde sus padres solían pasar las mañanas cuidando el jardín. Su padre tenía problemas de corazón, lo que hacía que se cansara con facilidad. Sacaba un par de malas hierbas y, luego, tenía que echarse en la tumbona. Su madre se ocupaba del resto. Quizá, pronto los médicos contarían con un nuevo método quirúrgico para solucionar la arritmia de su padre, pero por el momento debía seguir medicándose.

Rachel los llamó por la ventana para avisarles de su regreso. Ambos sabían que había ido al psiquiatra, así que no le hicieron preguntas delante de Nicky.

–Ahora vamos con vosotros –dijo Rachel. –Tómate tu tiempo –repuso su padre, mirándola con ansiedad.

Rachel iba a tener que satisfacer la curiosidad de su padre cuando estuvieran a solas. Pero, primero, debía hacer lo más importante. Respiró hondo y acompañó a Nicky a su habitación. El niño había hecho la cama como mejor había podido y ambos se sentaron encima.

–¿Cuál es la sorpresa? –preguntó él, impaciente.

–Tú y yo vamos a irnos de viaje, si puede ser, mañana –dijo Rachel, tomándole la mano.

Nick parpadeó.

–¿Adónde?

–A California –contestó ella, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

–¿Dónde murieron mamá y papá? –preguntó Nicky tras una larga pausa.

–Sí –respondió ella–. Quiero hablar con uno de los guardabosques y ver el lugar donde ocurrió.

–¡Yo también! –exclamó Nicky, dando un salto.

–¿Sí? –preguntó Rachel, impresionada por la rápida aceptación del niño. –Sí. ¿Pero no tienes miedo? –¿Miedo de qué, tesoro? –De que nosotros muramos también –explicó Nicky y se mordió el labio inferior.

Rachel meneó la cabeza y lo abrazó.

–Claro que no. Te prometo que no va a sucedernos nada. –Entonces, ¿por qué no hemos ido antes? Rachel lo miró con los ojos empañados. El doctor Karsh era un genio, pensó. Desde el principio, el psiquiatra le había aconsejado hacer el viaje y le había advertido de que debía ser honesta con su sobrino, por muy difícil que le resultara. De alguna manera, el miedo que ella sentía era peor que el de Nicky.

–La verdad es que he estado tan triste que no he sido capaz de hacerlo hasta ahora.

–¿Porque también querías mucho a mamá y a papá?

–Sí, tesoro. Eso es.

–El abuelo y la abuela no podrán venir.

–No –contestó Rachel y se limpió las lágrimas–. Mientras estemos fuera, ellos se quedarán aquí. ¿Te parece bien? –Quiero que se queden. El abuelo está demasiado cansado para viajar.

–Tienes razón –afirmó Rachel y le acarició el pelo–. Tengo que hacerte una pregunta importante. Como nunca has ido en avión, ¿te gustaría volar hasta allí? Si no, podemos ir en tren o en mi coche. Tú decides.

–¿Podemos ir en avión?

–Sí.

–Eso es lo que quiero hacer. ¿Durante cuánto tiempo vamos a estar fuera?

–Todavía no estoy segura. ¿Por qué? ¿Te preocupa?

–No. Quiero que estemos mucho tiempo fuera para que no tengas que irte en ningún crucero. –Sé que no te gusta mi trabajo. –¿Por qué tienes que

trabajar? –Para ganar dinero. Todo el mundo tiene que ganar dinero para vivir. –Me gustaría que te quedaras todo el tiempo conmigo –dijo él, bajando la cabeza. –¿Sabes qué? Cuando regresemos de Yosemite, voy a buscarme un trabajo cerca de casa.

–¿Qué clase de trabajo?
–Todavía no lo sé.
–¿Pero ya no vas a ir en barco más?
–No. Trabajaré cerca de ti y los abuelos.
Nicky la abrazó con tanta fuerza que ella se habría caído si no hubiera estado sentada en la cama.
–Vamos –dijo Rachel, riendo–. Vamos a mi habitación a hacer las reservas.
Rachel se sentó delante del ordenador. Tras sacar su tarjeta de crédito del bolso, abrió la página web del Parque de Yosemite.
Nicky se apoyó en su brazo izquierdo. Por suerte, ella era diestra.
–¿Qué dice?
–El Parque Nacional de Yosemite tiene unos dos mil kilómetros cuadrados de bosques salvajes. Fue creado en 1890 para preservar una parte de las montañas de Sierra Nevada, al este de California. El parque tiene una altura de entre medio kilómetro y cuatro kilómetros sobre el nivel del mar.
–¿Cuatro kilómetros? –gritó Nicky, intentando imaginar tal inmensidad. Rachel también estaba bastante impresionada, pues ellos siempre habían vivido al nivel del mar.

–Dice que tiene un bosque de pinos, tres bosques de secuoyas y muchas cataratas impresionantes, con pendientes y formaciones rocosas poco comunes.
La oficina central del parque y varios hoteles estaban situados en el pueblo de Yosemite. Tras investigar los horarios de varias compañías aéreas, Rachel decidió que, probablemente, la manera más fácil de llegar hasta allí era volar hasta Merced, California. Desde Miami, salían docenas de vuelos por la mañana. Comprobó si había plazas disponibles.
–Bien. He reservado plaza en un vuelo a Charlotte por la mañana. Desde allí, volaremos a Las Vegas y, luego, a Merced. Desde el aeropuerto de Merced, iremos en coche a Yosemite –explicó Rachel.
Lo mejor sería conseguir alojamiento en el valle de Yosemite, pensó. Aunque era verano y, tal vez, habría muchos turistas. El día siguiente era martes. Quizá, tendrían suerte y encontrarían una habitación antes de que llegara la avalancha de visitantes del fin de semana.

–Hemos tenido suerte, Nicky. Tienen una habitación en el Yosemite Lodge para el martes y el miércoles.

–¿Sólo vamos a quedarnos dos noches?

–No, tesoro. Pero en junio hay muchos turistas y sólo podemos quedarnos en ese hotel dos noches. Después, tendremos que buscar otro sitio. Está cerca de las cataratas de Yosemite. ¿Ves la foto?

–¡Vaya! Parece de una de mis películas de Tarzán.

El niño tenía razón. Y Rachel no lo había visto tan emocionado desde hacía más de un año.

–¿Quieres apretar este botón? Él asintió y lo hizo. Pronto, se abrió la ventana que anunciaba la confirmación de la reserva.

–Dice que tenemos el hotel reservado. Ahora sólo nos falta alquilar un coche –señaló Rachel. Tras un par de minutos, reservó uno en el aeropuerto de Merced–. Mientras les cuentas nuestros planes a los abuelos, yo sacaré las maletas. ¡Tenemos que empezar a prepararnos!

Vance estaba al teléfono con el superintendente No-yes cuando su secretaria, Beth, entró en el despacho y le dejó un mensaje sobre la mesa.

–Que pasen –le dijo Vance a su secretaria, después de leer el mensaje.

Beth, una mujer morena de mediana edad, asintió y salió.

El jefe Sam Dick y su esposa, Ida, no necesitaban tener cita con él. Para Vance era personas muy importantes y siempre serían bienvenidos en el parque. Cuando él había sido adolescente, Sam le había enseñado un camino secreto que salía del valle de Yosemite hacia el valle Hetch Hetchy en el noroeste. Sam había sido responsable de parte de la magia que había acompañado la niñez del guardabosques.

Un minuto después, la pareja de viejos indios Paiute entró en su despacho. Vance le dijo al superintendente que lo llamaría luego. Después de colgar, se acercó a ellos y les estrechó la mano.

–Es un honor, jefe. Por favor, siéntate.

–Gracias, jefe –replicó Sam con una sonrisa. Era una broma entre ellos.

Vance se rió porque su título de jefe sólo tenía unos pocos años de antigüedad y desaparecería si lo transferían a otro sitio. Aunque esperaba que, con suerte, viviría y trabajaría en Yosemite el resto de sus días.

Vance había crecido usando el parque como su propio jardín. Para él, era su hogar, pero había sido el hogar del jefe Sam desde mucho tiempo antes. Sam había recibido su título de generaciones de indios Paiutes que

habían habitado en Yosemite mucho antes de que hubieran llegado los europeos.

Los dos visitantes de pelo gris se sentaron en unas sillas frente al escritorio de Vance. Luego, Sam le entregó un gran sobre marrón.

–Mira esto.

Vance regresó a su silla y examinó las dos fotos que contenía el sobre. Eran idénticas, copias de una foto histórica de un asentamiento de Paiute en Yosemite, tomaba por el fotógrafo inglés Edward Muybridge.

–Mira la copia que tiene el número uno al dorso. Esa foto está en la Biblioteca Bancroft –informó Sam–. Ahora mira la copia dos. Está en la Biblioteca de Yosemite, pero fíjate en que el título de Asentamiento Paiute no está ahí.

Vance la miró de cerca y comprobó que así era.

–Alguien ha puesto el título Asentamiento Miwok en vez de eso – añadió Sam y miró a Vance con gesto solemne–. Algo está pasando aquí. ¿Por qué quitaron el título original? No había Miwoks entre nosotros en este valle. Ahora comprenderás por qué los Paiutes no confían en las autoridades del parque. Creo que alguien está intentando ayudar a los Miwoks de la sierra sur a conseguir reconocimiento federal. ¿Qué vas a hacer acerca de ello, jefe?

La suya no era una visita informal. Sam había ido a hablar con él de jefe a jefe. En el sentido histórico, era todo un honor para Vance. Pero, en el mundo moderno, temió que fuera la punta de un iceberg político relacionado con las difíciles relaciones entre Paiutes y Miwoks. Según los antropólogos, ambas tribus habían tenido un pasado en común en el parque que se remontaba a trece mil años atrás.

–Yo soy descendiente de los indios Yosemite y sé algo –declaró Sam–. Las autoridades del parque deberían escucharnos en vez de intentar desacreditarnos. Después de todo, ¿quién conoce la historia mejor que nosotros? ¿Un puñado de hombres blancos que leen libros escritos por otros hombres blancos y sus jefes, interesados en construir un casino?

–Siento tu dolor, Sam –afirmó Vance y respiró hondo–. Dame tiempo. No tengo ni idea de quién manipuló esta foto, pero averiguaré qué está pasando y…

El sonido del teléfono lo interrumpió. Beth no le habría pasado una llamada mientras estaba reunido si no hubiera sido una emergencia. Vance levantó la mano para indicar que debía responder.

–Rossiter al habla.

–¿Vance? –dijo Chase, sin preámbulos–. Han llegado dos visitantes al parque que debes conocer.

Entre otras tareas, Chase estaba a cargo del mostrador de información y no pasaba nada en el parque que él no supiera.

–¿Alguien del gobierno? –preguntó Vance, frunciendo el ceño.

–Nada de eso –murmuró su amigo–. Una tal Rachel Darrow acaba de inscribirse para realizar una visita.

¿Darrow? La mera mención de aquel apellido hacía que Vance se encogiera. Apretó el teléfono con más fuerza.

–Planea hacer una excursión al lago Mirror. Ya he avisado a los de seguridad. Sims está al tanto.

Con la ayuda de Mark Sims, Vance había incrementado el nivel de seguridad dentro de las fronteras del parque. Había cámaras que tomaban fotos de todos los coches y las matrículas. No se permitía entrar a nadie si no indicaba cuáles eran sus planes de visita, su dirección, una persona de contacto, su teléfono y la duración de la visita.

–¿De dónde viene?

–De Florida.

–Entonces, no es una coincidencia –comentó Van-ce, inundado en sudor frío. –Me temo que no –repuso Chase–. Viene con ella un niño.

–¿De qué edad? –inquirió Vance y se puso en pie.

–Diría que, al menos, cinco años. Tal vez, seis. Yo estoy tan sorprendido como tú. –¿Dónde están ahora? –Afuera con un grupo de turistas, esperando a Bob,

que es quien va a guiar la visita. No pienso dejar que vayan a ninguna parte, por supuesto, pero ella no lo sabe todavía. ¿Cómo piensas encargarte de esto?

Vance sintió que la cabeza le daba vueltas.

–Dile que he sido informado de su visita y me gustaría que viniera a mi despacho antes que nada.

–Yo mismo te la llevaré. Estaremos allí dentro de unos minutos.

Cuando Vance colgó, posó los ojos en Ida y Sam, que también se habían puesto en pie. El sabio jefe indio lo miró con gesto misterioso, como solía hacer cuando estaba teniendo una visión.

–Después de diez primaveras, ayer encontramos tres polluelos de búho gris cerca de los confines de Tuolumne Meadows –dijo el viejo–. Se te va a presentar una gran oportunidad que cambiará tu vida.

Ida asintió.

Vance sabía muy bien de qué zona estaba hablando Sam. Descubrir que el gran búho gris, en peligro de extinción, había anidado de nuevo allí era una buena noticia para el parque. Pero aquella premonición, justo

después de la llamada de Chase, hizo que se le pusieran los pelos de punta. Las profecías del jefe Sam siempre solían cumplirse. Y él no podía soportar que su trabajo en el parque se viera amenazado. Pero, en ese momento, no había tiempo para intentar descifrar la visión de Sam.

–Dejad que me quede estas fotos –pidió Vance, conmocionado por las revelaciones de los últimos minutos–. Os llamaré para hablar sobre este asunto en cuanto pueda.

–Bien. Nos vemos, jefe. Vance los acompañó a la salida y se detuvo ante la mesa de Beth.

–Chase va a traer una pareja de visitantes importantes a mi despacho. A menos que sea una emergencia, no quiero ser molestado.

–Entendido.

–Gracias.

Vance regresó a su despacho y devolvió la llamada al superintendente, para establecer otro día para seguir hablando. En ese momento, tenía la cabeza demasiado ocupada como para idear nuevas estrategias para atraer a las minorías al parque. Repasarían la agenda del Servicio de Parques Nacionales en otra ocasión. Después de quedar con el superintendente para el viernes por la mañana, colgó el teléfono.

En ese momento, la puerta se abrió y entró una rubia impresionante, de mediana estatura.

–¿Señor Rossiter?

Él se puso en pie.

–Soy Rachel Darrow. Su secretaria me ha dicho que entrara.

–Por favor –dijo él y se acercó para estrecharle la mano.

A simple vista, la mujer parecía tener alrededor de veinticinco años. Los vaqueros azules que llevaba se ajustaban a sus curvas a la perfección.

–Jarvis me ha informado de que la acompaña un niño.

Ella lo miró con ojos poco amistosos, tomándolo por sorpresa.

–Sí –replicó Rachel en voz cortante–. Es obvio que mi apellido le ha sonado al guardabosques que nos atendió. Me ha dicho que no podemos ir a ninguna parte hasta que hable con usted.

–Eso es.

–Quien nos atendió sabía que usted quería que esta reunión fuera privada, así que se ofreció a mostrarle las oficinas a mi sobrino.

Así que era la hermana de la víctima, pensó Vance.

–¿Cómo se llama el niño?

–Nicky.

El niño que tanto le había preocupado a Vance al fin tenía un nombre.

–¿Cuántos años tiene?

–Ha cumplido seis hace tres semanas. ¿Era usted el encargado del parque cuando mi hermano y mi cuñada murieron? –inquirió ella, yendo directa al grano.

Lo agresivo de su pregunta tomó a Vance por sorpresa. –Sí. Decir que lo siento no podría expresar ni la milésima parte de mis sentimientos.

Ella lo miró sin pestañear.

–Yo no voy a intentar describir los míos. Sólo dígame una cosa: ¿su accidente pudo haberse prevenido?

Vance sintió un nudo en el estómago.

–Sí –contestó él, sin titubear.

–En otras palabras, puede que usted sea el rey del parque natural, pero sus subordinados se quedaron dormidos durante su turno y dos vidas se perdieron como consecuencia de ello.

Vance tuvo que aclarar las cosas.

–Mis subordinados no tuvieron nada que ver. Podría haberlo prevenido yo mismo. La señorita Darrow puso gesto implacable. –Así que admite su culpa. –Sí. Toda la culpa es mía. Un gesto de hondo dolor se dibujó en el rostro de ella.

–¿Y lo admite así, sin más? –gritó Rachel.

–Sí –repuso él e hizo un esfuerzo para seguir respirando.

–Trabajo en una línea de cruceros. En el barco, el capitán es responsable de mantener la seguridad. Si un desastre así hubiera tenido lugar bajo su cargo, habría sido relevado de su puesto y nunca más habría vuelto a navegar.

Ella no sabía que él mismo se había dicho mil veces todo aquello.

–Si ha vuelto al parque con la intención de demandarme por negligencia, quizá debería hacerlo.

Era lo que se merecía, decidió Vance.

–Tal vez lo haga.

Pálida con la leche, Rachel se dio media vuelta y salió de su despacho, dejando a Vance anonadado. Podría haber ido detrás de ella, pero sólo habría conseguido montar una escena. Tenía que calmarse antes de volver a verla. Además, apreciaba mucho su privacidad y no le gustaba alimentar los inevitables rumores de los empleados. Los cotilleos eran algo inherente a una comunidad pequeña y cerrada como aquélla.

El teléfono sonó, sacándolo de sus pensamientos. Vance se giró para responder.

–¿Sí? –dijo Vance con desacostumbrada rudeza.

–¿Jefe? Soy Mark. Tengo la información que Cha-se me pidió sobre la señorita Darrow y su sobrino. ¿La quieres ahora?

–Adelante –respondió Vance y cerró los ojos.

–En su pasaporte, aparece como soltera, tiene veintiocho años y es de Miami, Florida. Trabaja para la línea de cruceros Nuevo Mundo que sale del puerto de Miami. Anoche se registró en el Yosemite Lodge con su sobrino, Nicolás Darrow, y también tiene habitación reservada para esta noche. Habitación quince. Conduce un coche de alquiler azul del aeropuerto de Merced. La vuelta de su vuelo a Florida está abierta. ¿Necesitas más información?

–No. Está bien.

–¿Es la…?

–Sí –lo interrumpió Vance. Mark había estado de servicio el trágico día en que habían sido descubiertos los cuerpos congelados de los Darrow–. Es la hermana de Ben Darrow –añadió en voz baja.

–Vaya. ¿Puedo hacer algo más?

Vance se aclaró la garganta.

–Sigue sus movimientos y mantenme informado –le pidió Vance con ansiedad. Sonaba como si estuviera fuera de control, se dijo. ¡Y, diablos, lo estaba!

–Ya le he pedido a Chase que lo haga.

–Bien –repuso Vance, obligándose a calmarse–. Por cierto, muchas gracias por conseguirme la información tan rápido, Mark.

–De nada.

En cuanto hubo colgado, Beth entró en su despacho.

–El señor Thurman, del servicio forestal, está en la sala de reuniones con los demás, esperándote. Pero no tienes buen aspecto –observó la secretaria, a la que no se le pasaba nada por alto–. ¿Le digo que empiece la presentación del vídeo sin ti?

–Sí. Me reuniré con ellos enseguida.

–Tengo analgésicos, si te hacen falta.

–Gracias, pero no –respondió Vance. No se había inventado el medicamento que pudiera curar sus males.

CAPÍTULO 2

TEMBLANDO, Rachel salió al vestíbulo en busca de Nick. Cuando había entrado en el despacho del guardabosques jefe hacía unos minutos, no había esperado en absoluto que el hombre admitiera su culpa.

–¿Rachel?

Rachel se giró y se encontró con su sobrino, que corría hacia ella. Jarvis lo seguía, llevándole el sombrero. Nicky la abrazó de la cintura.

–¿Podemos irnos a caminar ya?

¿Caminar?

Jarvis, el guardabosques parado junto a Nicky, la miró con curiosidad. Tendría que haber estado ciego para no darse cuenta de cuánto la había afectado el breve encuentro con su jefe.

–He decidido que daremos un paseo por el pueblo y visitaremos las cascadas primero –señaló ella, consciente de que necesitaba recomponerse. Avergonzada por su comportamiento, lanzó una mirada al guardabosques que los acompañaba–. Gracias por cuidar a Nicky.

–Ha sido un placer. ¿Dónde se alojan?

–En Yosemite Lodge –respondió Nicky con inocencia.

–¿Quieren que quedemos para cenar en el comedor del hotel? Yo tengo que comer y supongo que ustedes también. Tienen buenas hamburguesas.

¿Le habrían ordenado al guardabosques que cuidara de Nicky para que el niño se sintiera especial?, se preguntó Rachel. ¿Sería un intento de firmar la paz? Ella no estaba de humor para tener compañía, pero después del favor que le había hecho al cuidar a Nicky, no pudo negarse.

Al menos, Jarvis no se parecía en nada al guardabosques jefe, cuya admisión de culpa la había conmocionado. Sus ojos azules no habían pedido comprensión. No había puesto ninguna excusa para la tragedia que se había llevado a su hermano y su cuñada, y eso la había enfurecido hasta la médula.

–Gracias, Jarvis. Le esperaremos para cenar, entonces. Pero si te surge una emergencia, lo comprenderemos.

–Esperemos que esta noche sea tranquila –repuso Jarvis y miró a ambos–. Nos vemos después –se despidió, con un gesto de su sombrero.

Nicky levantó la vista hacia su tía.

–Me ha dicho que el lobo que vimos en la carretera era un coyote, porque en el parque no hay lobos.

–Me alegro –señaló ella, aunque seguía pensando en la feroz entrevista

que había tenido con el jefe.

Nicky y Rachel salieron juntos del edificio. Ella le puso una mano sobre el hombro.

–Vamos a dar ese paseo –dijo ella y comenzaron a caminar entre las multitudes de turistas.

–¿Estás enfadada? –preguntó el niño.

Rachel debió haber sabido que no podía ocultarle a Nicky sus sentimientos.

–¿Por qué, tesoro?

–¿Por qué no te gusta el guardabosques?

Nicky se confundía de guardabosques, pensó ella.

–Lo siento si he parecido descortés. No era mi intención. Me parece un hombre muy amable. La verdad es que estoy cansada por el viaje.

–¿Quieres tumbarte un poco?

–Gracias por preguntar, pero no. Hemos venido a ver todo lo que podamos. ¿Quieres que vayamos a comprar un refresco para el camino?

–Yo quiero refresco de zarzaparrilla –dijo Nicky.

–Yo también.

Mientras esperaban en la cola para pagar las bebidas, Rachel se dio cuenta de que ella misma había estropeado su primera reunión con el guardabosques jefe. En vez de comportarse como una mujer madura en busca de respuestas, había actuado como una adolescente furiosa y sin cerebro. Como consecuencia, no había averiguado nada sobre la muerte de su hermano y se había ganado un enemigo. Qué tonta había sido.

La única razón de estar allí era ayudar a Nicky, se recordó. Y, por el momento, lo único que había hecho había sido preocupar a su sobrino por haber dejado que la afectara tanto el jefe del parque. Debía haber estado por encima de la actitud provocadora de ese hombre y haberse concentrado en su misión.

Después de que regresaran de su paseo, llamaría a las oficinas del parque y pediría otra cita con él, con suerte para el día siguiente por la mañana. Debía disculparse y empezar de cero. Escucharía la explicación del hombre junto con Nicky. Su sobrino le haría todas las preguntas que quisiera y organizarían una visita a lo alto de El Capitán, donde había sucedido el accidente. Cuando Nicky estuviera satisfecho, podrían irse.

Después de tomar esa decisión, Rachel fue capaz de disfrutar del paseo y la belleza agreste del valle Yosemite. Aquel paraíso de formaciones rocosas esculpidas por el glaciar y bosques de pinos bajo el cielo azul era muy diferente de Florida.

Cuando llegaron a las cascadas, una fina neblina los envolvió. La

humedad los refrescó. Al fondo, se escuchó la voz de un guía.

–Las cataratas tienen una altura de casi un kilómetro. Las cascadas intermedias recorren lagunas escondidas en la estrecha garganta del desfiladero. Si se fijan en el acantilado de la derecha, verán que está poblado de musgo y liquen porque siempre está mojado. Los escaladores lo llaman La Pared negra. Para escalarla, hay que saber soportar el ruido –explicó el guía, suscitando sonrisas entre su público.

Antes del accidente, Michelle y Ben debían de haber visitado la catarata. A Rachel se le saltaron las lágrimas al pensar que algo tan trágico pudiera haber sucedido en un lugar paradisiaco como aquél. Entonces, posó la mirada en Nicky, que parecía hipnotizado por el espectáculo, y sintió un inmenso amor por él. El niño se había convertido en el centro de su vida. Haría cualquier cosa por él.

Desde el momento en que Nicky había perdido a sus padres, Rachel lo había querido como a un hijo. Incluso había dado los pasos necesarios para adoptarlo y esperaba que, algún día, Nicky la llamara mamá. Pero, primero, los dos tenían que superar el pasado. Por eso estaban allí.

Más tarde, en su camino de regreso al hotel, el teléfono móvil de Rachel sonó. Eran sus padres.

–Hola, mamá. ¿Cómo estás? ¿Y papá?

–Estamos bien. ¿Cómo está Nicky?

–Está muy bien, pero sólo hemos empezado con la visita –contestó Rachel. Aquélla era una forma de decirle a su madre que aún no habían subido a El Capitán. Ella sabía que era especialmente doloroso para sus padres el no poder estar allí con ellos–. Es… muy bonito –añadió.

–No lo dudo. ¿Te han ayudado los encargados del parque?

–Sí –contestó ella. De hecho, si aún no tenía las respuestas que había ido a buscar, era sólo culpa suya.

–Me alegro. Bueno, cariño, me doy cuenta de que no puedes hablar. Llámanos esta noche cuando Nicky esté dormido.

–Lo haré.

–Steven vino por aquí anoche, sólo te lo digo para que lo sepas.

–Lo nuestro terminó hace tiempo. No debería ir por allí a molestaros.

–Lo que te hizo es imperdonable, pero tengo que admitir que nunca he visto a ningún hombre tan arrepentido. Dice que hará lo que haga falta para recuperarte.

Después de un año, Steven debería haberse dado por vencido, pensó Rachel.

–¿Le dijiste dónde estoy?

–No, sólo le dije que te habías ido de viaje con Nicky.

–Gracias, mamá. Lo último que quiero es que se presente aquí –contestó Rachel. Steven estaba siendo tan insistente que no le sorprendería que lo hiciera.

–Lo sé. Bueno, cuidaos mucho. Dile a Nicky que lo quiero y recuerda que tu padre quiere hablar contigo esta noche.

–Prometo que os llamaré. Hasta pronto.

–¿Rachel? –llamó Nicky en cuanto ella hubo colgado–. ¿Están bien los abuelos?

–Sí. Me han pedido que te diga que te quieren.

–Yo también los quiero. ¿Podemos ir a nadar a la piscina antes de cenar? –Creo que es una idea genial. Volvamos rápido al hotel.

En cuanto el equipo del turno de noche entró en servicio, Vance dejó la central y se dirigió a su casa caminando. Tras una rápida ducha y afeitarse, se puso un uniforme limpio y salió hacia el hotel Yosemite Lodge, también a pie.

De camino, llamó a la recepción y pidió que le pusieran con la habitación quince. Dejó el teléfono sonar una docena de veces, pero no obtuvo respuesta. Pensó que la señorita Darrow podía estar cenando con su sobrino en el comedor.

Tras entrar en el hotel, Vance recorrió el comedor con la mirada hasta que encontró a Rachel Darrow. La reconoció por su pelo, con un corte muy moderno y un brillo que lo hacía parecer de oro. Durante su breve encuentro, él se había fijado en muchos de sus atributos femeninos, entre ellos, su hermoso pelo.

Chase estaba comiendo con ella y su sobrino. Bien. Así, Chase podría ayudarlo si la situación se le iba de las manos. Antes de hacer nada más, necesitaba disculparse con la señorita Darrow por su mal comienzo de esa mañana. Cómo aquélla era la última noche que ella iba a pasar en ese hotel, era la última oportunidad que él tenía para establecer contacto.

Con eso en mente, caminó hacia la mesa. El chico fue el primero en verlo llegar. Era un niño guapo, como su tía, y fijó la mirada de inmediato en su sombrero. Todos los niños pequeños lo hacían. El uniforme de guardabosques suscitaba la fascinación infantil.

Vance se acercó a él.

–Hola, Nicky. Bienvenido al Parque Yosemite.

–¡Hola! ¿Quién eres?

–Me llamo Vance.

Los ojos del pequeño se iluminaron por la curiosidad.

–¿Cómo sabes mi nombre?

–Tu tía ha venido a hablar conmigo esta mañana.

Aquél era el precioso niño cuyos padres habían muerto. Y él era el responsable, pensó Vance, sintiendo un lacerante dolor.

–Eres el guardabosques jefe, ¿verdad?

–Eso es.

–¿Conociste a mi mamá y mi papá? –preguntó Nicky con gesto serio.

Vance miró a la tía del niño, que lo observaba sin decir nada. Interpretó su silencio como permiso para contestar al niño. Tras mirar también a Chase, dio la vuelta a la mesa y se acuclilló en frente de Nicky.

–No, nunca me los presentaron, pero yo los busqué después de la tormenta. Cuando los encontré, ayudé a subirlos al helicóptero.

–¿Sí? –dijo el pequeño y le empezó a temblar el labio inferior.

–Sí –contestó Vance con el corazón hecho añicos.

–¿Estaban muertos? –quiso saber Nicky, poniéndose en pie.

–Lo estaban –respondió Vance, sin poder apenas respirar.

–¿Por qué?

–Aunque se les dijo que no salieran a la montaña porque se avecinaba una tormenta, pensaron que tenían tiempo para explorar un poco más. Pero se enfriaron demasiado.

–Oh… –murmuró el pequeño.

–A veces, eso ocurre cuando la tormenta es muy fuerte y las personas no pueden ponerse a cubierto a tiempo. Se sienten cansadas y se echan a dormir, pero no sienten ningún dolor. Lo siento, hijo.

Dejándose llevar por su instinto, Vance abrazó al niño y lo dejó llorar en su hombro. No supo quién necesitaba más consuelo, si el pequeño o él mismo.

Se abrazaron durante largo tiempo. Con cada sollozo de Nicky, el corazón de Vance se rompía un poco más. Se secó sus propias lágrimas.

–Sé cómo te sientes. Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo tenía tu edad. –¿Sí? –preguntó Nicky, mirándolo. Tenía la cara roja de llorar.

–Sí. Tuve que irme a vivir con mis abuelos.

–Yo, también.

–¿Los quieres?

–Mucho. ¿Tus abuelos viven en el parque contigo?

–No, están en el cielo.

–Mi mamá y mi papá, también.

–Están todos en un lugar mejor. ¿Sabes que mis abuelos me dejaron a

mí su casa? Está justo a la entrada del parque. ¿Dónde está la casa de tus abuelos?

–En Miami. Rachel también vive allí.

–Tienes suerte de tener una tía que te quiere tanto.

–Y yo la quiero a ella. ¿Tú tienes tía?

–No. Soy el último de los Rossiter.

–¿Qué es un Rossiter? –quiso saber Nicky, frunciendo el ceño.

Vance rió. No recordaba cuándo había sido la última vez que había hablado con un niño tan simpático.

–Rossiter es mi apellido. ¿Cuál es el tuyo?

–Darrow.

–¿Has ido alguna vez al Parque Nacional Everglades de Florida?

–Sí. Rachel me llevó después de su último crucero. No tiene montañas.

–Pero tiene cocodrilos y panteras. Aquí no tenemos de eso.

–Ni lobos tampoco. Me lo ha dicho Jarvis.

–Jarvis tiene razón. ¿Te ha dicho que aquí hay osos negros?

–Sí.

–También tenemos búhos grises. Son muy poco comunes.

–¿Como los que salen en Harry Potter?

–Sí, pero no son blancos y sus alas extendidas miden un metro y medio –explicó Vance y señaló la medida extendiendo los brazos.

–Vaya. Me gustaría ver uno.

–El jefe Sam Dick vio tres búhos grises el otro día.

–Pensé que el jefe eras tú.

–Lo soy. Sam es un jefe indio Paiute que vive en Yosemite. Era mi amigo cuando yo era niño.

–¿Te ha dicho dónde están?

–Sí.

Nick abrió mucho los ojos. Las lágrimas se le habían secado.

–¿De verdad?

–Sí.

–¿Me los enseñarás?

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? –preguntó Vance y miró a la tía de Nicky esperando una respuesta. Sus ojos se encontraron un momento. –No estoy segura –repuso ella con tono amable. Por el tono de su voz, Vance adivinó que, por lo menos de forma temporal, había hecho una tregua. Lo que era una suerte, teniendo en cuenta lo hondo del sufrimiento de Nicky.

–Por si acaso te quedas poco tiempo, ¿por qué no vienes al vestíbulo

conmigo? –invitó Vance a Nicky–. Hay un mural de un búho precioso. ¿Has terminado tu hamburguesa?

–Casi toda. ¿Puedo ir con él, Rachel?

–Sí, claro.

Vance se puso en pie.

–No tardaremos.

Cuando le tendió la mano, el niño se la tomó. Aquel pequeño gesto de confianza hizo que a Vance se le estremeciera el corazón. De la mano, atravesaron el comedor, hacia el vestíbulo.

En la sala había muchos padres con sus hijos. Algunas de las personas que los miraban, tal vez, pensarían que eran padre e hijo. A él le gustó la sensación. Mucho. ¿Quién no iba a querer a un niño tan listo, tan tierno y tan simpático como Nicky?

Rachel estaba de espaldas a la entrada, así que tuvo que girarse para ver cómo Nicky se alejaba con el guardabosques jefe, que, por cierto, llevaba una alianza en el dedo anular. Si ella hubiera tenido que diseñar un escenario mejor para ayudar a su sobrino a deshacerse de sus miedos, no podría haber ideado algo mejor que el modo en que Rossiter había manejado la situación.

Todo había salido de forma muy natural. Era como si aquel hombre hubiera sabido con exactitud lo que el niño sentía y pensaba y hubiera elegido las palabras perfectas para borrar su terror a lo desconocido. Su explicación de los hechos, sazonada con la confesión de la pérdida de sus propios padres, le había dado al niño algo más en que pensar, aparte de su propia desgracia.

Rachel tuvo que admitir que, de pronto, estaba viendo al guardabosques bajo una perspectiva distinta.

Sin echarles la culpa, había ofrecido la información suficiente como para que Rachel entendiera que Ben y Michelle habían sido los responsables por no seguir las advertencias sobre la tormenta. Su hermano siempre se había creído invencible. Entonces, ella se sintió avergonzada al recordar el modo en que había descargado su rabia contra las autoridades del parque, por algo que no había sido culpa suya.

El doctor Karsh había insinuado que gran parte de su rabia era contra Steven, pero Rachel no había querido escucharlo. En vez de eso, en medio de su tormenta emocional, la había pagado con el guardabosques jefe esa mañana y lo había atacado sin tener hechos que respaldaran sus suposiciones.

Ese Rossiter debía de ser un gran hombre para haber sobrellevado su

ataque sin rechistar. No era de extrañar que fuera el jefe.

–¿Está bien? –preguntó Jarvis.

Durante un instante, Rachel había olvidado que estaba acompañada.

–Sí. Perdone. No pretendía ignorarle. Es que he estado muy preocupada por Nicky.

–Todos hemos estado preocupados por él.

–¿Qué quiere decir? –preguntó ella, sorprendida.

–Fue un día muy trágico para el parque. Cuando supimos que su hermano y su cuñada tenían un hijo pequeño, todos sufrimos, pero el jefe Rossiter más que nadie.

–Algo me dice que usted también –murmuró ella.

–Yo di la alerta por la tormenta –explicó Jarvis, tras asentir–. Las de finales de primavera son las peores. También murió gente de fuera del parque. La gran bajada de temperatura vino acompañada por fuertes vientos y nieve. Todos los escaladores y exploradores tuvieron tiempo de bajar de El Capitán.

–Seguro que mi hermano lo vio como un reto –admitió Rachel, bajando la mirada–. Era marinero y había superado muchas tormentas en el mar.

–Me temo que la hipotermia es el enemigo número uno aquí. Es probable que él creyera que tendrían tiempo de regresar, pero el frío se lo impidió.

–Estoy segura de que para Nicky es más fácil saber que murieron por el frío y no cayendo por algún terrible precipicio.

–¿Y es más fácil para usted? –preguntó Jarvis con gentileza.

Ella sonrió. Era un hombre amable.

–Sí. He vivido más tiempo, así que mis pesadillas sobre lo que ocurrió eran probablemente peores que las suyas.

–Entendido.

De pronto, otro guardabosques se acercó y le dijo a Jarvis que debía hablar con él, pues era urgente.

–Disculpe –dijo Jarvis y se levantó.

Rachel oyó la voz de Nicky a sus espaldas.

–¡Tienes que ver el búho! ¡Es enorme! Ven. Quiero enseñártelo.

Ella se dio la vuelta. Una vez más, sus ojos se encontraron con los de Rossiter. En un rostro tan masculino y fuerte, eran unos ojos azules preciosos. Por cómo brillaban, adivinó que Nicky lo había fascinado. Su sobrino tenía una manera de…

–Ya voy, tesoro –dijo Rachel. Firmó la cuenta, poniendo el número de habitación, y siguió a los dos hacia la recepción del hotel.

Rachel se dio cuenta de que la gente miraba al alto e imponente guardabosques. Los que lo conocían, lo saludaban. Más de una mujer posó en él los ojos. Su físico era capaz de despertar el interés de cualquier mujer y ganarse el respeto y, tal vez, la envidia de los hombres.

Ella se preguntó cómo se tomaría su esposa que llamara tanto la atención. Supuso que tendrían hijos. Eso explicaría la facilidad con que había hablado con Nicky y lo había consolado en un momento tan crucial.

Nicky corrió hacia el mural que había en el vestíbulo, sacándola de sus pensamientos.

–¿Ves los ojos del búho? ¡Parecen soles!

Su imaginativo sobrino era especialista en descripciones poéticas.

–Claro que sí. Nunca pensé que los búhos pudieran ser tan majestuosos, pero éste lo es.

–¿Sabías que están casi extinguidos? Vance dice que mañana me enseñará uno de verdad. ¿Puedo ir?

Nicky ya llamaba al guardabosques jefe por su nombre de pila. Tras sólo minutos de conocerlo, el niño confiaba en él. Era increíble.

–Me temo que tenemos que irnos por la mañana. Sólo tenemos la habitación reservada una noche más.

–Eso no es problema –intervino Rossiter–. Este hotel siempre tiene una habitación libre para personalidades importantes que visitan el parque de forma inesperada. Yo lo arreglaré.

–¿Qué personalidades importantes? –quiso saber Nicky, levantando la mirada hacia él.

–Como tú –respondió Vance y le frotó los rizos.

Nicky se rió. Hacía casi un año que Rachel no había oído reír a su sobrino. Vance posó los ojos en ella. –Les diré a mis hombres que los ayuden a mudarse a la nueva habitación mañana. Si sus planes les permiten quedarse un par de noches más, claro.

–No tenemos planes –se apresuró a decir Nicky.

–Nicky… –susurró ella, agachándose–. Claro que tenemos planes y no eres tú quien debe decidir. –Lo siento. El guardabosques la miró con intensidad y la llevó

aparte, para que el niño no pudiera oírlos.

–Si le parece bien, me gustaría llevarlo conmigo mientras trabajo mañana. Tengo que volar a los prados de Tuolumne Meadows en helicóptero. Si salimos temprano, podremos ver esos búhos. Yo pienso que, si explora parte del parque mañana, quizá lo recuerde como un lugar más amistoso cuando regrese a casa.

Rachel comprendió que el señor Rossiter debía de tener buenas razones para querer ayudar a Nicky. Jarvis le había contado que todos los empleados se habían sentido culpables, y parecía lógico que el jefe quisiera hacer algo para sentirse mejor.

El problema era Nicky. Era posible que el niño quisiera regresar al hotel una hora después de haber salido, interrumpiendo el día de trabajo del jefe. Pero…

Rachel se giró y le contó a Nicky lo que el guardabosques jefe tenía en mente.

El niño parecía a punto de estallar de emoción.

–Tendremos que salir a las seis de la mañana –explicó Rossiter–. Yo llevaré el desayuno y la comida. Es probable que no volvamos hasta la cena.

Nicky miró a su tía con ojos implorantes.

–¿Puedo ir? Por favor…

Al ver tanta alegría en sus ojos, Rachel no pudo negarse. –Tendremos que irnos a la cama temprano para que no estés muy cansado mañana.

–Yo nunca me canso.

«Oh, Nicky», pensó ella. El niño quería impresionar al guardabosques. –Acuérdate de traer la cámara –le dijo Vance. –Lo haré. Nos vemos mañana. –Le prometo cuidarlo bien –le susurró Vance a Rachel.

–Sé que lo hará –murmuró ella–. Gracias. Creo que sabe a qué me refiero. Él asintió despacio y le chocó la mano a Nicky. –Hasta luego, campeón. –Hasta luego –respondió Nicky mientras el hombre salía del hotel.

En ese momento, Jarvis se reunió con ellos.

–¿Sabes qué? –dijo Nicky, girándose hacia él–. ¡Mañana voy a ir a ver los búhos con Vance!

–Eres afortunado. Si hay alguien que puede encontrarlos, es él –repuso Jarvis y miró a Rachel–. ¿Y usted qué va a hacer?

–No estoy segura. De hecho, creo que igual es demasiada responsabilidad para el señor Rossiter.

–Él puede hacerlo. ¿Le apetece montar a caballo por la mañana para pasar el tiempo? ¿Otro gesto de buena voluntad?, se preguntó ella. Eran todos muy amables.

–¿No trabaja mañana?

–No hasta la hora de comer. ¿Ha montado alguna vez? –No. –Entonces, debe probarlo. Le mostraré un lugar que los turistas no suelen ver. Podemos irnos a las ocho. Así estaremos de vuelta a la hora de comer.

–Me parece bien.

Cuando Jarvis se hubo ido, Rachel y su sobrino comenzaron a caminar hacia su habitación. –Ya no pareces enfadada –comentó el niño. –Me alegro de que te hayas dado cuenta. –Estoy deseando que llegue mañana. Nunca he mon

tado en helicóptero. ¿Sabes que la chocolatina que más le gusta a Vance es Kitkat, como a mí?

–¿De veras?

–Sí, y le gusta también la zarzaparrilla, pero va a traer agua también, porque dice que la zarzaparrilla da sed. Es curioso, ¿verdad?

Muy curioso. Era probable que el guardabosques jefe tuviera varios niños y supiera bien como complacerlos. Nicky parecía más feliz de lo que había estado en todo el año. «Bendito doctor Karsh», pensó ella.

CAPÍTULO 3

RACHEL puso la alarma del reloj a las cinco y media, pero se despertó media hora antes de que sonara, nerviosa. Ella conocía a su sobrino y, desde el accidente, el niño siempre había estado con sus abuelos o con ella. El tiempo más largo que pasaba separado de ellos eran las tres horas de la guardería. Incluso cuando iba al cole, su madre o ella siempre lo acompañaban al principio y lo esperaban a la salida, para ayudarle a sobrellevar la ansiedad de la separación.

Por muy emocionado que Nicky estuviera por volar en helicóptero y ver un búho, podía suceder que, de pronto, quisiera regresar al hotel. De hecho, Rachel estaba casi segura de que sucedería y no le gustaba que eso interrumpiera el trabajo del señor Rossiter.

En parte, pensaba que sería mejor ir con ellos, pero Jarvis le había dicho que no debía preocuparse. Quizá, era porque sabía que a la esposa de Rossiter no le gustaría que otra mujer lo acompañara.

Cuando el reloj dio las seis en punto y Rachel acompañó a su eufórico sobrino a la entrada del hotel, estaba hecha un manojo de nervios. Habían llenado la mochila con todo lo que Nicky podía necesitar, incluida su pequeña cámara de fotos. Él había elegido ponerse su camiseta favorita de las Tortugas Ninja. También llevaba botas cómodas para caminar.

–¿Ése es su coche?

–Eso creo –respondió Rachel. Parecía un vehículo oficial de guarda forestal. Rossiter se encontró con ellos en la puerta. –Buenos días, chico. –¡Hola, Vance! Estoy listo para irnos. –¡Qué puntual! Serías un excelente guardabosques. –¡Gracias! Vance abrió la puerta del copiloto y ayudó a subir a Nicky. Antes de dar la vuelta al coche, se giró hacia Rachel y se sacó un pequeño cuaderno del bolsillo de la camisa.

–Deme su número de móvil por si necesito llamarla. –Iba a sugerirlo yo misma –señaló Rachel–. Si Nicky se pone difícil, dígamelo y yo hablaré con él. –Lo tendré en cuenta, pero no creo que tengamos ningún problema.

–¿Tiene hijos?

–No –contestó él y tras una pausa tensa, añadió–: ¿Preferiría que Nicky no viniera conmigo?

–Claro que no –negó ella–. Confío en usted. Lo que pasa es que sé que tiene que cumplir con su deber. Un niño puede ser impredecible y distraerlo.

–Teniendo en cuenta que estamos hablando de Nicky Darrow, me

arriesgaré –replicó él con una sonrisa.

–Gracias –susurró Rachel, conmovida–. Desde anoche, Nicky está muy emocionado.

–¿Me cree si le digo que a mí me pasa lo mismo?

Era obvio que se trataba de un hombre muy sensible que había estado castigándose a sí mismo por la muerte de su hermano y su cuñada, pensó Rachel. No era de extrañar que quisiera compensarlos llevándose a Nicky. Aquello la conmovió.

Invadida por un mar de emociones, Rachel dio un paso hacia su sobrino, que estaba asomado a la ventanilla del coche.

–Obedece al señor Rossiter en todo.

–Lo haré.

Rachel besó al niño en la mejilla y Vance se subió al coche. A ella se le encogió el corazón. –Te quiero, tesoro. Y estaré esperándote cuando regreses.

–¡Creí que ibas a montar a caballo con Jarvis!

–Sí, pero nos quedaremos cerca del pueblo.

El coche se puso en marcha.

–De acuerdo.

El niño seguía sin mostrar ninguna ansiedad por la separación. –Que lo pases bien. –Sí. Adiós, Rachel –se despidió Nicky, radiante ante la aventura que lo esperaba.

Rachel lo despidió con la mano hasta que el coche se perdió en la distancia. ¡Ansiedad por la separación! Ella sí que tenía un serio problema con eso.

Experimentando una sensación de pérdida nueva para ella, intentó calmar parte de su inquietud dando un paseo a la oficina de correos. Había prometido enviar la postal que Nicky había escrito a sus abuelos.

Cuando llegaron las ocho en punto, intentó mostrarse ilusionada por la excursión que iba a hacer, pero no fue capaz de ocultarle su angustia a Jarvis. Nada más entrar en el vestíbulo de hotel, él la miró y le preguntó qué pasaba.

–La verdad es que Nicky y yo no nos habíamos separado nunca como hoy.

–Es normal que lo eche de menos.

–Sí, pero es más que eso. En algún momento durante la mañana o la tarde, el niño va a darse cuenta de que está con un extraño. Temo que se venga abajo porque yo no esté allí. Cuando Nicky se pone así, no es divertido, créame.

–El jefe es un hombre crecidito y comprende esas cosas. No se habría ofrecido a llevar a Nicky si no hubiera pensado que podía ocuparse de él.

–Sin embargo…

–Sin embargo, quiere estar disponible por si sus miedos se hacen realidad. Ella asintió. –Podemos ir a montar mañana y llevarnos a Nicky.

¿Qué le parece? –Genial –repuso ella y respiró hondo–. Es usted un hombre muy comprensivo. –Los guardabosques tenemos que serlo. ¿Ha desayunado ya? –No. Tenía el estómago cerrado, pero ahora tengo hambre. –Vayamos al comedor. Así, si el jefe manda un SOS, estará aquí para ocuparse de Nicky.

Su sugerencia hizo que Rachel se sintiera mejor. Después de un copioso desayuno, su conversación sobre las atracciones del parque tomó un giro más personal.

Jarvis bebió su café y la miró por encima de la taza.

–¿Qué hará cuando regrese a Florida?

–Voy a buscar trabajo. Antes de que saliéramos hacia aquí, dejé el que tenía para poder estar cerca de Nicky.

–¿Hay alguien especial en su vida?

–¿Además de Nicky?

Él asintió.

–Lo hubo, pero rompí nuestro compromiso.

–¿Hace cuánto tiempo?

–Un año.

–¿Antes de que perdiera a su hermano?

–Dos semanas antes.

–Debió de ser un momento horrible.

–Lo fue –afirmó ella y lo miró con curiosidad–. ¿Y usted? Chase no fingió no comprender la pregunta. –Yo me divorcié hace tres años. –Siento que no funcionara. –Durante mucho tiempo, yo también lo sentí. Pero hay que superar las cosas.

Rachel adivinó que Jarvis había sufrido mucho. Quizá, lo intuyó porque ella misma había pasado por una traición hacía poco.

–Eso intento hacer yo, pero Steven no lo acepta.

–¿Y eso la complace en cierta forma?

Aquel Jarvis tenía un buen instinto para conocer a las personas, pensó ella.

–Supongo que alimenta mi ego el que Steven insista en que su infidelidad fue un error y en que quiere volver conmigo. Todavía no he

sido capaz de afrontarlo, pues el problema de Nicky ha sido más acuciante.

Jarvis dejó su taza vacía y apoyó los brazos en la mesa.

–Adivino que por eso está aquí.

–Sí. El terapeuta dijo que Nicky necesitaba cerrar este capítulo de su vida.

–¿Acaso no lo necesitamos todos? –murmuró él con gesto compasivo.

–Hasta ahora no me había dado cuenta de que la muerte de mi hermano y mi cuñada ha afectado a muchas más personas además de a Nicky y a mí –confesó ella e inclinó la cabeza–. Ayer me dejé llevar por mi dolor y arremetí contra el señor Rossiter, sin conocer los hechos. Ahora me avergüenzo de ello. Fui cruel y él no lo merecía. Cuando he visto lo encantador que fue con Nicky anoche y esta mañana, me siento fatal por mi comportamiento. Es un hombre maravilloso.

–Es probable que no le dijera nada que él mismo no se haya dicho cientos de veces –señaló él tras una breve pausa–. Dígame algo: ¿cómo cree que habría reaccionado su hermano si el jefe le hubiera ordenado que bajara de El Capitán a punta de escopeta?

–Conociendo a Ben, habría pensado que nadie tenía derecho a obligarle. En el calor del momento, era probable que hubiera querido pelear con él.

Su acompañante asintió.

–El jefe lo podría haber obligado, pero eso va contra la política del parque. Desde el accidente, eso le ha quitado el sueño. La próxima vez que surja una situación similar, se tomará la ley por su mano para proteger al próximo turista cabezota, aunque eso signifique perder su placa de guardabosques.

–Y usted estará allí para ayudarlo, ¿verdad?

–Eso es –repuso Jarvis, sonriendo.

–Ben fue un tonto.

–¿Alguna vez ha pensado que había llegado su hora?

–Sí. Es lo único que me ha ayudado. Pero, quizá, debería iniciar una campaña para cambiar la política del parque. El señor Rossiter no debería estar sufriendo por algo que él no había podido evitar.

–Tanto si lo dice en serio como si no, ¿qué le parece si lo hablamos mientras damos la caminata que pensaban hacer ayer? –propuso él y se levantó de la silla–.

El campo está lleno de flores. Está cerca de aquí y se tarda menos de una hora.

–Me gustaría. El día está despejado y necesito hacer algo para sacarme a Nicky de la cabeza hasta que regrese.

A mediodía, Rachel se separó de Jarvis, quien le había pedido que lo tuteara y lo llamara Chase. Hicieron planes para ir a montar a caballo al día siguiente con Nicky. Había sido una compañía agradable para Rachel. El paseo a caballo coronaría su visita al parque, antes de que volviera con Nicky a Florida.

Rachel preparó las cosas para mudarse. La nueva habitación resultó tener más comodidades. A Nicky iba a encantarle la pequeña cocina y la bañera con chorros de agua.

Tras telefonear a la compañía aérea para reservar su vuelo de vuelta a Miami, se dio un baño para relajarse un poco.

Llegaron las tres de la tarde sin que el señor Rossiter llamara para avisar de que Nicky estaba desesperado por hablar con ella. Rachel podía haber llamado a sus padres, pero prefirió dejar la línea libre, por si acaso.

Puso la televisión como ruido de fondo. Intentó concentrarse en un par de programas, pero no lo consiguió. Cuando llegaron las seis y todavía no había recibido ninguna llamada, se dio cuenta de que había sido una tonta por preocuparse.

Sin embargo, a las siete menos cuarto, empezó a ponerse nerviosa por no tener noticias suyas. Entonces, sonó su móvil.

–¿Hola? –se apresuró a responder ella.

–¿Señorita Darrow? Soy Rossiter.

–¡Oh, me alegro mucho de que me llame!

–Hemos vuelto lo antes que hemos podido. ¿Le parece bien si acompaño a Nicky a su habitación? Estamos en el vestíbulo.

–Claro.

–Hasta ahora.

Con el corazón acelerado, Rachel se asomó al pasillo para esperarlos. No tardaron mucho en llegar. En cuanto Nicky la vio, salió corriendo hacia ella. Los dos se abrazaron.

–¿Qué tal lo habéis pasado?

–¡Mejor que nunca!

–Lo mismo digo yo –declaró el señor Rossiter con voz grave y masculina.

Por encima de la cabeza de Nicky, las miradas de Rachel y Vance se cruzaron. Era la primera vez que ella lo veía sin el sombrero. Él tenía el pelo negro como las alas de un cuervo, lo que añadía un potente toque de virilidad a su masculina figura.

Avergonzada por haberse quedado mirándolo, Rachel ocultó el rostro entre los rizos de su sobrino.

–¿Encontrasteis esos búhos?

–No. Buscamos y buscamos, pero no los vimos por ninguna parte. Vance dice que tendremos que acampar el sábado por la noche y vigilarlos cuando se muevan en la oscuridad.

Su sobrino no lo sabía todavía, pero Rachel había reservado su vuelo de regreso a Miami para el domingo a primera hora. Eso implicaba pasar la noche del sábado en Merced. Se lo explicaría cuando se hubiera ido el señor Rossiter.

–¿Qué tal fue el viaje en helicóptero?

–¡Me encantó! ¡Puedes verlo todo! ¡Vimos osos, ciervos y alces!

–¿Tomaste fotos?

–Un montón.

–Estoy deseando verlas. Seguro que tienes hambre.

–Sí. Vance dice que tiene tanta hambre que podría comerse un caballo. Rachel se rió. –Dijiste que podríamos pedir pizza esta noche. ¿Pue

de quedarse Vance a cenar con nosotros? La pizza es su comida favorita, pero a él le gustan los pimientos y los champiñones y a mí, no.

–Tengo una idea mejor. Quizá, podríamos invitarlos a él y a su esposa a comer con nosotros mañana –sugirió Rachel–. Será nuestra forma de agradecerle el maravilloso día que has pasado con él.

–Pero Katy murió en la guerra –explicó Nicky–. Vance está solo. ¿Katy? Rachel miró al señor Rossiter con compasión.

–Lo siento mucho, no lo sabía –dijo ella.

–¿Cómo ibas a saberlo? –replicó él con una calma envidiable. El señor Rossiter tendría sus razones para seguir llevando la alianza, se dijo Rachel.

–¿Puedo pedir la pizza? –preguntó Nicky y entró en la habitación. Un segundo después, comenzó a dar gritos de excitación–. ¡Eh, Vance! ¡Mira qué bañera! ¡Voy a darme un baño!

El señor Rossiter sonrió, lo que lo hizo todavía más atractivo.

–¿Por qué no se ocupa de su baño mientras yo telefoneo y pido la cena? Él lo había planeado así –añadió Vance en voz baja, para explicar que había sido idea del niño. Rachel decidió aceptar, pues no quería que el señor Rossiter se fuera todavía.

–Entonces, vamos a darle gusto. Entre.

Vance la siguió dentro de la habitación y dejó la mochila del niño en la cama más cercana. Rachel sacó un pijama limpio del cajón y se dirigió al baño. Por el rabillo del ojo, vio cómo él descolgaba el teléfono de la mesita. Después de haberse tomado todo el día libre para estar con Nicky,

sin duda tendría una tonelada de mensajes en su despacho.

Nicky ya había abierto los grifos y estaba enjabonándose.

–¿Dónde está Vance?

–Está pidiendo la cena. Vamos, te lavaré el pelo. Lo tienes lleno de hierba y paja.

–Hemos tenido que arrastrarnos debajo de los árboles. Él me ha dejado usar sus prismáticos. Son muy potentes. Se puede ver el pico de águila desde kilómetros de distancia.

–¿Has visto un águila?

–Sí. Un águila dorada. Vance dice que hemos sido muy afortunados. Era grande y tenía plumas doradas detrás de la cabeza.

–¡Qué emocionante!

–Sí. Hemos comido mantequilla de cacahuete y sándwiches de gelatina y patatas fritas. Estoy deseando ir con él el sábado.

Otra vez con eso. Pero Rachel no quiso estropearle el día hablando de su regreso a casa. Al día siguiente por la mañana se lo diría, cuando hubiera descansado.

–Ya veo que lo has pasado genial.

–Sí. Vance es divertido. Me ha enseñado la canción que solía cantarle su abuelo.

Rachel estaba fascinada por el cambio que observaba en Nicky. Tenía que darle las gracias al señor Rossiter por haber llenado a su sobrino de autoconfianza.

–¿La recuerdas?

–Sólo me acuerdo de la primera parte –dijo el niño y puso voz grave–. Vivo bajo el viaducto, junto a las plantas de vinagre, pero no soy un tipo desagradable, porque, porque… –cantó y se interrumpió–. No recuerdo más.

Rachel no pudo evitar reír ante su excelente imitación. –Quizá sea mejor que no te acuerdes –bromeó ella–. Ya estás listo.

Rachel quitó el tapón de la bañera y le tendió al niño una toalla. Nicky estuvo pronto vestido con su pijama favorito, con estampado de coches, y deseando reunirse con el hombre que había en la habitación.

Cuando salieron del baño, Rachel comprobó que el señor Rossiter seguía al teléfono.

En ese instante, alguien llamó a la puerta.

–¡Yo voy!

–¡No, Nicky! –ordenó Rachel. Se dirigió a la puerta y abrió. Un camarero del comedor estaba esperando, con un carro con comida–. Hola.

Adelante.

Cuando el joven camarero entró, Rachel buscó en su bolso para darle una propina. Vance ya había colgado el teléfono.

–Yo me ocuparé –le dijo Vance a Rachel.

Vance se sacó un billete de la cartera y se lo dio al camarero, que lo reconoció enseguida.

–Gracias, jefe –dijo el camarero sonriendo, antes de salir.

Nicky levantó la cara hacia Vance.

–Conoces a todo el mundo, ¿eh?

El guardabosques posó sus manos, fuertes y bronceadas, sobre los hombros de Nicky. –Tienes que conocer a la gente cuando estás al mando.

–Quiero ser como tú algún día –afirmó Nicky.

Rachel contuvo la respiración, esperando la respuesta del señor Rossiter. –No tengo ninguna duda de que cuando crezcas serás un hombre excelente, como tu papá.

–Pero él no era guardabosques.

–Un hombre de negocios también es importante. Estoy seguro de que la gente que lo conocía pensaba que era el mejor.

–Sí.

–¿Sabes qué, campeón? Huele a pizza con salami.

–¡Sí! –gritó Nicky.

El momento serio había pasado.

Rachel llevó los platos a la mesa y los tres se sentaron. Habitualmente, Nicky sólo se comía un par de pedazos, sin la corteza, pero esa noche se comió tres. Mientras tía y sobrino compartían una pizza mediana, su invitado demostró tener un gran apetito, devorando su pizza grande y su ensalada él solo.

–¿Vance? ¿Las mujeres guardabosques ganan dinero?

–Ganan dinero igual que los hombres. ¿Por qué lo preguntas?

–Rachel necesita ganar dine…

–¡Nicky! –lo reprendió ella, enojada.

–Lo siento. –Creí que trabajaba para una compañía de cruceros –dijo Vance, mirándola con gesto de curiosidad.

–Ya no –explicó ella–. En cuanto lleguemos a casa, voy a buscar un trabajo nuevo para poder estar cerca de Nicky.

Para alivio de Rachel, su invitado cambió de tema y empezó a hacer preguntas sobre los amigos de Nicky y su escuela.

–¿Cómo dijiste que se llamaba tu maestro?

–Señor Plot.

–Eso creía –repuso Vance, sonriendo.

–Tiene el pelo largo y lleva cola de caballo –señaló Rachel. –Sí. A la mamá de Blake no le gusta. Cambió a Blake a clase de la señora Chandler.

–¿El señor Plot es buen maestro?

–Sí. Nos ha leído *Los conejitos locos*.

–¿Están locos de verdad?

–Sí. Se van a nadar con la ropa de esquiar y pintan huevos de Pascua en Navidad. –Parece una familia muy loca. –Sí. Voy a por él –se ofreció Nicky y se levantó de la silla para ir a buscar el cuento–. Mira, Rachel me lo compró. ¿Quieres leerlo?

Vance asintió. Nicky le señaló todas las cosas graciosas de la cubierta y él rió. Cuando empezó a leer en voz alta, Rachel esperó a que rompiera a reír. No tuvo que esperar mucho. Era imposible leer aquella historia tan alocada sin reír y Vance no la decepcionó. En cuestión de minutos, los tres estaban riendo a carcajadas.

Secándose las lágrimas de risa, Rachel se levantó de la silla.

–Muy bien, jovencito. Es hora de ir a la cama. Ve a lavarte los dientes. Yo te arroparé.

–Quiero que lo haga Vance.

–¡Ya es suficiente! –lo reprendió ella, frunciendo el ceño. Su sobrino la miró cabizbajo. Vance lanzó una rápida mirada a Rachel y, luego, posó los ojos en el niño.

–Si obedeces a tu tía, me quedaré hasta que reces tus oraciones. Con ese incentivo, Nicky corrió al baño. –Antes de que el niño vuelva, quiero disculparme por cómo reaccioné en su despacho ayer. Por favor, perdóneme. Dije cosas sin pensar y lo culpé de algo que fue culpa de mi hermano. Cuando le contó a Nicky lo que ocurrió, me sentí muy avergonzada.

Vance se frotó la nuca.

–Me temo que ninguno de los dos estábamos en nuestro mejor momento. Desde que ocurrió he convivido con un hondo sentimiento de culpa. Conocerla significaba enfrentarme a mi peor pesadilla. Estaba preparado para soportar sus imprecaciones. De hecho, estaba deseándolo.

–Gracias por su comprensión y por la forma en que habló con Nicky. El día de hoy ha sido muy importante para él. Le estoy muy agradecida –confesó ella y le tembló la voz–. Yo…

El pequeño entró en la habitación, interrumpiéndola.

–¡Ya estoy!

Rachel abrió una de las camas mientras el niño se ponía de rodillas para rezar sus oraciones. Cuando su tía pensó que ya había terminado de bendecir a todos sus seres queridos, el pequeño añadió:

–Y, por favor, bendice a Vance. Es mi mejor amigo. Amén.

Sus palabras le llegaron al alma a Rachel y supo que lo mismo le había sucedido al guardabosques.

–Amen –dijo Vance, emocionado.

Nicky se metió en la cama y se tapó hasta la barbilla.

–¿Vance? ¿Puedo ir a visitarte mañana?

–¡No! –respondió Rachel. Había estado esperando el momento en que su sobrino hiciera esa pregunta–. Tiene que trabajar. Además, vamos a ir a montar a caballo con Jarvis por la mañana.

–No quiero ir –replicó Nicky con lágrimas en los ojos.

–Hablaremos de ello más tarde. Despídete del señor Rossiter.

–Buenas noches, Vance. Gracias por enseñarme el águila.

–De nada. Yo lo he pasado mejor que tú –aseguró Vance y le chocó la palma de la mano al niño.

Vance salió de la habitación y sacó el carrito de la comida al pasillo. Rachel lo acompañó y entrecerró la puerta.

–Antes de que se vaya, hay algo que quiero explicarle.

–No tengo prisa –respondió él y se quedó parado, con las manos en las caderas.

Ella lo miró a los ojos.

–He traído a Nicky siguiendo el consejo del psiquiatra, con la esperanza de que obtuviera las respuestas a las preguntas que lo inquietaban y, así, calmar sus pesadillas. Después de que Michelle y Ben murieran, el pequeño se derrumbó –señaló Rachel y le explicó lo difíciles que habían sido las cosas para Nicky durante el último año.

El guardabosques frunció el ceño al escucharla.

–Pobre chico.

–Puedo asegurarle que su explicación le ha ayudado a comenzar a curarse. Saber que sus padres no sufrieron dolor es muy importante para él. Sin embargo, antes de que regresemos a Florida, el terapeuta cree que Nicky necesita ver el lugar exacto donde murieron. Cree que, al visualizarlo en la realidad, desaparecerán sus miedos imaginarios.

–Su terapeuta parece muy bueno. Por desgracia, El Capitán no es sitio para niños.

–Lo sé. Lo vimos cuando veníamos para acá –repuso Rachel. La

formación rocosa vertical, de cuatro mil metros de altura, era peligrosa–. Él no sabe que es el lugar donde ocurrió el accidente. Mis padres y yo le hemos ocultado los detalles, pero según el doctor Karsh no ha sido buena idea.

El guardabosques la observó pensativo.

–Déjeme pensar en ello y la llamaré mañana.

–Gracias –contestó ella, con la boca seca por el nerviosismo–. Sé que ha sido un día agotador para usted. Se lo agradezco.

–Nicky lo ha pasado muy bien, pero no crea que no la ha echado de menos. Sólo hablaba de su tía Rachel. Cualquiera que lo hubiera escuchado habría pensado que usted es su madre. Ojalá todos los niños huérfanos tuvieran tanta suerte.

–Gracias –susurró ella–. Estoy en proceso de adoptarlo. Espero poder hacerlo pronto.

–Entonces, es todavía más afortunado. ¿Cuándo regresan a Miami?

–El domingo por la mañana. Pasaremos el sábado por la noche en Merced. Nicky no lo sabe todavía. Piensa que va a ir de acampada con usted. ¿Fue idea suya?

–Yo le dije que teníamos que hablar con usted sobre sus planes de viaje. Si le parece bien, podemos ir los tres de acampada.

Al pensar en estar a solas con el guardabosques, Rachel se sonrojó.

–Me temo que no habrá tiempo para ello. Pero, como le ha escuchado decir, Nicky piensa que usted es un gran hombre, todavía más que el señor Plot. No tiene ni idea de lo que significa eso para él.

Vance se frotó la mandíbula.

–¿Por qué se van tan pronto? Hay muchas cosas que ver en el parque.

–Créame, me gustaría pasar el verano aquí. Es un paraíso, pero tengo que trabajar –repuso ella, emocionada por la sugerencia del señor Rossiter–. Mi padre está enfermo. No me gusta dejarlo demasiado tiempo con mi madre. Y Nicky es la alegría de su vida.

–¿Rachel? –llamó el niño desde dentro de la habitación.

Rachel miró al techo fingiendo exasperación y Van-ce sonrió.

–Buenas noches, señorita Darrow.

–Buenas noches.

CAPÍTULO 4

HABÍA sido un gran día para él, pensó Vance, mientras caminaba bajo el cielo nocturno. Nunca había pasado el día con un niño, ni mucho menos había sido su único responsable. El niño huérfano, que había sido como un fantasma que lo había acosado durante el último año, se había convertido en un niño real.

Nicky Darrow era el niño más dulce que había conocido y le había llegado al corazón. Saber que había sufrido tanto sólo reforzaba su decisión de hacer lo que fuera para ayudar a Nicky.

Rachel le había confiado un problema que debía ser resuelto mientras Nicky y ella estuvieran en el parque. Por el camino, Vance decidió que lo organizaría todo para el sábado por la mañana, antes de que Nicky y su tía se fueran a Merced.

Con la atractiva imagen de Rachel en la mente, se desvistió para ducharse. Luego, tras ponerse los pantalones de pijama, escuchó los mensajes de su contestador. No había nada urgente que no pudiera esperar al día siguiente. Entonces, telefoneó al piloto que los había llevado en helicóptero en la misión de rescate el año anterior a El Capitán.

–¿Perry?

–¿Qué hay, jefe?

–Siento molestarte a estas horas, pero ha surgido una pequeña emergencia. Me gustaría pedirte tu opinión.

–Adelante.

Vance le detalló la situación de los Darrow y su plan.

–El psiquiatra del niño piensa que necesita ver el lugar donde sus padres murieron y hablar con la gente que los vio. Como pilotabas el helicóptero cuando los encontramos, sólo tú puedes darle a Nicky ciertas respuestas. Su muerte lo ha traumatizado.

El otro hombre silbó.

–Pobre chico. Claro, lo haré. Si fuera mi hijo, me gustaría que le ofrecieran toda la ayuda posible para recuperarse.

–Eres un buen hombre –dijo Vance–. ¿Cómo tienes la mañana del sábado?

–Estoy libre.

Aunque no lo hubiera estado, Vance sabía que el piloto había convertido a Nicky en su prioridad. Todos los empleados del parque compartían la misma tristeza por lo sucedido. La muerte de los Darrow

nunca sería olvidada.

–Si despegamos a las siete, habrá menos viento.

–Allí estaremos. Te debo una, Perry.

–Te equivocas. Después de lo que les pasó, me gusta poder hacer algo por el niño. Eso me ayudará a dormir mejor.

–Amén. Nos vemos el sábado.

Después de colgar, Vance se sentó en la cama con la cabeza gacha y las manos entrelazadas entre las piernas.

Lo cierto era que se sentía un poco desilusionado porque Nicky y su preciosa tía tuvieran que irse de Yosemite tan pronto. Él llevaba años sin disfrutar de la vida de veras. Y ese día había sido una de esas raras ocasiones. Nicky era un milagro, pensó, recordando la plegaria del pequeño.

«Y, por favor, bendice a Vance. Es mi mejor amigo. Amén».

Demasiado inquieto como para dormir, se levantó de la cama y fue a la cocina por un vaso de agua. Se apoyó en el mostrador para mirar por la ventana. Hacía una noche preciosa, pero las estrellas se verían todavía mejor desde uno de los cerros. A Rachel le encantaría. Y a él le encantaría perderse en sus ojos verdes mientras ella miraba al cielo.

También a Nicky le encantaría. El niño era muy listo y Vance disfrutaría mucho mostrándole las constelaciones. Nunca podía predecir qué pregunta podía ocurrírsele al niño a continuación.

Nicky lo había entretenido todo el día, queriendo saber cosas como qué hacía que el viento se moviera, por qué estaba calva el águila, por qué la gente se hacía mayor o por qué no podían vivir en el parque.

La última pregunta le había hecho pensar. Nicky adoraba la naturaleza. Había aprendido mucho en su viaje a Everglades y se lo había demostrado de muchas maneras. La mayoría de los niños, al ver un nido en un pino, habría querido subir al árbol para tomar uno de los huevos o, al menos, verlos de cerca. Pero Nicky, no. Sin que hiciera falta decirle nada, se había apostado a una distancia razonable para esperar que la madre regresara al nido.

Vance se veía reflejado a sí mismo en Nicky y en cómo el niño disfrutaba con la naturaleza. Tanto, que se le encogía el corazón.

Vance había heredado muchas cosas de su abuelo, como su amor por la naturaleza. Tener el parque junto a su casa había hecho que cualquier otro destino dejara de ser apetecible. Aquél era su hogar. Significara lo que significara la profecía del jefe Sam, nunca se iría de allí. En cierta forma, se sentía orgulloso porque a Nicky le gustara Yosemite. Teniendo en cuenta que los padres del niño habían muerto allí, era bastante increíble.

Todavía más impresionante era el valor de su tía. Conocer los detalles de la muerte de su hermano y su cuñada, sin duda, le habría dolido mucho. Sin embargo, había perseverado a causa de su amor por Nicky.

Una extraña sensación de pérdida lo invadió ante la idea de que se fuera tan pronto. Rachel era una mujer excepcional. Saber lo valioso que era para ella su sobrino, pues incluso había abandonado su trabajo por él, y que, aun así, le hubiera confiado su cuidado durante un día completo, demostraba que era una mujer con gran capacidad de perdón y con una enorme fe.

Tras apurar el vaso de agua, Vance se fue a la cama. Al día siguiente tenía un gran día por delante. En apariencia, Chase también…

Cuando su amigo había acompañado a Rachel a las oficinas, Vance no le había dado importancia. No había cuestionado que Chase hubiera querido cuidar al niño durante la entrevista privada que él había tenido con su tía. Ni le había preocupado que Chase cenara con Nicky y ella, pues sabía que Mark le había pedido que la vigilara. Era comprensible.

Hasta ese momento.

Que su mejor amigo fuera a pasar tiempo con ella montando a caballo por la mañana había sido una sorpresa para Vance. Por alguna razón inexplicable, saberlo no sólo le molestaba, sino que lo irritaba.

Sabía que su reacción era irracional. Sumido en sus pensamientos, colocó la almohada, intentando ponerse cómodo. Era un país libre. Chase tenía todo el derecho a cortejar a una mujer bonita. De hecho, él se alegraba. Su amigo guardabosques era un hombre demasiado bueno como para pasar el resto de su vida amargado por el divorcio, incapaz de rehacer su vida.

¿Se sentiría Chase atraído por Rachel, igual que le sucedía a él? ¿Qué hombre podría resistirse a sus encantos? ¿O, tal vez, estaría intentando expiar su culpa por lo que les había pasado a los padres de Nicky?

La respuesta no importaba, se dijo, pues ella se iría dentro de dos días. Apenas había tiempo para que pudiera suceder nada entre ellos.

Siempre que ella no se sintiera atraída por Chase.

Esa noche, cuando él le había deseado buenas noches en el pasillo, no había tenido la sensación de que Rachel hubiera estado pensando en Chase. También había notado cómo ella lo había mirado cuando Nicky había dicho que Katy había muerto en la guerra. ¿Qué habría pensado ella en ese momento?

Le encantaría descubrirlo, se dijo. ¿Pero para qué?

Para nada en absoluto. Él ya había perdido a Katy. De ningún modo quería volver a amar a nadie de la misma manera, cuando no era posible

garantizar un final feliz. Si Chase era tan tonto como para tropezar dos veces con la misma piedra, era problema suyo.

Nicky había estado muy bien hasta esa mañana. Rachel miró el plato de comida que el niño no había tocado desde que se habían sentado a desayunar en el comedor. –Jarvis llegará dentro de unos minutos. Si no comes, no tendrás fuerzas para montar a caballo.

Nicky se recostó en su silla.

–No quiero ir. Quizá Vance me deje sentarme en su despacho hasta que tú regreses. No lo molestaré.

–¿Sabes qué, jovencito? Jarvis se tomado muchas molestias por nosotros. Ha tenido que buscar caballos y que prepararlo todo. No quiero decepcionarlo. ¿Y tú? –preguntó ella en tono serio.

–No –contestó el niño, haciendo un puchero–. Pero no quiero ir – añadió y rompió a llorar.

–A veces, hay que hacer cosas que no queremos.

–¿Por qué?

–Nicholas Darrow, tú sabes por qué. Si vas a comportarte de esta manera, nos quedaremos en la habitación hoy y no veremos a nadie. Lo digo en serio –lo reprendió ella.

Mientras Rachel esperaba que Nicky se decidiera, sonó su móvil. No reconoció el número que llamaba. Quizá fuera Chase. Si tenía que cancelar su excursión por una emergencia, eso resolvería aquella crisis mañanera. Tal vez fuera mejor así.

–¿Hola?

–¿Señorita Darrow? Soy Rossiter.

El pulso de ella se aceleró.

–¡Ah, hola!

–¿Es Jarvis? –preguntó Nicky–. Espero que no pueda venir. Rachel frunció el ceño mirando al niño. –Esperaba poder hablar con usted antes de su ex

cursión con Jarvis –dijo Vance.

Rachel miró hacia la entrada del comedor.

–No ha llegado todavía. Nicky y yo estamos aún desayunando. –Bueno, seré rápido. –¿Es Vance? –preguntó Nicky con gesto ansioso. –¡Shh! –le ordenó Rachel a su sobrino y le dio la espalda–. Disculpe. Por favor, continúe.

–He quedado con el piloto del helicóptero para que nos lleve a lo alto de El Capitán mañana a las siete de la mañana. Nicky lo podrá ver todo de

primera mano y preguntarle lo que quiera al piloto que formó parte del equipo de rescate el año pasado. No nos llevará más de una hora. ¿Por qué no lo habla con Nicky? Si él no quiere ir, llámeme esta noche.
Rachel se puso en pie. –No hay problema. Necesita conocer la verdad. Estaremos preparados. –Entonces, pasaré a recogerlos a las siete menos diez.

–Muchas gracias.
Nicky se había levantado para ponerse delante de su tía. –¿Puedo hablar con él? Por favor. –Puedo oír a Nicky –dijo Vance, riendo–. Yo tam

bién quiero saludarlo. ¿Puede ponerse?

–Tiene usted más paciencia que yo. Un momento –dijo Rachel y le tendió el teléfono a Nicky–. Di hola, pero no tardes mucho.

–No –repuso el niño y se llevó el teléfono a la oreja–. Hola, Vance. ¡Soy yo!

Nicky había vuelto a sonreír. Comenzó a reír por lo que estaban hablando. Parecía haberse olvidado por completo de ella.

–Hola –saludó una voz masculina detrás de Rachel.

Sorprendida, ella se giró y vio allí a Chase, vestido con su uniforme.

–¿Cómo estás?

–Bien. ¿Nicky está hablando con sus abuelos? –preguntó Chase en voz baja.

Rachel meneó la cabeza y se alejó un poco de su sobrino.

–El señor Rossiter ha llamado. Cuando Nicky se enteró de que era él, quiso ponerse –explicó ella. Quizá, tras hablar con el guardabosques, Nicky estaría de mejor humor, pensó.

Mientras Nicky estaba ocupado, Rachel aprovechó para ponerle al día a Chase sobre los preparativos que había hecho el señor Rossiter y por qué.

–Le estoy muy agradecida y espero que le sea de ayuda a Nicky.

–Todos lo esperamos.

Temiendo que Nicky se enredara demasiado al teléfono, Rachel lo llamó, tocándole el hombro.

–Tienes que colgar ya. Chase ha venido a buscarnos.

–De acuerdo –contestó el niño, frunciendo el ceño–. Oye, Vance, Rachel dice que tenemos que irnos ya. Nos vemos luego. ¿Qué? ¿Cara de huevo? –repitió y rompió a reír–. Nos vemos luego, cara de riego –se despidió y le entregó el teléfono a su tía con reticencia.

–Hola, Nicky –saludó Chase, sonriente–. Parece que el jefe y tú estabais teniendo una conversación muy divertida.

–Sí.

–¿Sabías que Daisy te está esperando?

El niño ladeó la cabeza.

–¿Quién es?

–Sígueme y lo descubrirás.

–No sabía que iba a venir con nosotros una chica.

–Es una sorpresa –dijo Chase, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo a Rachel. –Qué emocionante, yo también quiero conocerla. Vamos –dijo Rachel y tomó a Nicky de la mano. Enseguida se pusieron en marcha en el todoterreno de Chase. –El establo está a un par de kilómetros de aquí. ¿Has montado alguna vez a caballo, Nicky?

–Monté en pony en el cumpleaños de Blake.

–¿Y te gustó? –preguntó Chase.

–Más o menos.

–Sí que te gustó –intervino Rachel, girándose para mirar al niño.

–¿Blake es tu mejor amigo?

–No. Mi mejor amigo es Vance.

–¿Tienes un amigo que se llama igual que el jefe?

Rachel contuvo el aliento, sabiendo lo que se avecinaba.

–No. El jefe es mi mejor amigo –afirmó Nicky tajante, como si Chase debiera haberlo sabido.

–Eres un niño con suerte.

–Lo sé.

El comportamiento de Nicky estaba avergonzando a Rachel. Se sintió aliviada cuando llegaron al establo. Chase los llevó a un corral donde los estaban esperando dos caballos y un pony. Sujetó las riendas del pony.

–¿Nicky? Ésta es Daisy. Es de tu tamaño.

–Vance dice que soy un chico mayor.

–Y lo eres –repuso Chase y levantó a Nicky para sentarlo en la silla de montar.

Mientras, Rachel se subió a la yegua que le sujetaba uno de los mozos del establo. Lo estaba pasando fatal por el comportamiento de Nicky y le lanzó una mirada de advertencia.

–¿Puedes darle las gracias a Chase por ayudarte? Se ha molestado mucho por nosotros.

–Gracias –dijo Nicky, bajando la vista.

Chase meneó la cabeza con gesto comprensivo, como si no tuviera importancia. A continuación, se subió a su caballo y se colocó junto a Nicky. Tras enseñarle como sujetar las riendas correctamente, lanzó una mirada a Rachel.

–Adelante.

El pony caminó junto al caballo de Chase mientras salían del corral. Siguieron un camino que pasaba junto a una verde pradera, rodeada de un denso bosque. Era una mañana preciosa. Rachel deseó que Nicky le permitiera disfrutarla.

Rachel nunca había visto a su sobrino comportarse así. Desde que había pasado el día con el jefe del parque, había cambiado y a ella no le gustaba ese cambio. Decidió no prestar atención a la rabieta del niño y se colocó al otro lado de Chase. Durante media hora, cabalgaron al paso mientras Chase les señalaba las famosas formaciones de granito de Yosemite.

–Es espectacular –dijo ella, conmovida por la belleza del paisaje

–¡Vance escaló todas esas pendientes con su abuelo! –anunció Nicky.

–¿De veras? –replicó ella, sintiéndose realmente avergonzada.

–¡Cientos de veces!

–¿Cientos? –preguntó Chase con cara de póquer.

–Sí. ¡Lo ha hecho todo! Rachel, ¿podemos volver ya para nadar? Estoy cansado y tengo sed.

Chase supo que había llegado el momento de tirar la toalla. Se detuvo y le tendió al niño una botella de agua.

–Bébetela toda. Es tuya.

–Gracias.

Por suerte, su sobrino había recordado sus modales, se dijo Rachel. –De nada –repuso Chase. Le tendió una botella a Rachel y sacó otra para él, que se bebió entera.

–Qué rica. Gracias –dijo Rachel.

–Bueno. Vamos a regresar –indicó Chase.

–¡Hurra! ¡Quizá Vance pueda nadar conmigo después de que termine de hablar con el super… algo? –¿El superintendente? –sugirió Chase. –Sí. ¿Quién es ése? –El jefe de todo el parque. –Pensé que Vance era el jefe. –Los dos lo son, pero el superintendente no es guar

dabosques. Trabaja para el gobierno.

–¿Y eso le pone furioso?

Chase miró a Rachel y ambos rieron.

–No lo sé –dijo Chase.

–Apuesto a que sí –declaró Nicky.

–¿Por qué? –preguntó Rachel, curiosa por saber qué pasaba por la cabeza del chico.

–¡Porque no es tan fuerte como Vance! ¡Vance fue marine!

Rachel no lo sabía. No era de extrañar que el señor Rossiter fuera un héroe a los ojos de Nicky. Su abuelo siempre hablaba de los marines con gran orgullo, como si fueran capaces de caminar sobre el agua.

–Vance es el hombre más fuerte que conozco –afirmó Chase.

–¿Lo ves, Rachel? Jarvis también lo piensa.

Sí, estaba viendo muchas cosas, se dijo Rachel. El señor Rossiter era imposible de superar.

Cuando regresaron a su alojamiento, Chase dijo que los esperaría en la piscina del hotel mientras ellos iban a su habitación. Rachel no se cambió de ropa, pero el pequeño se puso el bañador y corrió a la piscina.

Chase había buscado una mesa junto al borde de la piscina, para que Rachel pudiera vigilar a Nicky. Había muchos niños en el agua y Nicky empezó a hablar con uno de su edad en la parte poco profunda.

–Siento mucho el comportamiento del niño, Chase.

–No te disculpes. Tiene una razón para ello y los dos la conocemos.

Rachel lo sabía. El jefe de Chase era la conexión más cercana que Nicky tenía con su padre muerto, aparte de su abuelo, por supuesto.

–Estoy segura de que Steven nunca habría conseguido llegarle al corazón a Nicky.

–¿Has estado pensando en tu ex novio?

–¿La verdad?

–Claro.

–No había pensado en él hasta que mi madre me llamó y me dijo que Steven había ido a su casa a buscarme. Mi madre dice que está muy arrepentido por lo que pasó. Quizá lo esté. Sé que algunas parejas consiguen superar problemas de infidelidad.

–Eso es cierto, pero yo no podría.

–¿Tu ex esposa te fue infiel?

–No. Teníamos otros problemas que no pudimos resolver.

Rachel intuyó que Chase no quería hablar de eso y no quiso presionarlo.

–Steven había estado saliendo con una mujer que tocaba con la banda del barco antes de salir conmigo. Yo me enamoré mucho de él. Cuando me pidió que me casara con él, me sentí emocionada. Un mes antes de la fecha de nuestra boda, se fue en uno de los cruceros, supuestamente para supervisar su funcionamiento –explicó Rachel–. Más tarde, supe que su antigua novia y él habían tenido una aventura. Él me juró que había sido sólo para consolarla porque habían estado en medio de una tormenta en las Bermudas y habían creído que no sobrevivirían. Me aseguró que no pasaría nunca más –añadió–. Como dice una de mis compañeras de

trabajo, todavía no estamos casados. Dice que, tal vez, debería darle una segunda oportunidad. Es fácil decirlo, pero yo no creo que pudiera volver a confiar en él.

–Pero no lo sabes seguro –observó Chase.

–El terapeuta de Nicky dice que debo explorar mis sentimientos, porque la muerte de Michelle y de Ben no me ha permitido resolver nada. Estoy segura de que tiene razón, pero ahora hay otro problema.

–Nicky.

–Así es. Cuando Steven me pidió que me casara con él, ninguno de los dos podíamos imaginar que yo iba a adoptar a Nicky. Estoy segura de que él no tenía en mente ser padre tan pronto, y menos de un hijo de otras personas. Incluso si decido salir con él de nuevo, no daría ningún paso más hasta que Nicky lo conociera bien y se sintiera cómodo con él.

–¿Cuándo regresáis? –preguntó Chase después de una pausa.

–El sábado. Planeo ir a Merced y quedarnos a dormir. Nuestro vuelo sale temprano por la mañana. Tengo que estar de regreso para presentar mi dimisión formal el martes. Y, si hay posibilidad de que Steven y yo podamos arreglar las cosas, debo escuchar lo que tiene que decirme. Al menos, eso me aconseja el psiquiatra, si no, estaré toda la vida preguntándome qué habría pasado si…

–Es un buen psiquiatra.

–Después de que el señor Rossiter nos lleve a El Capitán, veremos si el consejo del doctor Karsh ha funcionado y las pesadillas de Nicky desaparecen.

–Eso esperamos todos. –Chase, gracias por todo lo que has hecho. Y por escucharme. No lo olvidaré. –Me alegro de que vinierais al parque. Ha sido de ayuda para todos –afirmó él.

Rachel sonrió.

–Buena suerte con todo –dijo Chase y se puso en pie–. No. No te levantes. Nicky lo está pasando muy bien en la piscina. Que tengáis buen viaje. –Buena suerte para ti también, Chase.

Vance estaba terminándose el último pedazo de un sándwich de atún cuando sonó su móvil. Miró quién llamaba y contestó.

–¿Qué haces llamándome? Te imaginaba montando a caballo y pasándolo bien –dijo Vance nada más descolgar. Nunca se había puesto celoso de nadie y no pensaba empezar a hacerlo. Además, ¡Chase era su mejor amigo!

Chase rió.

–Con Nicky, imposible.

–¿Qué ha sucedido? ¿No se habrá caído, verdad?

–¿De Daisy?

–¿Entonces está bien?

–Tranquilo, Vance. Empiezas a sonar como un padre.

Quizá porque, por primera vez en la vida se sentía como un padre, reconoció Vance. Respiró hondo para tranquilizarse.

–Empecemos por el principio. ¿Qué ha pasado hoy? –Digamos nada más que eres el héroe de Nicky y que no hay nadie más para él. Aunque a Vance le gustó oírlo, no pudo evitar quitarle importancia. –Ya sabes cómo son los niños. Se le pasará cuando regrese a Miami.

–¿Qué te apuestas a que no? Tendrías que haber estado allí esta mañana para saber de qué te hablo. Créeme. Tienes un admirador para toda la vida.

Vance temía formular la siguiente pregunta, pero se armó de valor.

–¿Y qué tal con Rachel?

–¿A qué te refieres?

–Sabes muy bien a qué me refiero. ¿Es que quieres que sea más explícito?

–Si estás hablando de lo que yo creo que estás hablando, te equivocas. Admito que Rachel es una mujer guapa. Cuando supe quién era y los acompañé a ella y a Nicky a tu despacho la primera mañana, decidí que me gustaría conocerla mejor. Pero, cuando salió de tu despacho, comprendí que algo grande había pasado allí. Ella salió realmente conmocionada. Yo lo intenté unas cuantas veces, pero no conseguí calarle tan hondo como tú –explicó Chase–. Cuando entraste en el comedor aquella noche, te comportabas del mismo modo, como si una fuerza extraña y poderosa te hubiera conmocionado. Lo que me apena es que no hayas hecho nada al respecto, tal vez pensaste que yo la había encontrado primero y que quien se la encuentra, se la queda, ¿no?

Chase era listo, pensó Vance.

–Vance, puede que eso fuera así cuando éramos niños, pero ahora somos hombres –continuó Chase–. Sólo he intentado ser su amigo. En estos momentos, necesita uno, porque el último año ha sido un infierno para ella. Parece que su ex novio quiere una segunda oportunidad. Siguiendo el consejo de su psiquiatra, Rachel va a volver a Florida con la intención de descubrir sus verdaderos sentimientos.

–¿Te ha dicho ella que quiere volver con él? –preguntó Vance, nervioso al conocer esa noticia inesperada–. Es raro, porque no es eso lo que dice Nicky. De hecho, te aseguro que a Nicky no le gusta Steven y

nunca le gustará.

–De acuerdo. Sólo hay un hombre en el mundo para Nicky.

–Es natural –repuso Vance–. Y lo tendría si yo hubiera encontrado a su padre en El Capitán antes de que fuera demasiado tarde.

–Creo que no nos estamos entendiendo. No me estaba refiriendo a su padre. Eres tú quien vuelve loco a Nicky. Me doy cuenta de que emocionalmente está en un momento delicado, pero sin duda ha establecido un fuerte vínculo contigo.

Lo mismo había pasado a la inversa, se dijo Vance, mientras un remolino de sentimientos lo invadía. El que Rachel hubiera decidido volver a ver a su ex novio explicaba por qué no quería quedarse más tiempo en el parque. Diablos.

–¿Dónde estás ahora?

–En el trabajo. En caso de que hayas terminado con el superintendente, quien por cierto nunca ha sido marine, hay un niño que está esperando que el guardabosques jefe aparezca en la piscina del hotel y le haga el pequeño más feliz del mundo. Hablamos luego.

Chase colgó, dejando a Vance petrificado. Rindiéndose a la tentación de hacer lo que su amigo había sugerido, llamó a Beth de inmediato.

–¿Qué tengo en mi agenda para esta tarde?

–Me preguntaste lo mismo hace una hora y te dije que no hay nada que no pueda esperar a mañana. Por eso te fuiste a casa a comer, ¿recuerdas?

–Sí.

–Pues tu agenda sigue igual.

–Sólo quería asegurarme –repuso Vance, sonriendo.

–¿Jefe? ¿Estás bien? Te has estado comportando de una forma extraña desde que el jefe Dick te visitó el otro día. ¿Qué te ha hecho? ¿Vio tu futuro en un baile de fantasmas?

Vance se estremeció. Beth no andaba desencaminada.

–¿Es que estuviste escuchando detrás de la puerta?

–¿Quién? ¿Yo?

–Confiesa.

–Lo siento. Eso no entra dentro de mis tareas.

–Beth, no cambies nunca –dijo Vance, riendo–. El jefe Dick irá a visitarme la semana que viene. Como nunca avisa antes, es posible que no esté en el despacho, así que dile que he arreglado las cosas en la biblioteca. La fotografía dice ahora «Asentamiento Paiute». El sobre marrón que me dejó está en la bandeja de mi mesa, con su nombre puesto. Devuélveselo. Le hará feliz.

–Lo haré.

–Ahora, creo que me voy a nadar.

–¿En medio de la jornada laboral? ¿Desde cuándo?

Desde que Rachel Darrow había entrado en su vida hacía unos pocos días, pensó él. –Guárdame el secreto, si puedes, claro. Vance colgó, sin darle tiempo a Beth a protestar. Se quitó el uniforme, se puso el bañador, unos vaqueros y una camiseta y, antes de irse, sacó las gafas de bucear del armario. Se dirigió al Yosemite Lodge a pie.

Pocos minutos después, buscaba a Nicky y a Rachel en la piscina llena de gente, pero no los vio allí. Esperaría quince o veinte minutos más y, si no aparecían, volvería al trabajo. Entonces, se quitó los pantalones y la camiseta y se tiró de cabeza al agua.

Pasaron diez minutos. Más gente llegó a la piscina, incluido un grupo de jóvenes estudiantes que empezaron a jugar al waterpolo, ignorando las advertencias del socorrista. No se permitían los deportes acuáticos en la piscina, que estaba abarrotada de familias. Si los jóvenes no paraban de inmediato, tendría que intervenir.

Cuando sacó la cabeza para respirar, Vance escuchó silbidos. Se quedó sin respiración al darse cuenta de qué los había causado: una mujer de pelo dorado y un cuerpo precioso, con un modesto biquini azul y un niño de pelo rizado de la mano.

–¡Eh, muñeca, ven a jugar con nosotros! –gritó uno de los jóvenes y lanzó la pelota, ignorando la reprimenda del socorrista.

Dejándose llevar por su instinto, Vance salió como un torpedo del agua y les quitó la pelota. Después de tirarle la pelota al socorrista, se giró hacia los jóvenes, que habían empezado a insultarlo.

–Esta piscina es de uso familiar, caballeros. Si quieren jugar al polo, busquen otro sitio. Les doy treinta segundos para desaparecer.

–Oblíganos –le retó el más valiente de ellos. Vance se lanzó a por él y le hizo una llave, bloqueándolo.

–Puedes irte sin hacer ruido y no te denunciaré, o puedes resistirte y tendrás que explicarle al juez federal por qué los cuatro estáis fuera de control. Depende de ti que te dejemos volver a pisar el parque Yosemite. ¿Qué decides?

El joven intentó, en vano, zafarse de Vance.

–¿Quién diablos te crees que eres?

–¿De veras quieres saberlo?

–Vamos, Derek –murmuró uno de los amigos del joven.

Los tres salieron de la piscina y se encaminaron al vestuario.

Cuando, al fin, Derek dejó de intentar liberarse, Vance lo soltó.

–Será mejor que vayas con tus amigos, que han tenido el sentido común de marcharse.

–Será mejor que tengas cuidado, tipo duro –lo amenazó Derek mientras se iba.

Todo el mundo en la piscina comenzó a aplaudir y a silbar y Vance nadó hacia el otro extremo. Salió del agua y sacó el móvil de los pantalones.

–¿Mark? Soy Vance. Envía un equipo de seguridad al Yosemite Lodge para que detengan a cuatro jovencitos. Acabo de echarlos de la piscina. Han estado bebiendo –ordenó Vance y le dio su descripción.

–Ahora mismo.

–Gracias por ayudarme, señor Rossiter –le dijo el socorrista cuando colgó–. Cuando entró en acción, me pareció que era una combinación de Steven Seagal, Bruce Willis y Arnold Schwarzenegger.

–De nada –repuso Vance, riendo ante su exageración.

–¡Espera, Nicky, no corras! –gritó una voz femenina a su espalda.

–¡Vance!

Un cuerpecito cálido se apretó contra él, abrazándolo con si le fuera la vida en ello. Riendo con placer, Vance lo levantó en sus brazos. Por encima de la cabeza del niño, sus ojos se fundieron con otros ojos, del color de la hierba fresca en las montañas del parque.

Vance se alegró de comprobar que ella ya no lo miraba con desconfianza, como había pasado el miércoles por la mañana.

CAPÍTULO 5

–NICKY tenía razón respecto a usted.

–¿En qué? –preguntó Vance, con ojos brillantes.

–Puede cuidar de sí mismo mejor que nadie. Eso hace que un niño se sienta seguro.

Rachel podía haber añadido que también a ella la hacía sentir segura, pero pensó que un comentario tan personal estaría fuera de lugar. Un hombre que llevaba la alianza de su esposa muerta lo hacía porque no pensaba volver a casarse. Cualquier chica lista debería saber que él no estaba disponible.

–Vamos, Nicky –lo llamó Rachel–. Vamos a nadar.

–¿Por qué no saltamos juntos? –sugirió Vance–. Tápate la nariz, Nicky.

–Bien.

–¿Estás listo?

–¡Sí!

Saltaron juntos, salpicando mucha agua y empapando a Rachel. Nicky rió a carcajadas.

–¿A qué está esperando, señorita Darrow?

–A nada –contestó Rachel y saltó junto a ellos.

Rachel había enseñado a su sobrino a flotar. Bajo la atenta supervisión de su héroe, el pequeño hacía unos progresos increíbles. La razón era que lo estaba pasando mejor que nunca.

Poco después, el guardabosques fue por sus gafas de bucear. Más diversión para Nicky. El pequeño estaba disfrutando tanto que no era consciente del sol abrasador. Aunque su tía le había puesto protección solar, su delicada piel estaba siendo expuesta demasiado tiempo.

–Odio tener que interrumpir, pero es hora de entrar, tesoro. Si no, te pondrás todo rojo como un cangrejo. –¡Pero no quiero salir de la piscina! –protestó el pequeño.

Rachel se sintió como la bruja mala del cuento.

Vance se adelantó y se puso a Nicky sobre los hombros, distrayéndolo. Miró a Rachel y, como siempre que la miraba de forma tan directa, ella se derritió.

–Tu tía tiene razón, Nicky. Tírate una vez más, luego, nos cambiaremos e iremos al cuartel general. Creo que te está esperando un refresco de zarzaparrilla.

–¿Puedo? –le preguntó Nicky a su tía con gesto suplicante.

–Quizá un ratito.

–¡Hurra! –gritó Nicky. A continuación, trepó a los anchos hombros de Vance–. Bien. Estoy preparado. ¡Mírame, Rachel! El niño se tiró de cabeza a la perfección. Cuando salió del agua, Rachel sonrió y aplaudió.

–Hacéis un buen equipo los dos.

–¿Eso cree? –dijo Vance, contento.

Entonces, Vance dejó a Nicky sobre el borde de la piscina y salió de un salto lleno de gracia masculina. Rachel nadó hasta la escalera y salió también. Él la observó mientras caminaba hacia ellos.

–¿Con diez minutos os bastará para cambiaros?

–Sí –repuso Rachel–.Yo lo acompañaré al vestíbulo.

–Bien –dijo Vance y miró a Nicky–. Te veo luego, cara de torpedo –añadió y le chocó la mano.

–¡Hasta luego, cara de huevo! –replicó Nicky a voz en grito. El niño estaba decidido a estar a su altura en el juego de las rimas.

Eso provocó un estallido de risa en Vance, antes de entrar en el vestuario de hombres. Su musculoso cuerpo atrajo la mirada de varias mujeres a su paso, incluida la de Rachel.

Rachel agarró a Nicky de la mano y salieron de la piscina, hacia su habitación. Hablaron durante todo el camino sobre la persona favorita del niño y continuaron haciéndolo, sin parar, durante el baño. Ella se duchó rápido y los dos se vistieron.

Al llegar al vestíbulo, Nicky corrió hacia el guardabosques jefe. –¡Espera, Nicky! –ordenó Rachel y agarró al niño, porque Vance estaba hablando por el móvil. –¿Qué llevas en el bolsillo, campeón? –preguntó Vance, que había colgado enseguida.

–A Lobezno.

–Cuando lleguemos a mi despacho, tendrás que presentármelo.

Rachel se inclinó y besó con ternura a su sobrino en la frente.

–El señor Rossiter todavía tiene que trabajar, así que iré a recogerte enseguida.

El niño asintió, aunque no la estaba escuchando.

–Yo lo traeré, Rachel.

El modo en que pronunció su nombre hizo que Rachel se estremeciera hasta lo más profundo de su ser.

–¿Te importa si te tuteo?

–Claro que no. Gracias por ser tan bueno con Nicky.

–Tu sobrino me llama Vance. ¿Por qué no haces lo mismo?

La extraña tensión que vibró entre ellos dejó a Rachel sin aliento.

–No sabía que pudiera hacerlo –contestó Rachel. Como llevaba una alianza, ella no se había atrevido a pensar en él como Vance.

–Ha sido culpa mía, por nuestro desastroso comienzo. –¡No, la culpa fue sólo mía! –aclaró ella al instante.

–Pues empecemos de nuevo, ¿te parece?

Dicho aquello, Vance centró su atención en Nicky y salieron juntos del hotel.

Rachel los observó mientras se alejaban. Nicky estaba tan feliz que iba saltando y brincando. Ella deseó haber sido invitada. Sin embargo, al darse cuenta de que no era sólo porque echara de menos a Nicky, se reprendió a sí misma y se apresuró a ir a su habitación.

Al pensar en el día siguiente, Rachel recordó que debía reservar hotel en Merced. Lo hizo y, a continuación, telefoneó a sus padres.

–¿Mamá? Pon a papá en el otro receptor. Quiero contaros nuestros planes para mañana.

–Bien. Un momento.

–Hola, guapa –saludó su padre–. Adelante.

–Mañana por mañana a las siete, Nicky y yo iremos a lo alto de El Capitán. –¿Has visto el lugar ya? –preguntó su madre con el corazón encogido.

–Lo vimos desde la carretera.

–¿Cómo es?

–Voy a hacer una cosa. Os leeré lo que dice el folleto –propuso Rachel y tomó un folleto de la mesa–. «El Capitán es un monolito de granito de cuatro mil metros.

Los nativos americanos lo llaman Totokanoola, que significa jefe. Los conquistadores españoles lo tradujeron como El Capitán» –explicó y pensó que a Nicky le gustaría saber el significado original del nombre indio–. «Hace tiempo se consideraba imposible de escalar y hoy es uno de los lugares más famosos del mundo para la escalada vertical. Tiene dos caras principales, la más famosa llamada La Nariz. Es posible llegar a lo alto caminando por el sendero que pasa junto a las cascadas de Yosemite».

–¿No estarás pensando en llevar a Nicky allí? –preguntó su madre llena de angustia.

–Caminando, no. El guardabosques jefe, Vance Rossiter, nos acompañará en helicóptero, con el piloto que participó en la misión de rescate.

–¿Es el mismo que estaba a cargo del parque el año pasado? –preguntó

su madre con tono de condena.

–Sí –afirmó Rachel y respiró hondo–. Desde que lo he conocido, mi punto de vista sobre lo que les pasó a Michelle y a Ben ha cambiado. He sabido que los guardabosques hicieron todo lo posible para advertirlos de que bajaran de El Capitán antes de que llegara la tormenta, pero tú sabes lo tozudo que era Ben cuando se estaba divirtiendo –comentó y se mordió el labio–. Nicky es como él.

–Me alegro de que ya no culpes a la gente del parque, cariño –intervino su padre.

–He estado equivocada sobre muchas cosas –replicó Rachel, sin contener las lágrimas–. He sido una tonta por no seguir el consejo del doctor Karsh antes. Sólo llevamos aquí unos pocos días y Vance ya ha cambiado a Nicky. Es un hombre muy sensible que también ha sufrido mucho por el accidente –señaló–. Yo tengo total confianza en sus instintos y sé que ayudará a Nicky a entender lo que pasó allí arriba, sin asustarlo.

–Yo no estoy tan segura –gimió su madre.

–Yo sí, mamá. Nicky quiere respuestas. Ésta es una oportunidad sin precedentes de estar con las dos personas que rescataron los cuerpos de Ben y Michelle. Si Vance no puede calmar los miedos de Nicky, nadie podrá.

–Yo apuesto por el plan –afirmó su padre y se aclaró la garganta–. Parece como si el jefe del parque hubiera tirado la casa por la ventana para ayudaros.

–Ha sido increíble. El otro día, Nicky y él fueron en helicóptero a la otra punta del parque para buscar búhos.

–¡No lo dices en serio! –gritó su madre.

–No os lo había dicho para no preocuparos.

–¿Dónde está Nicky ahora?

–Con Vance. Hemos ido a nadar juntos esta tarde. Ahora está en las oficinas del parque, tomándose una zarzaparrilla en su despacho.

–Parece que se está divirtiendo mucho –dijo su padre, riendo.

–Está pasándolo mejor que nunca.

–¿Y tú, hija?

¿Ella? Era una buena pregunta. Había conocido a un hombre que la había impresionado más que nadie.

–También yo necesitaba esta terapia –admitió Rachel–. Y me ha quedado clara una cosa: hice lo correcto al dejar mi trabajo. La vida es demasiado corta para seguir cometiendo errores. Nicky me necesita. Quiero ser su madre y planeo encontrar trabajo cerca de casa para que nunca más se sienta abandonado.

Rachel escuchó a sus padres llorar de alegría.

–Os llamaré mañana desde Merced.

–Estaremos esperándote, preciosa –dijo su padre.

–¿Y Steven? –preguntó su madre, aún gimoteando.

Desde que Rachel había empezado a planear su viaje, apenas había pensado en su ex novio.

–El doctor Karsh dice que tengo definir mis sentimientos hacia él. Quizá lo haga –explicó e hizo una pausa–. Karsh tenía razón respecto a Nicky. Sin duda, también acierta con esto.

–Te apoyaremos en lo que decidas, tesoro.

–Lo sé. Os quiero. Hablamos luego.

Cuando Rachel colgó, revisó los folletos en busca de un buen sitio donde cenar. Un panfleto sobre la Villa del Curry llamó su atención. Había pizza y platos mexicanos, perfecto para Nicky. Cenarían y se acostarían temprano. En dos días, Nicky y ella dejarían el pasado atrás y, con suerte, las pesadillas del niño desaparecerían.

Sintiéndose inquiera, Rachel llamó a la recepción del hotel para pedir el teléfono de la central del parque. Luego, pidió la extensión del jefe. La conectaron con él.

–Despacho del señor Rossiter. Beth Henderson al habla.

–Hola. Soy Rachel Darrow. Me pregunto si mi sobrino sigue allí.

–Claro que sí. ¿Quiere hablar con él?

–No hace falta. ¿Puede decirle que voy a ir a buscarlo para cenar? Dígale que me espere en la entrada.

–Lo haré. Es tan rico que me gustaría llevármelo a mi casa, pero el jefe se me adelantaría.

Rachel sonrió. Pensó que Nicky se iría a casa de Vance con mucho gusto.

–Es muy amable. Gracias. Estaré allí dentro de un minuto.

Después de peinarse, Rachel se pintó los labios y salió del hotel. El corazón le latía a toda velocidad. Hasta que no llegó a la central del parque y vio a Van-ce charlando animadamente con Nicky y una de las guardabosques, no admitió la razón de su azoramiento.

–¡Rachel! –llamó Nicky y corrió hasta el coche para asomarse por la ventanilla de su tía–. ¿Sabes qué?

–¿Qué?

–La guardabosques Davis está a cargo de los Jóvenes Castores del parque. Van a hacer una gran fiesta con una película y comida en el auditorio ahora. ¿Puedo ir?

–Hola –saludó la guardabosques con una sonrisa–. Se lo pasará muy

bien. Yo lo traeré de vuelta al despacho del jefe cuando termine.

–Bueno, gracias por la invitación. Suena divertido, Nicky. Sé obediente.

–Lo seré. Hasta luego.

El niño corrió detrás de la mujer y desaparecieron dentro del edificio. En cierto modo, Rachel se sintió aliviada porque Nicky quisiera estar con alguien que no fuera Vance. Seguro que Vance también se alegraba.

–¿Puedes llevarme a mi casa?

Su pregunta sorprendió a Rachel. Una oleada de excitación la recorrió.

–Sí, claro. Entra, por favor. Tendrás que indicarme el camino.

Vance la guió hasta una casita de estilo ranchero, con aspecto de ser de los años cincuenta.

Rachel lo miró, esperando a que él saliera, pero Vance hizo algo inesperado.

–Me gustaría hablar contigo en privado y ésta puede ser nuestra única oportunidad. Entra y prepararé unas enchiladas.

Rachel se quedó perpleja, parada en el coche, mientras él salía y daba la vuelta para abrirle la puerta y ayudarla a salir. Cuando sus brazos se tocaron, una corriente eléctrica la atravesó.

Entraron en la casa y Rachel miró a su alrededor. La casa había sido decorada en tonos amarillos y verdes y tenía muebles de cuero de color marrón oscuro. Un hogar masculino donde los hubiera.

–El baño está al final del pasillo, por si quieres refrescarte.

–Gracias.

Rachel lo siguió a la cocina, grande y con una enorme mesa de madera con sus sillas. Estaba impecable. –¿Qué quieres beber? –ofreció Vance. – Ahora mismo nada, gracias. –Entonces, siéntate –la invitó él y se lavó las ma

nos antes de empezar a sacar los ingredientes de la nevera.

–Deja que te ayude –se ofreció ella y se lavó las manos también.

–Yo haré la carne si tú preparas la ensalada –propuso él, sonriendo.

Durante los siguientes minutos, estuvieron ocupados con sus tareas. Después de su desagradable comienzo hacía días, era difícil creer que estuviera en casa del guardabosques jefe, ayudándolo a preparar la cena en total armonía, pensó Rachel.

Sus ojos se encontraron cuando Vance le tendió el aguacate.

–¿Quién iba a creer que terminaríamos así después de cómo saliste de mi despacho, echando humo, la otra mañana?

¿Podría él leerle la mente?, se preguntó Rachel.

–No estaba en mi mejor momento.

–Ni yo tampoco –confesó él con voz ronca. Rellenó las tortillas con carne y queso, las metió en el horno y puso la mesa–. Me alegro de que lo hayamos superado, porque tengo una proposición que hacerte.

–¿Qué significa eso? –preguntó ella, riendo con suavidad.

Rachel sintió que le temblaban las piernas al estar tan cerca de él y buscó la silla más cercana. Era imposible apartar los ojos de su musculoso cuerpo, alto y masculino.

Vance se recostó en el mostrador un momento, mirándola de frente con sus preciosos ojos azules. A Rachel se le hizo la boca agua al mirarlos.

–Depende de lo que quieras que signifique –bromeó él.

Una vez más, Rachel se sorprendió al notar la energía que vibraba entre ellos. En esa ocasión, no había rabia ni rencor, sino una atracción inconfundible.

Dejándola en suspense, Vance sirvió la cena y se sentó delante de Rachel. Comenzaron a comer.

–Está muy rico –comentó ella.

–Gracias. Esperemos que te ayude a considerar mi oferta de trabajo.

Rachel parpadeó. ¿Trabajo?

–Comparado con lo que ganabas en la compañía de cruceros, es probable que el sueldo te parezca una miseria. Pero incluye un coche y una casa amueblada para Nicky y para ti.

Rachel dejó de masticar. Aquel hombre no dejaba de sorprenderla. Por alguna extraña razón, le molestó que él estuviera hablando de cosas tan prácticas como ésa.

¡Qué tonta había sido por olvidar que Vance seguía atado al recuerdo de su esposa muerta!

–Siento que Nicky sacara el tema de mi trabajo.

Vance terminó de devorar su cuarta enchilada.

–Yo me alegro de que lo hiciera. Llevo tiempo buscando a una persona especial para multitud de tareas. Beth se ocupaba de ello hasta que la nombré mi secretaria.

Sin duda, ella no era la persona que estaba buscando, se dijo Rachel.

–No es un trabajo de oficina. Necesito alguien que no esté empleado ni por el Servicio Federal del Parque ni por el gobierno, para que sea mis ojos y mis oídos aquí. Cuando llegaste a Yosemite, querías denunciarme y estabas en tu derecho. He estado pensando mucho en eso.

–Vance… ya me he disculpado por eso.

–Lo sé, pero lo que dijiste el otro día es importante. Una mujer tiene instintos especiales y puede anticipar los problemas antes de que

aparezcan, sobre todo cuando hay niños implicados. Agradecería tus recomendaciones para mejorar la seguridad, por ejemplo. Este verano, Nicky podría hacerlo contigo.

Rachel dejó su servilleta.

–Mira… no es que no agradezca tu oferta, pero creo que está motivada por tu sentimiento de culpa por lo que les pasó a mi hermano y mi cuñada.

–No tiene nada que ver con la culpa –afirmó él.

Rachel desvió la mirada, sin saber qué pensar.

–Bueno, gracias por tenerme en cuenta, pero como te he dicho antes, Nicky y yo tenemos una vida en Miami, con mis padres.

–¿Y tu ex novio?

–Nicky habla demasiado –dijo ella, exasperada.

–Sólo porque te quiere y sabe que Steven te hizo daño. Teme que vuelvas con él. ¿Por eso no quieres trabajar aquí? Rachel debió haber imaginado que Nicky le contaría todo a su héroe favorito.

–La verdad es que aún no sé lo que voy a hacer.

–Considera, al menos, mi propuesta. Si el puesto te gusta, podríamos hacerte un contrato fijo.

–Es muy amable por tu parte. Prometo que pensaré en ello –mintió Rachel y miró su reloj–. Deja que te ayude a recoger; luego tengo que ir a la central a recoger a Nicky –dijo.

–Esto puede esperar –señaló Vance y la detuvo.

–En ese caso, será mejor que me vaya –repuso ella. Vance estaba demasiado cerca, pensó. –¿Rachel? Ella cometió el error de mirarlo. Su expresión solemne la impresionó.

–¿Sí?

–Si te he hecho enfadar, no era mi intención.

–N–no me has hecho enfadar –balbuceó ella.

–Pero he tocado un punto débil. ¿Ha sido por mencionar a Steven?

–No sólo eso. Es que no me gusta que Nicky sepa tantas cosas.

–Es natural. Te quiere. Eres su vida. Cualquier cosa que te afecte a ti, lo afectará a él por triplicado.

–Eso lo sé de sobra –afirmó ella y sonrió–. Sin embargo, se trata de algo más.

–Dilo. Aclaremos las cosas por completo.

–Por favor, no me malinterpretes, pero ya has hecho demasiado por él. –¿Y te molesta? ¿Es eso lo que quieres decir? –No, claro que no –negó ella y se mordió el labio–.

Pero su recuerdo de su padre y su relación contigo están ligadas ahora. Nicky está confundido.

–Créeme, me doy cuenta de eso –replicó Vance con tono serio–. Cuando estéis de vuelta en Florida, Nicky aclarará sus ideas. Por el momento, prefiero que esté unido a mí emocionalmente cuando subamos a El Capitán mañana.

Ella lo miró a los ojos durante un momento interminable.

–Nunca podré agradecerte bastante lo que has hecho por él. Eres un gran hombre –dijo Rachel y, dejándose llevar por un impulso, lo besó en la mandíbula. Luego, agarró su bolso y salió corriendo de la cocina.

Vance se llevó los dedos al lugar donde ella lo había besado. Aunque había sido una demostración de gratitud nada más, el contacto de sus labios despertó su deseo. Corrió tras ella, pero Rachel ya se había metido en el coche. Se pasaron todo el camino hacia las oficinas en silencio.

–Espera aquí, Rachel. Yo iré a buscarlo.

Vance entró en la central. Los niños estaban empezando a salir de la fiesta en el auditorio. Nicky lo vio y corrió hacia él, sonriente.

–Me gustaría ser un Joven Castor. Tienen uniformes igual que tú.

–¿Te gustan, eh? –dijo Vance, riendo–. ¿Lo has pasado bien?

–Sí. Los osos de la película eran muy graciosos.

Vance le dio la mano y lo acompañó al coche, mientras Nicky no paraba de hablar, emocionado.

–¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó Nicky cuando Vance lo hubo ayudado a subir al coche.

–Tiene trabajo, cariño –explicó Rachel, adelantándose–. Nosotros tenemos otros planes.

–¿Adónde vamos?

–A dar un paseo a la Villa del Curry –repuso ella con determinación.

–Tienen un helado estupendo allí.

Nicky miró a Vance con morriña.

–¿No puedes venir con nosotros?

Vance notó que Rachel lo miraba pidiéndole que la ayudara.

–Me temo que tengo trabajo que hacer –mintió él. Por supuesto, siempre había cosas por hacer, pero no tenía nada urgente–. Hasta pronto, cara de tronco –se despidió y le tendió la mano al niño, pero Nicky no parecía seguir interesado en su pequeño juego de palabras.

Vance comprendió cómo se sentía él niño, porque él estaba sufriendo también. Se despidió de Rachel con la mano antes de entrar en las oficinas. Iba a ser una larga noche.

Nada más entrar en el despacho, Beth le informó de que Nelson, uno de los guardabosques, estaba en la línea uno. Vance tomó el teléfono.

–¿Qué pasa, Bob?

–Un incendio en Laurel Lakes.

–¿Cuánto se ha extendido?

–Unas cuatro hectáreas. No sabemos todavía si ha sido provocado por un rayo o por los campistas. He dado la orden de evacuar la zona. –Ciérralo todo, incluyendo el camino que lleva a Miguel Meadow, y mantente en contacto.

–Sí, señor.

Los incendios naturales eran buenos para el parque, pues permitían que el bosque se regenerara. Sin embargo, si se salían de control, los guardas tenían que apagarlos desde el aire. Todos los años, perdían entre dieciséis y veinte acres de bosque debido a los rayos de las tormentas o a incendios planificados. Vance no estaba muy preocupado por la noticia. Había otros dos pequeños incendios al este de Glazier Point, pero estaban controlados y no interferirían en su vuelo a El Capitán. Por el momento, no había motivo para preocuparse. Al menos, no por los incendios.

Vance se sentó delante de su ordenador para leer los correos electrónicos que había recibido desde diversas estaciones forestales. La noticia de un accidente con un oso en el camping de Lower Pines llamó su atención. Tendría que ser investigado.

Entonces, su mirada se posó en el muñeco de Lobezno que Nicky se había dejado junto al teclado del ordenador. Tomó el muñeco en la mano, mientras revivía los sucesos del día. Ciertas imágenes ocuparon su mente. Rachel era una chica excelente. Cuando él le había hecho una aguadilla en la piscina, ella había hecho todo lo posible para devolvérsela. Todavía podía sentir el contacto de sus brazos y sus piernas. Su risa había sido tan espontánea como su sonrisa. Lo había dejado hipnotizado y no había podido dejar de mirarla. Era una mujer natural y muy femenina, que poseía las cualidades necesarias para convertirse en alguien inolvidable, pensó él, mientras revivió el beso que ella le había dado en la mejilla.

Respirando hondo, Vance se levantó de la silla. Necesitaba mantener la mente ocupada y hacer algo de provecho, se dijo. Se metió el juguete de Nicky en el bolsillo y se despidió de Beth hasta el día siguiente.

Cuando Vance entró en el centro de información, no le sorprendió ver a Chase de servicio. Se acercó a su mesa.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Tú qué crees?

El trabajo era su forma de escapar de los problemas, para ambos

amigos.

–Te entiendo –repuso Vance. Él estaba haciendo lo mismo, trabajar para evitar estar a solas con sus pensamientos.

–¡Hola, jefe! –llamó Hollis–. Todo el mundo en el parque habla de cómo te ocupaste de esos jovencitos ebrios en la piscina –dijo con admiración–. ¿Por qué no nos das un cursillo acelerado sobre la técnica Rossiter?

Las noticias corrían rápido en el parque. –Vosotros no lo necesitáis. ¿Por qué no me cuentas qué ha pasado con ese oso?

–No fue fácil. La osa y sus dos oseznos subieron a un pino muy alto. Se quedaron un rato arriba. Luego, los oseznos comenzaron a bajar. Cuando la osa se dio cuenta de que se habían separado de ella, se puso agresiva. Temíamos que atacara a los campistas que había mirando, así que tuvimos que tranquilizarla.

–Me alegro de que no fuera peor –comentó Vance. Si una madre sentía que sus oseznos corrían peligro, era capaz de matar por ellos. Rachel tenía el mismo instinto en lo relativo a Nicky.

–Yo, también. Llamamos para que transportaran a la familia a una zona más alejada.

–Me aseguraré de que el informe llegue al superintendente, con una copia al encargado de comunicación del parque. Los periódicos querrán subrayar la crueldad animal y obviarán el hecho de que la osa sólo quería proteger a sus hijos, pero siempre queda la esperanza de que alguien cuente la verdad –señaló Van-ce y miró a Chase–. ¿Quieres dar una vuelta?

–Pensé que nunca me lo pedirías –contestó Chase, saliendo de detrás del mostrador. Los otros guardas se quedaron a cargo del centro de información.

–¿Por qué no vamos a mi casa? –propuso Vance–. Tengo enchiladas. Puedo calentártelas. –¿Estás seguro de que eso es lo que te apetece hacer esta noche?

–Es mejor que ir al restaurante para que Nancy nos acorrale para contarnos por qué los solteros no son tan longevos como los casados.

–Quizá, el problema es que las mujeres que nos gustan no están disponibles –comentó Chase mientras caminaban hacia casa de su amigo.

–Sí –dijo Vance. Rachel iba a regresar a Florida para estar con su ex novio, se recordó. No había querido ni escuchar su propuesta de trabajo.

–¿Qué tal lo pasaste con Nicky? ¿Os divertisteis en la piscina?

–Sí. Es un gran nadador –repuso Vance y aceleró el paso. Debían

cambiar de tema. Pronto, Nicky y Rachel estarían lejos del parque. No quería pensar en ellos.

–No me gustaría estar en tu lugar cuando los lleves a El Capitán mañana. Esperemos que la experiencia no empeore las pesadillas del chico.

–Supongo que lo averiguarán cuando estén en Florida –murmuró Vance. Por desgracia, el psiquiatra de Rachel no era infalible.

Rachel… ¿Durante cuánto tiempo estaría recordando su nombre?, se preguntó. Esperó que no mucho, si no, su corazón pagaría las consecuencias.

Los rayos del sol aún no habían penetrado en la espesura del valle Yosemite, pero Rachel se sintió aliviada porque el cielo prometiera una hermosa y despejada mañana de verano. El miedo a revivir la tragedia de su hermano se combinaba con la emoción por volver a estar en compañía de Vance.

En la puerta del hotel, Nicky saludó a Vance con excitación. Vestido de uniforme, el guardabosques estaba imponente, apoyado en su ranchera, esperándolos. El sol todavía no había salido. En la sombra, los ojos de él parecían todavía más oscuros de lo habitual.

–Buenos días –saludó Vance con tono grave.

Su voz parecía más seria que nunca, observó Rachel y se dijo que aquel viaje no sería agradable para él. Pero notó que había algo más que lo molestaba.

–Buenos días –respondió ella en un susurro.

Vance la ayudó a entrar en el coche y cerró la puerta.

Sólo tardaron unos minutos en llegar al helipuerto. Por suerte, la charla de Nicky disfrazó lo extraño de la situación. Vance tenía un aspecto poco amistoso esa mañana. Sin duda, recordar el accidente también debía de ser muy doloroso para él, caviló Rachel.

Varios guardabosques que habían participado en el equipo de búsqueda y rescate los recibieron y los saludaron. Nicky se agarró a las manos de su tía y de Van-ce. El piloto se acuclilló delante del niño.

–Hola, Nicky. Me llamo Perry. Soy el hombre que ayudó al jefe a encontrar a tus padres. Yo os llevaré a El Capitán. ¿Estás listo?

–Sí.

–Salgamos ya, entonces. El jefe te pondrá el cinturón –dijo Perry, se levantó y miró a Rachel–. Señorita Darrow, suba, por favor, y póngase el cinturón.

Ella obedeció, seguida de Nicky, que no le quitaba a Vance los ojos de

encima, escuchando lo que le decía mientras le abrochaba el cinturón.

–Yo tengo que sentarme delante, pero cuando lleguemos allí, te daré la mano todo el tiempo. ¿Te parece bien? –preguntó el jefe.

Nicky asintió.

–Vas a ver todo el valle Yosemite. Algo que no muchos niños de seis años ven desde el aire. –¿Tú lo viste cuando tenías seis años? –No. Tuve que esperar a los diez. –¿Te dio miedo? –preguntó el niño, angustiado. Las hélices comenzaron a girar.

Rachel se fijó en que a Vance le costó tragar saliva.

–Sí, pero era tan impresionante que olvidé tener miedo. Tus padres pensaron que era tan impresionante que no quisieron bajar.

Los ojos de color avellana de Nicky se iluminaron. Vance había encontrado las palabras adecuadas.

La admiración, incluso el amor, de Rachel por el guardabosques no hizo más que crecer. Vance tenía una honestidad innata, combinada con una gran bondad y con una intuición muy especial. Era un hombre diferente de la mayoría. Y la gente lo sabía, era obvio por la forma en que lo miraban todos los que trabajaban con él. A Nicky le había inspirado una confianza total.

–¿Estás listo, campeón?

–¡Vamos allá!

–Ya has oído, Perry.

Los motores comenzaron a funcionar. Rachel no había volado nunca en helicóptero. Se lo había confesado a Nicky la noche anterior. El niño debió de recordar su conversación, porque se giró hacia ella para tranquilizarla.

–No tengas miedo, Rachel. Vance no dejará que nos pase nada.

–Lo sé –contestó ella. Y era cierto que lo sabía.

El helicóptero se levantó del suelo y Rachel sintió un nudo en el estómago. En ese momento el sol comenzó a salir por el horizonte, dotando a la escena de un aura mágica.

–Vaya. ¡Es enorme! –gritó Nicky, contemplando el valle. –Casi hemos llegado –dijo Vance–. Si miras bien, Nicky, verás personas escalando con cuerdas. –¡Parecen hormigas! ¿Mi mamá y mi papá hicieron eso?

–No –contestó Vance–. ¿Ves ese sendero a tu derecha? Junto al precipicio. Ése es el camino que tomaron para llegar aquí desde Tamarack Flats. Vamos a aterrizar en el sitio donde acamparon.

Con toda suavidad, el piloto posó la nave sobre la gigantesca roca plana. Estar allí no era tan terrorífico como Rachel había imaginado. Igual

era porque no estaban cerca del precipicio.

Vance llevó a Nicky en brazos. Por el momento, el niño parecía estar bien.

–¿Qué te parece? –preguntó Vance.

–¿Estamos en la cima del mundo?

Ambos hombres sonrieron.

–Es la sensación que da –comentó Perry–. ¿Qué más quieres preguntarnos? –¿Puedo bajarme y dar un paseo? –Sólo si vas de mi mano –contestó Vance. –Lo haré –afirmó el niño y, una vez en el suelo, miró

a su tía–. ¿Me das la otra mano?

Rachel le dio la mano al instante. Sintió que, juntos los tres, podrían ir a cualquier parte. Ella miró a su alrededor maravillada, sintiéndose como si estuvieran en lo alto del mundo.

–¿Por qué hace frío? –preguntó Nicky.

–Porque estamos a dos mil trescientos metros de altura –contestó Vance y se paró un momento–. La temperatura siempre es aquí unos grados más baja que en el valle. Por eso las tormentas en lo alto son mucho peores.

Nicky se quedó pensativo.

–Apuesto a que, cuando empezó a nevar, mi mamá y mi papá tuvieron mucho, mucho frío.

–Así es, pero recuerda que se tenían el uno al otro y se ayudaron hasta que se quedaron dormidos.

–Eso es porque se querían mucho.

–Igual que te querían a ti –dijo su tía, emocionada, y lo abrazó con fuerza.

El niño la abrazó. Se quedaron así un largo rato. Luego, el niño se separó y se dirigió a Vance.

–¿Adónde llevaste a mi mamá y a mi papá?

–Perry nos llevó a todos al pueblo. Luego, un coche especial los llevó al aeropuerto, desde donde los llevaron con tus abuelos a Miami.

–Yo no los vi –dijo Nicky, mirando a Rachel.

–Ni yo, tesoro. Los abuelos los enterraron en el cementerio.

–¿Qué es eso?

–Visitaremos su tumba en cuanto lleguemos a casa y lo verás.

Vance tomó al niño en sus brazos de nuevo.

–Te diré algo. Como te vas a ir a Merced, le pediré a tu tía que toméis la ruta que pasa por Oakhurst. Nos detendremos allí para que puedas ver dónde están enterrados mis padres y mis abuelos. Quiero poner flores en la

tumba de mi abuela. Tú puedes ayudarme a decidir qué flores.

A Nicky se le iluminó el rostro.

–Las rosas amarillas son las favoritas de mi abuela.

–Entonces, eso compraremos.

–¿También está Katy enterrada allí?

–No. Su tumba está en Fullerton, en California, junto a la de su padre.

–¿También pones flores en su tumba?

–Cuando puedo ir a visitarla, sí.

A Rachel se le encogió el corazón.

–¿Está muy lejos?

–No tanto como Florida.

El niño miró a Rachel.

–¿Podemos poner rosas amarillas en la tumba de mamá y papá también?

–¡Les pondremos un ramo enorme! –exclamó ella, saltándosele las lágrimas.

–¿Podemos regresar ya? Tengo hambre.

–Puedo solucionar lo del hambre –dijo Rachel. Abrió el bolso y sacó unas chocolatinas para cada uno.

Rachel nunca podría haberse imaginado que Nicky compartiría una chocolatina con Vance en lo alto de El Capitán. Aquello la ayudó a dejar atrás la terrible sensación de tristeza que la había acompañado durante tanto tiempo.

–Sonreíd –dijo Perry antes de hacerles una foto.

Vance había pensado en todo. Los padres de Rachel querrían ver esa foto. Y ella la guardaría como un tesoro.

Cuando el piloto terminó, Rachel se acercó a él.

–Me gustaría tomarte una foto con ellos. Para nuestra familia, eres un héroe. –Será un placer. Ya que estaba en ello, Rachel tomó fotos del helicóptero y de los alrededores. Cuando le devolvió la cámara a Perry, le dio un abrazo.

–Las palabras no pueden expresar lo que hiciste por mi hermano y su esposa, por no hablar de lo que has hecho por Nicky. Siempre estaré en deuda contigo.

–Sólo hago mi trabajo –repuso Perry con modestia–. Esto también me ha sido de ayuda a mí –añadió con sinceridad.

–Creo que ya podemos irnos –murmuró ella con una amplia sonrisa.

Sin embargo, al decirlo, Rachel sintió que el corazón se le rompía por tener que irse del valle Yosemite. Era un sentimiento con el que no había

contado.

CAPÍTULO 6

DOS horas después, Rachel, Nicky y Vance habían terminado un copioso desayuno y estaban listos para salir hacia Oakhurst. Cuando ella se dirigió a la recepción del hotel para saldar su cuenta, le dijeron que ya había sido pagada.
Rachel se giró hacia Vance, que estaba con Nicky en el vestíbulo, admirando el mural del búho. –Tu trabajo no consiste en invitar a los visitantes, que yo sepa. –A veces, hay excepciones –repuso él con mirada misteriosa.

–No puedo dejar que lo hagas –susurró ella.
–Ya está hecho. No me robes el placer de ayudarte un poco. Después de todo lo que habéis sufrido, lo haría mil veces. Por Nicky… –Sé que lo harías, porque eres una persona extraordinaria –dijo ella, apartando la mirada.

–El sentimiento es mutuo.

–Vámonos –dijo Rachel, después de acercarse a Nicky con piernas temblorosas.

Vance colocó la silla de Nick en su coche patrulla, pues habían quedado en que el niño haría el camino con el guardabosques. Un minuto después, se pusieron en marcha. El niño saludó a su tía por la ventanilla. Ella los siguió en el coche de alquiler.

A lo largo del camino a Oakhurst, Nicky la telefoneó un montón de veces por el móvil de Vance para contarle cada nueva información que su mentor le daba sobre el parque.

–¿Tesoro? ¿A que no sabes lo que he descubierto? –le dijo su tía.

–¿Qué? –preguntó el niño con emoción.

–El Capitán es el nombre español, pero también tiene un nombre que le pusieron los primeros habitantes de este lugar. Lo llaman Totokanoola. ¿Sabes lo que significa su nombre indio?

–¿Qué? ¿Capitán?

–Algo aún más importante.

–¿*Superintondento*?

–No. Algo mucho más importante –repuso ella, riendo. –¿Qué? –preguntó Nicky, que se había quedado sin ideas.

–¡Jefe! –exclamó Rachel.
–¿Como Vance? –dijo el niño, llenándosele la boca al pronunciar su

nombre. –¡Exacto! –¡Vaya! Pasaron una señal que indicaba Oakhurst. Vance paró delante de una bonita casa al estilo ranchero, con fachada de piedra. Rachel se detuvo también y se bajó, para acompañarlos en el coche de él al cementerio.

–¡Aquí solía vivir Vance!

–Es una casa preciosa. Me recuerda un poco a la de los abuelos –señaló ella.

–Sí –afirmó Nicky–. ¿Cuándo vamos a comprar las rosas?

–Hay una floristería a un par de manzanas –indicó Vance.

–¿Puedo ayudarte a comprarlas?

–Contaba con ello –repuso Vance, mientras sus ojos se cruzaban con los de Rachel.

Cuando llegaron a la floristería, Rachel se quedó en el coche mientras ellos dos entraban. Por mucho que Nicky quisiera, no iba a dejar que se quedaran demasiado tiempo en el cementerio. Tenían que irse de Yosemite y dejar atrás ese capítulo de su vida, antes de que ella olvidara que Vance seguía llevando su alianza. Además, el guardabosques debía volver a su trabajo. Era un milagro que hubiera podido dedicarles tanto tiempo.

Desde su asiento, Rachel vio salir a Nicky de la tienda, con una docena de rosas amarillas. El ramo era más grande que el niño. Vance lo dejó en su ranchera, antes de que se pusieran de nuevo en marcha.

–Son las flores más bonitas que he visto –comentó Rachel, mirando al niño.

–Vance dice que a su abuela le encantarán.

–No lo dudo.

Dos kilómetros después, entraron en el cementerio, que estaba muy bien cuidado. El niño corrió a una de las lápidas. –¿Qué es esto? –Lápidas. –¿Lápidas? –Sí. Llevan el nombre y la fecha de las personas que murieron –explicó Rachel, acercándose a él–. Ni la lluvia ni el viento pueden borrarlos.

Vance llevó las rosas a una tumba gris que tenía dos nombres grabados. Nicky corrió tras él.

–¿Aquí están enterrados tu abuelo y tu abuela?

–Eso es –contestó Vance y dejó las flores a un lado. –«Do-ro-thy y Wi-lli-am Ros-si-ter» –leyó el niño. –Lees muy bien –lo felicitó Vance–. ¿Cómo se lla

man tus abuelos? –Abuela y abuelo Darrow –repuso Nicky tras titubear. –Minnie y Ted –aclaró Rachel, poniendo las manos sobre los hombros del

niño.

–Ah, sí. Y los nombres de mis padres son Michelle y Benjamin –afirmó el niño y miró a su tía–. ¿Tienen una tumba también?

–Sí, en cuanto lleguemos a casa, cortaré rosas amarillas del jardín e iremos a visitarla.

–¿Puede venir Vance con nosotros?

–Me temo que no –repuso Rachel con toda la calma que le fue posible. Ya habían hablado de eso una docena de veces–. Él vive aquí y está a cargo de todo el parque. De hecho, tiene que volver allí ahora. Vámonos, tesoro –dijo, tomó la mano del niño y se dirigió a la ranchera.

Para su alivio, Nicky no discutió. Todos se metieron en el coche y regresaron a casa de los abuelos de Vance.

–¿Por qué no podemos quedarnos con Vance? Tiene una casa en el parque y vive solo –insistió Nicky cuando Vance paró el motor.

–Vamos –ordenó Rachel y abrió la puerta, fingiendo ignorarlo.

Cuando el niño no se movió, su tía lo obligó a salir del coche de Vance y lo llevó hasta el suyo. Por desgracia, necesitaba las llaves, que estaban en su bolso.

Vance se acercó a ellos con la silla del coche de Nicky y tomó al niño en brazos para dejar que Rachel abriera la cerradura.

–No quiero irme –sollozó Nicky. Enterró la cara en el cuello de Vance, sin dejar de llorar.

En esa ocasión, el guardabosques no podía hacer nada, pensó Rachel. Cuanto antes se fuera de allí, mejor.

Vance tuvo que dejar a Nicky en el suelo para poder instalar su sillita del coche. Nicky estaba fuera de control. Cuando Vance le abrochó el cinturón, pataleó y gritó con todas sus fuerzas.

–¡No quiero irme! ¡Quiero quedarme contigo!

–Me gustaría que pudieras, campeón.

Rachel creyó percibir un sollozo en la voz de Van-ce. Aquello se había convertido en una pesadilla. –Te llamaré desde mi coche y así podremos hablar mientras –dijo Vance y cerró la puerta.

Nicky no lo escuchó. Lloró más fuerte. Se le estaba rompiendo el corazón y nadie podía evitarlo. Aquello estaba siendo casi más traumático que lo que había pasado hacía un año.

–Gracias por todo –se despidió Rachel con gesto de sufrimiento y arrancó el coche. Vance se quedó allí parado, impotente y angustiado. –¡Noooo! –gritó Nicky cuando su coche se puso en marcha–. ¡Vance! –chilló–. ¡Para! Rachel estaba desesperada y no sabía qué hacer.

Cinco segundos después, sonó su móvil. Descolgó.

–¿Vance? –dijo ella con voz temblorosa.

–No puedo dejar que esto termine así, Rachel. Voy a seguirte a Merced. Ponme a Nicky.

En su interior, Rachel sabía que pasar más tiempo con él sólo serviría para retrasar lo inevitable y que iba a empeorar la situación. Pero, en ese instante, lo único que la importaba era calmar a Nicky.

Rachel puso el intermitente derecho y paró a un lado de la carretera. Se desabrochó el cinturón y se giró para mirar a Nicky.

–Vance ha decidido conducir a Merced con nosotros antes de regresar a su casa. ¿Quieres hablar con él?

–Sí –contestó el niño con toda la cara roja de llorar. Rachel le tendió el teléfono. Poco a poco, sus respuestas de una sílaba se convirtieron en frases de dos o tres palabras. En pocos minutos, Nicky comenzó a reír. Siguieron hablando por teléfono durante todo el camino a Merced

–Vance dice que lo sigamos a la Posada Merced. Él sabe dónde está todo.

–Tienes razón –repuso Rachel–. Ahora tienes que colgar.

–De acuerdo. Hasta ahora, cara de bola.

Sólo de forma temporal, las cosas habían vuelto a la normalidad.

–¿Rachel? ¿Puede llevarme Vance a la peluquería?

–¿A la peluquería? –dijo ella. ¿A cuento de qué venía eso?, se preguntó. No entendía nada.

–Sí. Le conté a Vance que unos niños de la piscina me dijeron que tenía rizos de chica. Él dice que, cuando tenía mi edad, tenía largos rizos negros porque a su madre le gustaban, pero los niños se metían con él, así que su papá lo llevó a la barbería. ¡Yo quiero ser igual que Vance!

¿Qué niño no querría?, se dijo Rachel. Sin embargo, un corte de pelo militar tal vez no fuera lo más indicado para Nicky.

–No tenemos tiempo para eso, tesoro.

–Por favor. Prometo que me portaré bien y ya no lloraré más. –¿Lo dices de verdad? –Sí. Con un poco de suerte, Nicky recordaría lo que ella le había dicho y podrían regresar a Florida sin escenas, pensó Rachel.

–Ya estás listo, hombrecito –dijo el barbero. –¿Cómo estoy? –preguntó Nicky, bajándose de la silla. El pequeño parecía mucho mayor. Vance le dio una palmadita en el hombro. –¡Pareces un tipo duro! Me gusta. ¿Estás listo para despedirte?

–Creo que… sí –balbuceó Nicky con tristeza.

Aquél era el trato que habían hecho Vance y Nicky. Si el niño prometía no llorar ni ponerse triste cuando Vance se fuera, él lo llevaría a cortarse el pelo y Nicky podría llamarlo por teléfono desde Miami siempre que quisiera. Vance le había escrito su número de móvil en un pedazo de papel que el niño se había guardado en el bolsillo.

Vance pagó al barbero antes de salir hacia el coche de Rachel, donde ella estaba esperando.

–¿Lo conozco de algo, caballero? –bromeó Rachel, frotándole la cabeza.

–¡Soy yo! –rió el niño.

La sonrisa de Rachel hizo que a Vance se le iluminara el corazón por un instante. No quería ni pensar que ella fuera a regresar con su ex.

Un par de minutos después, los tres llegaron a la Posada Merced. El momento de la separación había llegado y las tornas parecían haber cambiado. Vance era quien tenía ganas de llorar y patalear. Los Darrow sólo habían estado cuatro días en el parque. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo se hubiera apegado tanto a ellos?

La última vez que había experimentado tanto sufrimiento había sido cuando había recibido la noticia de la muerte de Katy. ¿Era aquello a lo que se había referido el jefe Dick en su visión? Le había hablado de un gran cambio que lo afectaría durante el resto de su vida.

En ese momento, Nicky parecía estar sobrellevando la situación mucho mejor que Vance, y que Rachel, quien había estado demasiado callada desde su llegada a Merced.

Nicky salió del coche. Esperó a que saliera Vance para darle un abrazo de oso. Vance se dio cuenta de que el niño tenía los ojos húmedos pero, fiel a su promesa, Nicky no lloró.

–Nos vemos en un rato, cara de pato –se despidió Vance, chocándole la mano.

–Nos vemos en un rato, cara de plato –repuso Nicky con rapidez.

Vance los miró a ambos. Guardaría para siempre aquella imagen de los dos, mirándolo.

–Que tengáis buen viaje –dijo Vance. No sabía cómo iba a poder soportarlo.

Rachel lo miró con ojos empañados. Sin embargo, Vance no fue capaz de descifrar sus sentimientos.

–Estaremos bien. No conduzcas demasiado rápido para llegar pronto al parque, si no te pondrán una buena multa.

–No le harían eso a Vance. ¡Él es el jefe! –exclamó Nicky.

Vance rió a pesar de sus sentimientos.

–Llámame mañana por la noche para saber que has llegado bien a casa.

–De acuerdo –dijo el niño con labios temblorosos–. Adiós, Vance. Gracias por todo.

–De nada. Ah, casi lo olvidaba –señaló Vance y se sacó a Lobezno del bolsillo–. Te dejaste esto en mi despacho.

El niño se quedó mirándolo, pero no lo agarró.

–¿No es tu juguete favorito? –preguntó Vance.

–Sí, pero puedes quedártelo, si quieres.

–Claro que quiero –repuso Vance con voz ronca. Cerró la mano alrededor de la figurita.

–Adiós, Vance –se despidió Rachel y le dio las gracias una vez más.

Vance se puso en marcha. Si no hubiera sido porque había tenido que hacer un sinfín de llamadas, el camino de regreso al parque habría sido un infierno para él. En primer lugar, llamó al piloto.

–Gracias por lo que hiciste hoy, Perry.

–No sabía si el niño iba a poder sobrellevarlo, pero parece ser que algunos niños son más resistentes que los adultos.

–Tienes razón. Espero que sus pesadillas hayan terminado.

–Yo también. Ah, te he mandado por correo electrónico las fotos que tomamos en El Capitán. Pensé que te gustaría enviárselas.

–Le encantarán –repuso Vance–. Gracias, Perry.

–De nada. Es un niño muy simpático. Y, que quede entre nosotros, su tía es un bombón. Vance apretó el pie sobre el acelerador. –Sí. Gracias de nuevo por tu ayuda. –No hay problema. Hablamos luego. Cuando terminaron de hablar, Vance llamó a Bob, que le informó de que se habían quemado veinte hectáreas de terrero en Laurel Lakes.

–Todavía no es una cifra alarmante, pero si se levanta más viento, tendremos que pedir ayuda a los bomberos. Mantenme informado.

Después de solucionar un par de problemas con su agenda, Vance llegó al último de los mensajes de su contestador. Era de Chase. Le devolvió la llamada.

–Siento no haberte respondido antes. Ha sido un día muy largo –dijo Vance y, sin más preámbulos, puso a Chase al tanto de todo lo que habían hecho–. Nicky al fin se calmó y pudo despedirse de mí sin derrumbarse.

–Yo sabía que iba a ser difícil. Antes he hablado con Perry. Dice que Nicky se portó como un campeón allí arriba, pero fue gracias a ti.

–El niño echa de menos a su padre. Ha volcado en mí sus sentimientos

de apego, pero estará bien cuando vuelva con sus abuelos.

–Apuesto a que las cosas no van a funcionar entre Rachel y su ex. Nicky no va a ayudar a que así sea.

–Eso espero yo –contestó Vance. La mera idea de que alguien más hiciera de padre para Nicky le hacía subir la presión sanguínea.

–¿Cuánto te falta para llegar?

–Acabo de atravesar la entrada.

–Entonces, ven directo a mi casa. Veremos el partido y podemos cenar chuletas.

–No quiero comer nada. He perdido el apetito, pero me parece divertido ver el partido. Hasta ahora –se despidió Vance. Cualquier distracción sería buena con tal de no pensar en Rachel.

Cuando Rachel entró en el despacho de su jefe en Miami el martes por la mañana, no esperaba encontrarse con su ex novio detrás del escritorio. Nada más verla, él se puso en pie. Después de haber conocido al guardabosques, a ella le pareció que el metro ochenta de Steven no era una gran altura.

–No te enfades. Le pedí a Harry que me dejara hablar contigo unos minutos –explicó Steven. –No estoy enfadada, pero si estás aquí para convencerme de que no dimita, llegas tarde –afirmó Rachel. Los ojos de Steven delataban su sufrimiento, que parecía sincero. –¿Te han dicho tus padres que fui a buscarte la semana pasada?

–Sí.

–He venido a decirte que te quiero y quiero que empecemos de cero, pero no sé cómo demostrarte que lo que hice nunca sucederá otra vez –prometió él con ansiedad–. Lo juro, Rachel.

–Sé que lo crees –afirmó ella y respiró hondo–. Para tu información, el psiquiatra de Nicky me ha aconsejado que explore mis sentimientos por ti. Estaba convencido de que la muerte de Michelle y de Ben fue demasiado cercana a nuestra ruptura y que eso me ha impedido comprender lo que siento.

–Cariño…

Steven caminó hacia ella. Rachel se levantó como un rayo y se puso detrás de la silla. Ver a Steven de nuevo no despertaba su deseo. Al contrario, no quería ni que la tocara. En él veía a un hombre débil que había hecho el amor con su antigua novia días antes de la boda. Las razones eran lo de menos.

Quizá no fuera justo compararlo con alguien como Vance Rossiter,

pero Rachel no podía imaginar al guardabosques haciendo algo tan imperdonable. Él seguía amando a su esposa muerta tanto como para llevar su alianza. Si eso no era suficiente prueba de su respeto por el matrimonio…

Se mirara como se mirara, Vance era un hombre de honor, se dijo Rachel. Cuando ella había descargado en él su rabia y su dolor, Vance no había reculado. En vez de eso, había hecho lo necesario: buscar a Nicky para consolarlo. Esa respuesta había demostrado que Vance era más hombre que ninguno de los que ella había conocido.

Por algo, su sobrino había estado inconsolable desde que los dos habían llegado a casa. Para Nicky, nadie podía estar a la altura de Vance.

–¿Ni siquiera quieres que te toque? –preguntó Steven, quedándose paralizado.

–No. Cuando te devolví el anillo, fue muy doloroso para mí. Al verte ahora, he comprendido que mis sentimientos han muerto. La verdad es que no te he echado de menos, Steven. Lo nuestro ha terminado.

–¿Qué ha pasado en Yosemite para que estés tan segura?

–Nada –dijo ella, sin desviar la mirada–. La verdad es que no siento nada por ti.

–Estás mintiendo, Rachel. Te conozco demasiado bien. Has conocido a otro hombre –le espetó él con las mejillas coloradas por la rabia.

–Supongo que no debería extrañarme que sacaras esa conclusión, sobre todo después de tu aventura con Lynette –se defendió ella–. ¿No te parece raro que ni siquiera me preguntes por Nicky ni por cómo le ha sentado el viaje? Siempre hablas de ti y das la vuelta a las cosas para que tú parezcas la víctima.

–Eso ha sido un golpe bajo.

–Lo siento, pero la verdad duele –repuso ella. Con Vance o sin Vance, Steven había quedado atrás en su vida y no pensaba cambiar de idea.

–Estás distinta. ¿Quién es él? –insistió Steven.

–Ya veo que prefieres creer que hay otro hombre. ¿No crees que pueda tomar decisiones sola? –¡Rachel! Hacía tiempo, cuando Steven había pronunciado su nombre con la misma intensidad, ella se había derretido.

–Te deseo lo mejor, Steven, pero si no te importa, Nicky me está esperando en casa. ¿Puedes decirle a Harry que volveré otro día?

–¡No acepto que esto termine así! Claro que no. Su orgullo estaba quedando por los suelos, pensó Rachel y salió.

Era algo catártico para ella dejar la empresa, sabiendo que el dolor del pasado había quedado atrás. Pero, como si los sobresaltos nunca llegaran a

su fin, había entrado de lleno en una nueva crisis con Nicky. El viaje a Yosemite podía haber sido un éxito a la hora de reducir sus pesadillas, pero el niño había adquirido una nueva obsesión: el guardabosques jefe.

Cinco minutos después de llegar en casa y abrazar a sus abuelos el domingo por la mañana, Nicky había suplicado a su tía que llamara a Vance.

–Está esperando que yo lo llame –había dicho el niño–. Éste es su número –añadió y se sacó del bolsillo el pedazo de papel que Vance le había dado.

–Te dejaré llamarlo cuando estés en la cama, antes, no.

Durante la última semana, el niño había estado llevando la batuta y eso debía cesar, se había dicho Rachel.

Al fin, a la hora de irse a la cama, Rachel había ido al dormitorio de Nicky con el teléfono. No había querido que Vance pensara que había sido idea suya llamarlo, así que había marcado el número, le había tendido el auricular al niño y había salido del dormitorio. Pocos minutos después, su madre y ella se habían asomado a la puerta y habían descubierto que el niño seguía al teléfono, riendo como el niño feliz que había sido antes de que murieran sus padres.

–Tengo que admitir que le estoy agradecida a ese hombre por devolverle a Nicky la sonrisa –había comentado la madre de Rachel.

–Y yo. Pero me preocupa que Nicky piense que puede llamarlo a todas horas.

–No te preocupes tanto. Acabáis de llegar a casa. Lo llevaremos al cementerio mañana y llamaremos a Blake para que Nicky quede con él por la tarde. Dentro de un día o dos, el niño se calmará. El que hayas dejado tu trabajo lo ha tranquilizado mucho. Esa mirada de ansiedad que tenía antes ha desaparecido.

Sumida en sus pensamientos, Rachel abandonó el aparcamiento de la compañía de cruceros y condujo a casa, esperando que Nicky lo estuviera pasando bien con Blake. Necesitaba relacionarse con otros niños. –¿Rachel? –llamó su padre cuando la oyó entrar en la cocina. –¿Dónde está mamá? –preguntó Rachel, tras saludarlo.

–Ha ido a recoger a Nicky.

–Es sólo la hora de comer. Esperaba que jugaran un rato juntos. –Nicky quería volver por si Vance lo llamaba. –Me lo temía, pero Vance está demasiado ocupado para que lo molesten.

–Sin embargo, el señor Rossiter llamó hace una hora para pedirnos nuestra dirección de correo electrónico.

A Rachel se le aceleró el pulso.

–¿Has hablado con él?

–Claro que sí. Hemos tenido una larga conversación. Nicky me dijo que había sido marine. Es un hombre impresionante que tiene grandes responsabilidades. Había pensado llamarlo para darle las gracias por ayudar a Nicky, pero él se me adelantó –explicó su padre–. Mira las fotos que ha enviado. Hay una de Nicky en lo alto de El Capi… –comenzó a decir su padre y se interrumpió, emocionado.

Rachel se acercó y miró la pantalla del ordenador. En la foto, Nicky se parecía a Ben a su edad. Estaba muy guapo. Su padre pasó a la siguiente foto, una de Vance caminando con Nicky sobre la cima. La expresión que el guardabosques mostraba sólo podía ser descrita como amor. Y Nicky lo miraba con adoración.

Su padre hizo un sonido gutural.

–Mira eso. –¿Rachel? –llamó Nicky nada más entrar en casa–. ¿Ha llamado Vance? Me dijo que llamaría.

–La verdad es que sí –respondió su abuelo–. Quería tener nuestra dirección de correo electrónico para poder mandarnos unas fotos. Mira, aquí estás tú con él y con Rachel.

Nicky se acurrucó junto a su abuelo para verlo todo. Emitió todo tipo de sonidos de excitación. –Me alegro de que tomaran las fotos antes de que te convirtieras en un marine –comentó su abuela. Rachel la abrazó. Ella también echaba de menos los rizos de Nicky. –Quiero devolverle la llamada –dijo Nicky cuando hubieron visto todas las fotos. –Ahora no podemos –contestó ella, presintiendo una pelea–. ¿Lo has pasado bien con Blake?

–Más o menos –dijo el niño y le apretó el brazo a su abuelo–. ¿Puedes llamarlo tú? Tengo su número –señaló y se lo sacó del bolsillo.

El mocoso lo llevaba consigo a todas partes, se dijo Rachel.

Ted miró a Rachel y a su esposa antes de responder.

–Te dejaré llamarlo por esta vez, para darle las gracias por las fotos.

–¡Hurra! Te quiero –dijo el niño y lo besó en la mejilla.

–Yo también te quiero, pero Rachel tiene razón. Vance no tiene mucho tiempo libre para hablar. Tenemos que respetarlo.

–Pero anoche me dijo que yo podía llamarlo porque era su persona favorita.

–Bueno, eso es un gran cumplido –comentó su abuelo.

–¿Qué significa cumplido?

–Significa que tienes suerte de que un hombre como él se preocupe

tanto por ti –repuso Rachel.

–Dice que me quiere.

–¿Y quién no?

Perpleja porque Vance hubiera usado esas palabras con el niño, Rachel lo abrazó para ocultar sus sentimientos. Para el niño, que Vance lo quisiera significaba que tenía permiso para ser parte de su vida. Aquello no iba bien. No era de extrañar que Nicky insistiera tanto en hablar con Vance, recapacitó. ¿Qué podía hacer ella? Necesitaba consejo.

El doctor Karsh le había pedido que lo llamara después de volver. Ella había planeado hacerlo, pero no tan pronto. Por desgracia, la declaración de afecto de Vance por su sobrino había acelerado las cosas.

Rachel se inclinó para hablarle a su padre al oído.

–Mientras telefoneas a Vance, iré a mi habitación para llamar al doctor Karsh.

CAPÍTULO 7

CUANDO la ambulancia salió del lugar de los hechos, Vance caminó alrededor de los dos autobuses que habían chocado en la entrada de Tioga Pass. Aunque el autobús turístico de Sierra Trails había sufrido daños, no había habido ningún herido.

El otro autobús, lleno de jóvenes del instituto que habían ido a visitar el parque, tenía daños mayores. Tres de los chicos habían sufrido heridas leves y los habían llevado al hospital. El resto del grupo había embarcado en otro autobús rumbo a Bishop, California, de donde provenía.

Vance estaba hablando con Baird, el guarda que estaba preparando el informe, cuando sonó su móvil. Miró el identificador de llamadas y su día cambió de color. Se disculpó un momento, se alejó un poco y contestó.

–¿Nicky? ¿Eres tú?

–Sí. Gracias por las fotos.

–De nada. ¿Qué te parece ésa en la que estamos delante del helicóptero?

–¡Me encanta! Oye, Vance, ¿qué estás haciendo?

Vance posó la mirada en la larga fila de coches parados delante del accidente. Los conductores no dejaban de detenerse para tomar fotos del autobús siniestrado, creando un atasco monstruoso. Como Nicky tenía sólo seis años, decidió que era mejor omitir los detalles.

–Trabajando.

Siempre había experimentado un gran gozo en hacer el trabajo que le gustaba en el único lugar del mundo donde quería estar. Sin embargo, algo faltaba en su vida desde que Nicky y su tía se habían ido.

Un vacío nuevo para él había ocupado el lugar de su corazón. No había antídoto para su mal, excepto conseguir que Rachel y Nicky volvieran al parque. Pero, para que eso pasara, Rachel tenía que desapegarse de Steven.

–Me gustaría estar allí. ¿Vance? –lo llamó el niño, con la voz impregnada de tristeza. Vance apretó el teléfono con más fuerza, dejando que la nostalgia del niño le llegara al corazón. –¿Qué pasa, campeón? –preguntó, sabiendo cuál era la respuesta. –Me gustaría que Rachel y yo no nos hubiéramos ido. Quiero estar contigo. Vance escuchó un sollozo. En cuestión de segundos, el niño estaba llorando a moco tendido.

De fondo, Vance oyó a su abuelo urgiéndole a que colgara. ¿Dónde estaría Rachel?, se preguntó él. ¿Con su ex?

–Vamos, chico –le interpeló su abuelo. –¡Nooo! ¡No quiero colgar! Por favor, déjame hablar con Vance un poco más…

–¿Nicky? –dijo Vance al teléfono con la intención de calmarlo. Sin embargo, al igual que había sucedido en Oakhurst, el niño estaba fuera de control y no lo escuchaba. Con cada sollozo de Nicky, a él se le encogía el corazón un poco más.

–Dile adiós –ordenó su abuela al fin con firmeza.

–De acuer-acuerdo. A-adiós.

Vance oyó otro sollozo y, luego, colgaron. Aquello era una agonía, pensó. –¿Jefe? –lo llamó Baird.Vance se giró–. ¿El incendio de Miguel Meadow ha ido a peor? ¿Incendio?, pensó Vance y meneó la cabeza para concentrarse.

–No. Está bajo control.

–Me alegro –repuso el guarda y titubeó un momento–. ¿Estás bien? No, y nunca volvería a estarlo, pensó Vance. –Sí. ¿Has terminado el informe? Baird asintió y le tendió el papel. Vance lo leyó y lo firmó. –Excelente trabajo –dijo Vance y se lo devolvió–. Me voy a la central. Llámame si me necesitas. El piloto del helicóptero lo esperaba para llevarlo de vuelta al pueblo.

Vance tenía que entrevistarse con dos guardabosques nuevos que habían sido transferidos del Parque Nacional Zion. Después, había quedado con el superintendente para comer. A continuación, tenía que asistir a un seminario de cuatro horas en el auditorio del parque para hablar de los planes para prevenir la proliferación de plantas invasivas.

En algún momento, podría escaparse y llamar a Rachel, sin que Nicky lo supiera. Tenían que hablar.

Sin embargo, no tuvo ni un momento para hacerlo. El turno de noche entró de servicio mucho antes de que Vance terminara el trabajo y pudiera irse a casa.

Al llegar a su casa, Vance se fue a la cocina y lo primero que hizo fue beber agua fría del grifo. Pero necesitaba algo más fuerte.

En el frigorífico tenía cerveza y zarzaparrilla. Ha

bía puesto a enfriar la segunda hacía unos días, pensando en Nicky… Agarró la cerveza y cerró la puerta del frigorífico de un portazo.

El reloj de la cocina marcaba las diez menos cuarto. Era la una menos cuarto en Miami. Rachel estaría en la cama, a menos que estuviera con su ex. Prefirió no pensar en lo que podrían estar haciendo.

Tras terminarse la lata, se fue al estudio a ver de nuevo las fotos que les había enviado. Cinco minutos después, no pudo seguir soportando esa tortura y se alejó del ordenador. Necesitaba distraerse hasta que consiguiera dormir. Hacía dos meses, se había prometido a sí mismo que limpiaría el garaje. Al parecer, era un buen momento para hacerlo.

Llevaba veinte minutos en ello cuando sonó el teléfono. Respondió.

–Rossiter al habla.

–¿Vance? Soy Boyd.

Vance había estado esperando que lo llamara el jefe de bomberos desde Midpines.

–¿En qué estado se encuentra el incendio de Telegraph?

–Por eso te llamo. Ya se han quemado seis mil hectáreas y sólo está controlado en un veinte por ciento. Entrará en el valle Yosemite dentro de poco.

–¿Y el de Tuolumne Meadows? –preguntó Vance, frunciendo el ceño.

–El humo no permite mucha visibilidad, pero parece que no ha afectado a otras áreas del parque.

–Buena noticia. Mantenme al tanto.

Vance no podría dormir esa noche. La limpieza tendría que esperar a otro día. Apagó la luz del garaje y entró en su habitación para ponerse otra vez el uniforme. Encendió el generador exterior y se digirió al centro de información del parque. El humo que provenía del condado Mariposa era, sin duda, más denso.

Saludó al equipo del turno de noche. Al pasar junto a Chase, vio que estaba al teléfono. Sus ojos se cruzaron. Chase tapó el auricular un momento para hablarle.

–Boyd dice que el humo del incendio de Telegraph en la entrada de Arch Rock está dificultando la visibilidad a los conductores.

–Por eso estoy aquí. Ven a mi despacho. Haremos llamadas para que enciendan los generadores antes de que se vaya la luz. ¡En los edificios para turistas primero!

–Ya que estoy en ello, avisaré a Wally y a sus hombres por si hay que reparar algún generador –indicó Chase.

–¿Cómo? Más nos vale que todos funcionen a la perfección.

Rachel aparcó el coche delante de casa de Blake. Se giró hacia Nicky, que se había puesto su disfraz de Power Ranger y, a pesar de ello, no estaba contento con nada.

–Volveré dentro de dos horas y os llevaré a Blake y a ti a comer un perrito caliente.

Desde que había regresado de Yosemite hacía una semana, Nicky no había conseguido animarse. Para empeorar las cosas, el doctor Karsh había estado fuera de la ciudad. Rachel no había podido hablar con él hasta esa mañana. Había quedado en verlo a las diez.

–¿Qué vas a hacer tú?

–Voy a buscar trabajo –repuso Rachel. Durante la última semana había estado llamando a diferentes ofertas de trabajo para puestos administrativos. Ese día, tenía una entrevista después de su cita con el doctor Karsh–. Si quieres hablar con los abuelos, díselo a la mamá de Blake y ella te dejará usar el teléfono.

–¿Puedo llamarte a ti?

–Sí, pero puede que esté en una entrevista y no pueda responder –dijo Rachel, sin saber qué hacer para animarlo–. Mira, allí está Blake. Te está esperando.

El otro niño se acercó corriendo, también disfrazado de Power Ranger.

Despacio, Nicky se quitó el cinturón y salió del coche. Sus ojos llenos de tristeza le rompieron el corazón a Rachel. Desde que habían regresado, había tenido una pesadilla y se había despertando gritando el nombre de Vance.

El sueño había tenido lugar la noche en que habían establecido reglas sobre las llamadas al guardabosques. Nicky podía llamar sólo una vez por semana, eso era todo. Rachel había obligado a su sobrino a explicarle la nueva regla a Vance, pero ella se había abstenido de hablar con él.

Vance pareció haber comprendido porque, desde entonces, sólo había llamado a Nicky una vez. Para el niño, dos conversaciones por semana no eran suficientes.

–No olvides tu mochila. Allí llevas el desayuno. Te quiero, tesoro.

Al niño le tembló el labio mientras cerraba la puerta del coche. Rachel lo observó por el retrovisor mientras se iba. En vez de salir corriendo con Blake, Nicky se quedó mirando hacia ella hasta que desapareció en la distancia.

Quince minutos después, Rachel llegó a la consulta del psiquiatra y le habló del viaje a Yosemite y de lo que había pasado después. El doctor Karsh le ofreció una caja de pañuelos de papel.

–Gracias –dijo ella, secándose las lágrimas–. Si le digo la verdad, no sé qué hacer. En cierta manera, la situación es aún peor que antes.

–No es peor. Es mejor –la corrigió él.

–¿Bromea?

–No. Lo que has dicho hace un minuto es importante. Nicky siente una fuerte conexión con el guardabosques porque fue la última persona que vio

a sus padres. Pero es más profundo que eso –señaló el psiquiatra–. Él intentó salvarlos. Llevó a Nicky a lo alto de El Capitán y le mostró el sitio exacto donde había encontrado los cuerpos. Cuando los hubo encontrado, se encargó de que fueran enviados a Florida. A los ojos de Nicky, el guardabosques representa una figura paterna, alguien que protege y se ocupa de todo, como hizo su propio padre en el pasado. No es una conexión extraña ni poco habitual. Es comprensible, teniendo en cuenta que el guardabosques jefe parece ser un hombre destacado.

–Es excepcional –asintió Rachel.

–Por eso es el jefe –dijo el terapeuta y sonrió–. En cuanto a la última pesadilla, demuestra que Nicky se siente protegido por él y le gusta. Es muy buena señal que tu sobrino sea capaz de apegarse a alguien que no sea su padre. Yo diría que estáis haciendo progresos, aunque no lo sientas así todavía.

–¿Pero cómo puedo quitarle ese apego?

–Lo sabré mejor después de haber charlado con Nicky. ¿Podrías traerlo a mi consulta este mediodía?

Rachel se alegró de que el terapeuta tuviera un plan, porque ella se había quedado sin ideas.

Después de darle las gracias, Rachel se apresuró a ir al aparcamiento por su coche. Canceló su entrevista con la Cruz Roja, llamó a la madre de Blake y le avisó de que iba a recoger a Nicky antes de lo previsto. Tendrían que ir a casa primero para que el niño se quitara el disfraz.

–Llegáis pronto –observó el padre de Rachel cuando entraron en el comedor.

Antes de que Rachel pudiera explicar nada, su madre entró en la habitación con un paquete.

–Me alegro de que hayáis vuelto –comentó la abuela de Nicky–. Esto ha llegado por correo para ti.

–¿Qué es? –preguntó Nicky sin ningún interés.

–No tengo ni idea –respondió su abuela–. ¿Quieres que lo abra?

–Yo lo haré –dijo el niño.

Nicky sacó una bolsa de plástico de dentro. La rasgó con bastante esfuerzo y, dentro, encontró un uniforme de Joven Castor, con camisa, pantalones cortos y un sombrero con el logo del Parque Yosemite.

–¡Vaya! ¡Vance me ha enviado un uniforme de guardabosques! –gritó el niño–. ¡Ahora puedo ser como él!

Rachel apretó los ojos un momento. Vance no podía haber elegido un regalo que le hubiera gustado más a Nicky, pero no debía haberlo hecho.

–Voy a ponérmelo. Rachel, ¿me ayudas a quitarme el disfraz?

–Claro.

Con dedos un poco temblorosos, Rachel le bajó la cremallera del disfraz y le ayudó a ponerse los nuevos pantalones cortos de color caqui con su camisa a juego. Le quedaban a la perfección.

La abuela de Nicky tomó una tarjeta que había en el fondo de la caja y la leyó en voz alta.

–«Querido Nicky, los Jóvenes Castores del Parque te envían esto. Que lo disfrutes. La guardabosques Cindy Davis».

Qué detalle por su parte, pensó Rachel.

–Veamos cómo te queda el sombrero –dijo Ted y se lo puso al niño–. ¡Vaya! ¡Pareces un guardabosques de verdad!

Radiante, Nicky salió corriendo al baño para mirarse al espejo. Cuando regresó abrió la otra caja, que tenía unos prismáticos. También había una tarjeta. Rachel la tomó para leerla.

–«Para que busques búhos. Que los disfrutes, campeón».

Sin duda, era de Vance.

Nicky corrió por la casa, mirándolo todo con los prismáticos y gritando de felicidad. –¡Vaya! ¡Esto sí que es guai! A Rachel se le saltaron las lágrimas. Sus padres también estaban emocionados. Enseguida, Nicky regresó corriendo al salón.

–¡Mira, Rachel!

Ella tomó los prismáticos y se los llevó a los ojos para mirar a su madre, que estaba al otro lado de la habitación. Soltó un grito de sorpresa. Ampliaban tanto la imagen que, al principio, no estaba segura de qué estaba viendo. Al final, se dio cuenta de que era una de las pestañas de su madre.

–Oh, Nicky, no son prismáticos normales para niños. Vance te ha enviado un regalo muy especial y muy caro. Tendrás que cuidarlos mucho –indicó Rachel y se los tendió a su padre.

Cuando se los hubo llevado a los ojos, Ted comenzó a hacer exclamaciones, igual que había hecho su nieto. Se dirigió en su silla de ruedas hacia la entrada y hacia el patio.

–¿Sabes que son tan potentes que puedo ver las alas de una abeja desde el otro lado del jardín? ¡Minnie, mira!

Nicky corrió hacia ellos, observándolos con impaciencia, mientras su abuela probaba los prismáticos también. Rachel se quedó atrás, aún conmocionada por la generosidad de Vance. Él debía de saber lo que aquel regalo significaba para su sobrino. Por suerte, le había pedido cita al doctor Karsh para que ayudara a Nicky a no obsesionarse con el guardabosques.

–¿Nicky?

El niño la miró con los prismáticos en la mano. Aquel regalo le proporcionaría horas de diversión.

–Tengo cita con el médico dentro de unos minutos y quiero que vengas conmigo. Tienes que cambiarte para que nos vayamos.

Sus padres la miraron con sorpresa, pues pensaban que ella ya había ido a ver al doctor Karsh.

–Pero quiero quedarme aquí para jugar.

–Lo sé, pero tenemos que irnos. El doctor Karsh quiere hablar con los dos. No tardaremos mucho. Ahora corre a tu cuarto y ponte la camiseta del dinosaurio y unos pantalones.

–Pero no quiero cambiarme.

–Entonces, ve así a la consulta –sugirió su abuela, mirando a Rachel con cautela.

–¿Puedo, Rachel?

–¿Por qué no? Pero tendrás que dejar los prismáticos en casa. Dáselos al abuelo. –De acuerdo. –Podéis usarlos si queréis. Pero debéis tener mu

cho cuidado con ellos –les advirtió Nicky. –Gracias –repuso Minnie con gesto serio, forzándose a no reír–. Lo haremos. –Quiero llamar a Vance –dijo Nicky de camino a la consulta del psiquiatra. –Recuerda nuestra regla. Podrás darle las gracias cuando llegue el momento.

–¿Puedo enviarle un regalo?

–¿Tienes algo en mente? –replicó ella, pensando que no podía negarse. –Una mosca. –No lo entiendo. –¡Pescar es lo que más le gusta! –Ah –dijo Rachel. A pesar de lo delicado de la situación, no pudo evi

tar sonreír. ¿Quién sabía qué más cosas había aprendido Nicky sobre su héroe cuando habían estado a solas buscando búhos?

–Tendrá que ser una mosca muy especial.

–Eso es lo que él dice. La mayoría de los turistas usan una equivocada.

–Seguro que tu abuelo sabe cuál es mejor. A él también le encanta pescar.

Rachel observó a su sobrino, vestido con el uniforme de guardabosques, y su corazón se derritió. Cuando entraron en la consulta minutos después, el psiquiatra miró al niño y, luego, a Rachel.

–Creí que iba a venir Nicky contigo.

–Yo soy Nicky –dijo el niño, riendo.

–Hmm. Quítate el sombrero –dijo el terapeuta cuando se hubieron sentado. Cuando Nicky hubo obedecido, comentó–: Te has cortado el pelo desde la última vez que nos vimos.

–Sí. Vance me llevó a la barbería.

–¿Quién es Vance?

–Él me ha enviado este traje hoy por correo –repuso Nicky. Aunque la tarjeta había sido firmada por Cindy Davis, el niño sabía que Vance había sido el responsable–. Ahora nos parecemos.

–Parece que es un hombre muy amable.

–Es mi mejor amigo.

–Háblame de él.

–Vance puede hacer lo que sea. Es el jefe de todo el parque. –¿Te gustó Yosemite? –Sí. Vance nos llevó a El Capitán, esa roca enorme donde mi mamá y mi papá murieron. Él puso sus cuerpos en un helicóptero y los mandó con mis abuelos.

–¿Y cómo te sientes respecto a eso?

–Bien. Lo quiero. Fuimos juntos a cazar y me enseñó un viejo sendero indio. Dijo que podíamos ir a visitar a un viejo indio que es su amigo. Me gustaría que toda mi familia viviera allí.

El terapeuta asintió.

–Mis padres solían llevarme a las montañas cuando tenía tu edad. Había un hombre que vivía allí y a mí me encantaba visitarlo, se llamada Jedediah. Siempre me enseñaba sus cosas. Hacía sus propias armas y flechas. Yo también quería vivir allí, pero no podía.

–¿Por qué?

–Porque tenía mi vida en Miami. Eso es lo bueno de las vacaciones. Las planeas con antelación y te emociona pensar lo que harás cuando llegues allí. Cuando llega el momento, lo pasas genial y, luego, regresas a casa para ir al colegio y jugar con tus amigos hasta que llegan las siguientes vacaciones. Entonces, te vas de viaje y lo pasas de maravilla otra vez.

El doctor Karsh miró a Rachel para comprobar si ella estaba captando el mensaje. Ella lo entendió. Y Nicky también, pues la miró con ojos suplicantes.

–¿Podemos ir a Yosemite en nuestras próximas vacaciones?

El psiquiatra había dado con un buen plan para darle a Nicky esperanza y, al mismo tiempo, reducir su ansiedad. Pero ese plan no consiguió aliviar la ansiedad de Rachel. Otras vacaciones a California significaban ver a Vance de nuevo. No estaba segura de que su corazón

pudiera soportarlo.

–Creo que sí es posible.

–¿Cuándo? –preguntó Nicky, lleno de excitación.

–¿Sabes qué, tesoro? El doctor Karsh tiene más pacientes esperando. Lo hablaremos en casa.

–Bien.

–Gracias por venir a verme, Nicky. Me gusta mucho el uniforme de guardabosques.

–Gracias. A mí me encanta –repuso Nicky y se puso el sombrero.

Rachel sonrió al psiquiatra, se despidieron y se dirigieron hacia el coche.

–Tendremos que mirar en el calendario para ver cuándo podemos tomarnos otras vacaciones –señaló ella, adelantándose a la siguiente pregunta de su sobrino–. Debe ser antes de que empiece el colegio. Y tenemos que preguntarle a Vance, porque él también se irá de vacaciones.

–¿Adónde va Vance de vacaciones?

–No lo sé.

–Apuesto a que va a ver la tumba de Katy.

–Estoy segura de que sí –repuso ella con cierta ansiedad.

¿Amaría Vance tanto a su esposa muerta como para no dejar que otra mujer entrara en su vida?, se preguntó, sin querer aceptar que podía ser así.

Con la mandíbula oscurecida por la barba de un día y tras pasar toda la noche sin dormir, a Vance le sorprendió que su secretaria no gritara de terror al verlo. Encima, Beth les había llevado algo de comer.

–Eres un ángel, Beth –dijo Vance cuando ella les puso los donuts y el café delante. –Es una alegría verte, Beth –saludó Chase con aspecto taciturno–. Dime, ¿cómo se respira ahí fuera?

–Si no tienes asma, se respira bien.

–Eso me temía –comentó Vance–. El superintendente no está contento. También su casa se ha quedado sin electricidad. Ha tenido que llamar a alguien para que le arregle el generador. Por suerte, no hemos recibido ninguna queja de los hoteles ni de los restaurantes todavía.

–Por el aspecto que tenéis, yo diría que debéis ir a la cama. Idos a casa. Os llamaré si hay alguna emergencia –señaló Beth.

En ese momento, sonó el teléfono de Vance. Por el prefijo, vio que era una llamada desde Miami. El corazón le dio un brinco antes de responder. Esperó que Rachel estuviera al otro lado de la línea. El deseo de escuchar su voz se estaba convirtiendo en una necesidad para él.

–Rossiter al habla.

–¡Hola!

–Hola, campeón. ¿Cómo estás? –repuso Vance, sonriente. –Bien. ¡Gracias por el traje de guardabosques! ¡Me encanta! ¡Ahora lo llevo puesto! –¿Te queda bien? –quiso saber Vance, sonriendo aún más.

–¡Rachel dice que me queda perfecto!

También ella era perfecta, pensó Vance.

–Dile que te haga una foto y que me la mande por correo electrónico.

–Ya la hemos mandado. ¿Vance? Gracias por los prismáticos. ¡Son increíbles! ¡Esta mañana he visto a una hormiga llevándose un trocito de semilla desde el otro lado de la calle!

Vance rió.

–¿Cuándo te vas de vacaciones?

–No voy a irme –contestó Vance, sorprendido por la pregunta.

–¿Por qué? El doctor Karsh dice que todo el mundo se toma vacaciones.

Parecía que Nicky había estado en el psiquiatra, adivinó Vance, leyendo entre líneas. Sin embargo, no tenía ni idea de adónde quería ir a parar el niño.

–Estoy de acuerdo con el médico, pero en verano es cuando más trabajo tenemos en el parque, así que no suelo irme de vacaciones hasta otoño, cuando no hay tantos turistas.

–Mejor, porque Rachel me ha dicho que podemos ir de vacaciones una vez más antes de comenzar el colegio. ¿Puedo ir a visitarte otra vez? ¡Quiero ver todo el parque!

–Me gustaría muchísimo –respondió Vance con el corazón acelerado–. ¿Cuándo podéis venir?

–Un momento. Rachel quiere hablar contigo.

–Que se ponga –pidió Vance. Cuánto deseaba escuchar su voz…

–Hola, Vance –lo saludó ella.

–¿Cómo estáis?

–Estamos mejor –repuso ella.

Era una forma de hablar en clave, pensó Vance. Significaba que Nicky no estaba tan histérico como el día en que habían regresado a Miami.

–Me alegro.

–Tu regalo le ha hecho más ilusión que todos los regalos de Navidad juntos.

–Estoy deseando ver la foto.

–No soy imparcial, lo sé, pero está tan guapo que podría posar para un

póster de los Jóvenes Castores de Yosemite.

–Ahora estoy en la oficina. Cuando llegue a casa, miraré el correo.

–Te has levantado temprano, ¿no?

–La verdad es que llevamos aquí toda la noche.

–No me sorprende. He visto en las noticias lo que tú ya sabes –replicó Rachel.

Vance sabía a qué se refería. Con Nicky junto a ella, Rachel tenía que tener cuidado con lo que decía para no alarmar al niño respecto al incendio.

–Estará controlado dentro de pocos días, pero estamos bien. Lo malo es que hay mucho humo. Por suerte, no ha sucedido mientras Nicky y tú estabais aquí.

–Menos mal –susurró ella con voz temblorosa.

–Nicky dice que vais a venir otra vez antes de que empiecen sus clases. El Cuatro de Julio sería un buen momento para mí –sugirió Vance. No quería esperar mucho más para verlos.

–Sólo faltan dos semanas…

–Es la temporada alta en el parque. Nicky lo pasaría muy bien. –Tendré que darme prisa en hacer las reservas. –Tú ocúpate de reservar el vuelo, yo me encargaré de buscaros un sitio para dormir.

–Sólo estoy de acuerdo si yo lo pago.

–De acuerdo –repuso Vance. Aceptaría cualquier cosa con tal de tenerla de vuelta allí–. Vuestra habitación en Yosemite Lodge os estará esperando. Nicky me ha dicho que quiere ver todo el parque. Eso quiere decir que tendréis que quedaros una semana por lo menos.

–No… no estoy segura de que yo pueda –balbuceó ella.

Vance apretó la mandíbula. ¿Habría vuelto a salir con su ex y no querría estar mucho tiempo lejos de él? Entonces, se le ocurrió otra cosa.

–¿Has encontrado trabajo?

–No. Todavía, no.

–Entonces, no hay problema. Haz reservas para venir sobre el día tres. Os recogeré en el aeropuerto de Merced. Llámame cuando sepas a qué hora llegáis.

–Vance…

–Lo siento –dijo él, interrumpiéndola a propósito–. Tengo llamadas en la otra línea. Dile a Nicky que lo veré pronto –añadió y colgó antes de que ella pudiera buscar una excusa para cambiar las fechas.

–¿Va a venir Rachel con Nicky? –preguntó Cha-se–. ¿Ha mencionado a su ex?

–No. Cuando le dije que Nicky y ella podían quedarse en la misma habitación que antes, ella no mencionó que traería a otra persona más. Intuyo que este viaje es un tipo de terapia que le ha aconsejado el psiquiatra.

–Si quieres que te diga lo que pienso, Rachel está deseando volver con Nicky.

Vance se levantó de su silla como impulsado por un resorte, demasiado inquieto y con demasiadas preguntas en la cabeza como para seguir sentado.

–Yo creo que el psiquiatra tiene mucho que ver con esto. Quizá piense que Nicky tiene que volver para comprobar que yo no he muerto como sus padres.

Chase también se puso en pie y lanzó a Vance una mirada llena de especulación.

–Y yo creo que estás muerto de miedo.

–Lo estoy –admitió Vance. Chase lo conocía demasiado bien.

–Míralo de esta forma: podría ser una prueba para ver si has superado la muerte de Katy –señaló Chase y, después de su explosivo comentario, miró a su amigo con cautela–. Me voy a casa a dormir. Adiós.

Vance se quedó allí de pie, conmocionado y somnoliento. Chase había dado justo en el clavo.

CAPÍTULO 8

–¿CREES que Vance nos está esperando?

Rachel apretó la mano de Nicky con más fuerza mientras entraba en la terminal del aeropuerto y se dirigían a recoger su equipaje.

–Dijo que nos esperaría en la puerta, en un Mazda negro.

Sólo había llevado una maleta. Después de hablar con sus padres, había decidido que un viaje de cinco días era lo más que podían permitirse. Así que no había metido demasiada ropa. Como seguía en paro, tendría que encontrar un trabajo antes de que empezara la escuela de Nicky.

Rachel estaba empezando a perder fe en los consejos del doctor Karsh. En el avión, Nicky le había preguntado cuándo podrían tomarse las siguientes vacaciones en Yosemite. Ella le había contestado que en primavera.

Entonces, Nicky había querido saber cuántos días faltaban para primavera. En un arranque de inspiración, ella le había sugerido que contaran los meses mejor. Cuando los contaron, el niño había dicho que era demasiado tiempo. Pero, al menos, no se había puesto histérico. Por supuesto, la razón había sido que iba a ver a Vance en menos de una hora.

Rachel no había podido pensar en otra cosa.

Sin embargo, esperaba ser capaz de verlo sin pasión, como si fuera un amigo de la familia nada más, interesado por el bienestar de Nicky. Si esperara más de él, sólo le traería dolor, se dijo.

–¡Allí está Vance! –dijo el niño al llegar a la salida de la terminal.

Nicky salió como un rayo. El hombre alto y de aspecto imponente lo saludó junto a su coche negro. Abrió las puertas delantera y trasera. Aunque estaba vestido como un turista cualquiera, con una camisa azul pálido y pantalones de color caqui, su aspecto era muy llamativo, pensó Rachel, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

–Hola, campeón –saludó Vance, le chocó la palma al niño y lo levantó del suelo.

Mientras los dos intercambiaban un largo y apretado abrazo, a Nicky se le cayó el sombrero. Rachel se agachó para recogerlo y, cuando se incorporó, se encontró con un par de ojos azules radiantes posados en ella. Su calor la estremeció.

Vance le dio una palmadita más en la espalda a Nicky antes de ponerlo en el suelo de nuevo y, de pronto, el sol se reflejó en su alianza, haciéndola brillar.

–Bienvenidos –murmuró él. –Me alegro de estar aquí de nuevo –replicó

ella, sin mirarlo–. Gracias por recogernos.

Nicky se subió al asiento trasero, donde había instalada una silla nueva, y se puso el cinturón. Mientras Vance colocaba su maleta en el maletero, Rachel se sentó en el asiento delantero enseguida, para que él no tuviera tiempo de ayudarla.

–¿Por qué no llevas uniforme? –preguntó Nicky en cuanto Vance hubo entrado en el coche.

–Porque estoy de vacaciones. –¿Sí? –preguntó el niño, abriendo los ojos como platos.

–Sí. Durante dos días enteros. Así, podremos disfrutar juntos del Cuatro de Julio. Es una de mis fiestas favoritas.

–¡Hurra! ¿Podremos ver los fuegos artificiales? –Claro que sí. Rachel se esforzó para no reaccionar. Aquello no era parte del plan que había imaginado pero, al mismo tiempo, reconoció que sería más fácil para Vance, quien sabía que Nicky necesitaba toda su atención. Dos días sin tener que preocuparse de forma continua por el trabajo le darían un respiro al guardabosques.

–¿Qué te parece? –le preguntó Vance a Rachel. –Fantástico. No podemos agradecerte lo bastante las molestias que te tomas por nosotros, ¿verdad, Nicky? –No. ¿Vamos a encender petardos en tu casa? Vance seguía mirándola. Sentir tan de cerca su pro ximidad hizo que a ella le faltara el aire.

–En el parque no pueden tirarse petardos ni fuegos artificiales, por el peligro de incendio. Así que iremos a celebrarlo a Oakhurst.

–¿Donde están enterrados tus padres y tus abuelos? –Eso es. Habrá un gran espectáculo de fuegos arti ficiales mañana por la noche. –¡Bien! –Tengo reservado un motel en el centro, así podre mos pasear e ir a jugar béisbol en el parque local. Más tarde, habrá un desfile. –¿Podremos verlo? –gritó Nicky. –¡Vamos a estar en él! Rachel lo miró sin comprender.

–¿De verdad? –preguntó Nicky, lleno de excitación.

–Sí. Todos los veteranos de la ciudad desfilarán en las carrozas. Rachel y tú podéis venir conmigo. A ella se le aceleró el pulso. –¿Qué es un veterano? –quiso saber el niño. –Alguien que ha trabajado en el ejército. Y, des

pués de eso, habrá una barbacoa con mazorcas de maíz y sandía y se puede

comer todo lo que uno quiera. De hecho, hay un concurso de padres e hijos para ver qué equipo puede comer más.
–Me encanta la sandía. ¿Podemos participar? –Eso pretendo –respondió Vance y miró a Rachel–. ¿Lo apruebas? –preguntó en voz baja.

Nicky echaba mucho de menos a su padre y, durante dos días, él podía representar ese papel. Por eso, Rachel le estaba muy agradecida.
–Nunca olvidará estas vacaciones –susurró ella.

Su respuesta pareció satisfacer a Vance.

–¡Que todo el mundo se abroche el cinturón!

–¡Yo ya lo tengo!
–¿Quién tiene hambre? –preguntó Vance tras poner el coche en marcha. –Yo un poco –dijo Ncky. –Entonces, esperaremos a llegar a Oakhurst para darnos una buena comilona.

–¿Podemos comprar un refresco de zarzaparrilla por el camino? –A mí me apetece. ¿Y a ti, Rachel? –Me encantaría una zarzaparrilla con helado. Cuando hubieron salido de aeropuerto, Vance paró

en una tienda. Compraron refrescos y Nicky los entretuvo con su charla durante el resto del camino hasta Oakhurst.

Vance los llevó a un motel en la calle principal, junto al parque local. Aparcó delante de uno de los bungalós que rodeaban la piscina. Nicky estaba emocionado. No dejó de correr y saltar mientras Vance y Rachel metían el equipaje en las habitaciones.

En la piscina, tenían una selección de juguetes acuáticos perfectos para que los niños estuvieran entretenidos. Como el vuelo desde Miami había sido muy largo, decidieron ir a comer primero y, luego, ir a jugar a la piscina hasta que fuera hora de irse a la cama. Al día siguiente sería la gran fiesta. Todos acordaron que necesitaban descansar bien para estar preparados.

Tras darse una rápida ducha, Rachel se puso una blusa sin mangas de color verde esmeralda con una falda blanca que se anudaba a un lado de la cintura. Se había comprado el conjunto, con un par de sandalias blancas, para el viaje. Se cepilló el pelo, que se había cortado a capas, y se puso su carmín de labios de color rosa. Ya estaba lista.

Nicky y Vance esperaban fuera junto al coche. Cuando Rachel salió y se dirigió hacia ellos, sintió que los ojos de Vance la observaban con

apreciación, pero ella se negó a pensar que aquello pudiera significar algo. El hecho de que Vance no se hubiera quitado el anillo implicaba que estaba allí sólo por el bien de Nicky y por ninguna otra razón. Después del trágico accidente que había privado a Nicky de sus padres, sería su manera de apaciguar su sentimiento de culpa.

En secreto, una parte de ella había esperado que Vance quisiera conocerla mejor en ese viaje. Sin embargo, era muy posible que no fuera así. Después de todo, la posibilidad de que volvieran a verse en el futuro era bastante remota.

Sin embargo, ya que Vance estaba dispuesto a hacer el papel de padre durante unos días, Rachel fingiría que él era su hermano. Así, podría superar mejor aquella tortura, porque no había otra forma de describir lo que estaba sintiendo en ese momento.

Quizá, otra mujer no dejaría que un anillo se interpusiera entre ella y el hombre que quería, pero la experiencia que Rachel había vivido con Steven le había enseñado a no hacerlo. La mujer con la que Steven había salido antes que con ella había tenido una gran influencia sobre él. Si no, Steven no se habría acostado con Lynette pocos días antes de casarse con otra persona.

Si Vance no había sido capaz de superar la muerte de Katy en cinco años, ninguna mujer tenía posibilidades de vencer su recuerdo. Cualquiera que lo intentara estaría abocada al fracaso. Pero había un problema: ella ya se había enamorado de Vance. Sus sentimientos ya no tenían marcha atrás.

–Hay un pequeño centro comercial al que podemos ir caminando, tiene toda clase de restaurantes. ¿Qué os apetece?

–¿Qué tal si esperamos a llegar allí para que Spiderman decida lo que le apetece? –sugirió Rachel, sonriendo a Nicky, que se había cambiado y se había puesto una camiseta y unos pantalones cortos de Spiderman.

–No creo que ninguno de los restaurantes sirva moscas –replicó Vance fingiendo seriedad.

–¡Rachel! –exclamó el niño de pronto–. ¡Tengo que volver a la habitación un momento! –dijo y salió corriendo.

–Espera… –gritó Rachel tras él–. ¿No puedes hacerlo después? –añadió. El niño acababa de ir al baño.

Nicky la miró con frustración y corrió de vuelta hacia ella. –Quiero darle a Vance su regalo –le susurró el niño al oído.

Ah. El regalo.

–Discúlpanos un momento, Vance –dijo ella.

Rachel sacó la llave de la habitación y abrió. Nicky corrió dentro,

agarró un pequeño paquete envuelto y se apresuró a salir. Su tía cerró la habitación y se reunión con ellos.

–Esto es para ti.

–¿Por qué? –dijo Vance y tomó el regalo.

–Porque he querido.

–Bueno, ésa es la mejor razón del mundo para hacer un regalo –replicó Vance, sonriendo. –¿No vas a abrirlo? –¿Ahora? El niño asintió. Vance se lo llevó a un oído y lo agitó.

–No puede hacer ruido –dijo Nicky, riendo.

–Tienes razón. No he oído nada. ¿Me estás gastando una broma? –No. En dos segundos, Vance desenvolvió el paquetito y abrió la caja. Dentro había dos moscas para pescar. Las tomó en la mano.

–¿Una mosca de cabeza dorada y una mosca inglesa? ¡Son las mejores moscas para pescar truchas de montaña! ¡Es el mejor regalo que me han hecho nunca!

–Mi abuelo me ayudó.

–Bueno, está claro que sabe de esto. Rachel, ¿te importa? –pidió Vance y le dejó el paquete para poder tomar a Nicky en sus brazos y darle un gran abrazo. Lo volteó por los aires–. Tendremos que probarlas cuando vayamos de excursión dentro de un par de días.

–¡Sí!

–Tengo una caña de pescar perfecta para ti. Mi abuelo me la regaló. He pescado más peces con ésa que con ninguna otra.

Comenzaron a caminar. Rachel se guardó las cosas en el bolso y los siguió sin decir nada. Vance estaba contándole un increíble cuento sobre peces a Nicky. Mientras, su sobrino lo observaba con gesto maravillado. El momento era tan tierno que a ella se le humedecieron los ojos.

Por la noche, Vance esperó a que Rachel cerrara con llave la puerta antes de irse a su habitación.

Mientras ponía la caja de moscas en la cómoda, posó la vista en su mano. El anillo de Katy le llamó la atención. No tenía sentido seguir engañándose. Había querido quitárselo desde la noche en que había invitado a Rachel a su casa para cenar, pero el miedo a que ella volviera a salir con Steven le había impedido hacerlo.

No debía fijarse en la mujer de otro. Ésa era una regla no escrita que le

había enseñado su abuelo. No importaba que ella hubiera roto con el tipo hacía un año. Si seguía sintiendo algo por Steven, entonces él no tenía ninguna esperanza.

Aunque Rachel había sido encantadora y amistosa con él desde que los había recogido en el aeropuerto, no había dicho ni hecho nada para darle a entender que hubiera vuelto a salir con Steven. Ni lo contrario.

Por desgracia, si ella ya no sentía nada por su ex, él nunca lo sabría, al menos, mientras siguiera llevando el anillo de Katy. Chase había tenido razón respecto a eso. Rachel era una mujer muy respetuosa. Y ésa era una de las cualidades que más apreciaba de ella.

Se sentó en la cama. Aquello era un lío. ¿Qué podía hacer?

Si Rachel se daba cuenta de que se había quitado el anillo a la mañana siguiente, ¿respondería a él de forma diferente? Ella nunca había sacado el tema de Katy. ¿Y si seguía sin hacerlo?

Lo que Vance había creído que nunca pasaría, había pasado. ¡Estaba enamorado por segunda vez en su vida! ¿Qué haría si ella no lo correspondía con la misma intensidad? La posibilidad lo aterrorizaba, como Chase había adivinado.

Nicky era la única constante en la ecuación. Vance lo querría como a un hijo hasta el día de su muerte.

El Cuatro de Julio fue un día maravilloso para Nicky, empezando con el juego de béisbol en el parque. Sin embargo, Rachel se negó a acompañarlos en una carroza. Insistió en seguirlos por la acera mientras los grababa en vídeo.

Nicky se había puesto el traje de guardabosques y llevaba una bandera americana. Vance llevaba su uniforme militar completo, con guantes y gorra. Con sus pantalones azules, destacaba entre la docena de militares reunidos en la carroza representando todas las ramas de las fuerzas armadas.

Rachel no pudo contar el número de veces que oyó decir a alguna mujer:

–¡Mira a ese marine! ¡Es guapísimo!

Era lo mismo que pensaba ella.

Nicky estaba extasiado. Iba muy derecho junto a Vance. De vez en cuando, sonreía a su tía y la saludaba con la mano. Había muchas carrozas y música patriótica. Rachel sintió un nudo en la garganta. A su padre le encantaría ese vídeo. Y ella lo guardaría para siempre como un tesoro.

Después del desfile, regresaron al motel para cambiarse y prepararse para la barbacoa. Nicky estaba deseando participar en el concurso de

comer sandía. Sin embargo, tras dos pedazos, tuvo que rendirse.

–No pasa nada, campeón –dijo Vance, riendo–. A mí tampoco me cabe más. Busquemos un buen sitio para ver los fuegos artificiales.

El parque se había llenado rápidamente. Cuando encontraron un hueco, tuvieron que abrirse paso para llegar a él. Rachel terminó sentada entre Nicky y una mujer que tenía una hija de la edad de su sobrino. Darla, la niña, era muy extrovertida e invitó a Nicky a que se sentara con ella, haciéndole un sitio.

–¿No te importa? –preguntó el niño a Vance, en vez de a Rachel.
Entonces, su tía supo que el vínculo entre los dos varones era más fuerte que nunca. –Claro que no. Puedes compartir con ella tus palomitas.

En cuanto Nicky se hubo cambiado de sitio, Vance se acercó a Rachel. El contacto llenó el cuerpo de ella de calidez.

–Es muy bonito –murmuró él junto al oído de Rachel–. Todo el mundo tiene a alguien.

Rachel tuvo deseos de lanzarse a sus brazos.

–Gracias por este día perfecto, Vance. Nicky nunca lo olvidará. Por alguna razón, su respuesta pareció crear cierta tensión. –Todavía no ha terminado –señaló Vance tras una pequeña pausa.

De pronto, los fuegos artificiales comenzaron a explotar en el cielo nocturno. Rachel se emocionó, mientras la multitud lanzaba exclamaciones de admiración, sobre todo Nicky y Darla.

Más tarde, de camino al motel, Nicky estuvo charlando sobre el caniche de Darla, Mitzi, que había tenido que quedarse en casa porque le asustaban los fuegos artificiales.

Cuando Nicky se hubo lavado los dientes y se hubo puesto el pijama de las Tortugas Ninja, estaba tan cansado que no necesitó un cuento antes de dormir. Rezó sus oraciones y cayó rendido.

Vance lo besó en la frente antes de girarse hacia Rachel.

–Hace una noche preciosa. Sentémonos en la piscina un rato. Dejaremos la puerta abierta por si Nicky necesita algo.

Rachel nunca se había sentido tan tentada de aceptar, pero no se atrevió. Sus sentimientos por Vance eran demasiado fuertes como para quedarse con él a solas. Durante los fuegos artificiales, ella había tomado una decisión e iba a llevarla a cabo por mucho que Nicky se disgustara.

–Me gustaría mucho, pero es tarde, Vance. Tú tienes que regresar mañana al parque.

–Todos iremos al parque mañana –replicó él, frunciendo el ceño.

–No –negó ella, meneando la cabeza–. Un día como hoy no puede

repetirse. Mañana voy a alquilar un coche para llevar a Nicky al Parque Sequoia. Quiero que conozca más cosas antes de regresar a Miami.
Rachel notó que Vance se ponía tenso. –¿Por qué vas a hacer eso? Sólo habéis visto una pequeña parte de Yosemite. –Tú tienes que trabajar. Ya te hemos robado demasiado tiempo.

–¿De qué va esto, Rachel? –preguntó él, enojado.

–¿Por qué te enfadas?

–¿Tú qué crees? –repuso él–. Para empezar, había hecho planes para que los tres fuéramos de excursión. No es justo que cambies el itinerario de pronto.

–Lo… lo siento.

Vance se dirigió a la puerta y la abrió. La luz del exterior dibujó el perfil de su rostro.

–Nunca habías hablado de ir a Sequoia antes. Admite que es una excusa. Si estás tan ansiosa por volver con Steven, no uses mi trabajo para justificar que quieras irte. Nicky se merece saber la verdad, ¿no crees? Ya ha sufrido bastante por no entender lo que pasaba hacía un año.

Rachel se quedó petrificada mientras él cerraba la puerta. El eco de sus palabras resonó dentro de ella.

Sin pensarlo, corrió a abrir la puerta.

–¿Vance? –lo llamó.

Vance miró en su dirección, con la llave en la mano. Ella nunca lo había visto tan enfadado. –Por favor, vuelve –le pidió. –No creo que sea buena idea –señaló él. –Ven sólo un momento junto a la puerta. Si habla

mos bajo, no despertaremos a Nicky.

–Prefiero no tener una discusión delante de la gente.

Vance tenía razón. Los huéspedes del motel habían empezado a regresar y a aparcar sus coches delante de los bungalós vecinos.

–Entonces, iremos a la piscina como sugeriste.

–Tú tenías razón antes. Es tarde.

Dejando la puerta entreabierta, Rachel caminó hasta él. –No tenía ni idea de que ibas a enfadarte por eso. –Lo siento. Nicky significa mucho para mí –dijo él, frotándose la nuca.

–Él te quiere –afirmó ella con voz temblorosa.

–La verdad es que entiendo por qué no quieres seguir en Yosemite. Cuando regreses a casa con Steven, Nicky va a ponerse difícil otra vez.

–Tienes razón.

–¿Steven quiere a Nicky?

–No. Steven sólo se quiere a sí mismo. Cuando yo salía con él, Nicky vivía con sus padres y no estaba tanto tiempo con nosotros. Pero no tiene importancia, porque lo mío con Steven ha terminado. He descubierto que ya no siento nada por él. Steven se ocupó de matar mi amor hace tiempo.

Hubo una larga pausa.

–¿Quieres decir que lo vuestro ha terminado?

–Sí. Lo vi en la compañía de cruceros cuando entregué mi dimisión. Ya no significa nada para mí.

–¿Se lo dijiste a él?

–Sí.

–¿Lo aceptó?

–No, pero sólo por orgullo.

Vance la observó con atención.

–Si no quieres regresar con él, ¿por qué no quieres pasar el resto de tus vacaciones en Yosemite? Eso te recomendó el terapeuta, ¿no es así? ¿No te aconsejó que dejaras que Nicky creyera que ésta es la primera de sus vacaciones aquí, para calmar así su ansiedad por la separación?

–Eres muy inteligente, Vance. Eso es exactamente lo que me dijo el doctor Karsh. En teoría, funciona.

–En realidad, ha funcionado muy bien. No entiendo cuál es el problema –señaló él con gesto de preocupación.

–Tú eres el guardabosques jefe. No puedo pedirte que dejes tus responsabilidades por Nicky, por muy buena voluntad que tengas. Por favor, no lo discutas –le rogó, sintiendo que él estaba a punto de hacerlo–. Hemos pasado dos días fantásticos. Esperar más de ti sería interferir con tu trabajo –afirmó–. Si mi familia viviera en California y yo pudiera llevar a Nicky de vez en cuando para que te viera, estaría bien. Pero vivimos a miles de kilómetros de distancia. Cuando empiece a trabajar, será todavía más difícil venir aquí de vacaciones. Cuando podamos venir, quizá tú no estés disponible. Odio pensar que tengas que dejarlo todo para ocuparte de nosotros. No está bien y no quiero que lo hagas.

Vance se quedó mirándola.

–Ya he sugerido otra opción. Mientras estoy mañana en el trabajo, ¿por qué no te acercas al departamento de recursos humanos para presentarte para el puesto que te ofrecí? Piensa en ello esta noche, lo hablaremos por la mañana.

La cabeza le dio vueltas a Rachel. Esa noche no iba a poder pegar ojo. Él le había ofrecido una solución temporal al problema de Nicky, pero no había garantía de que Vance fuera a estar siempre trabajando en el parque. Ni había garantía de que siguiera soltero, cuando estuviera preparado para

dejar que otra mujer entrara en su vida.

Vivir cerca de él, trabajar para él, casi convivir con él… Rachel no podía ponerlos ni a Nicky ni a sí misma en esa tesitura. ¡Ella no quería otro puesto que el de su esposa!

Lo que Rachel quería era estar con él las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Quería tener hijos con él. No podía conformarse con menos.

–Eres un hombre muy generoso y atento, pero no hace falta que lo piense –contestó ella–. Mi vida está en Miami con mis padres y Nicky. Él va a estar bien, lo sé. Sin embargo, como has hecho planes con nosotros durante los próximos días, no quiero decepcionaros ni a ti ni a Nicky, así que nos veremos por la mañana. Buenas noches.

Rachel volvió a su habitación. Tras cerrar la puerta, se apoyó contra la pared, sollozando. Dentro de dos días, Nicky y ella se irían y el guardabosques podría, al fin, dejar atrás ese episodio de su vida.

CAPÍTULO 9

VANCE había puesto el despertador a las siete y media, pero ya estaba despierto a las seis y media cuando lo llamaron al móvil. Era Chase, que se había quedado a cargo de todo en su ausencia.

Vance se destapó y se sentó en la cama.

–Feliz Cuatro de Julio, Chase. ¿Sigue el parque en pie? –preguntó Vance. Era una de las pequeñas bromas que compartían cuando alguno de los dos pasaba un tiempo fuera de allí.

–¿A que no adivinas quién se ha presentado aquí?

Su respuesta, sin preámbulos, sorprendió a Vance. No podía adivinarlo. A menos que fuera el superintendente con un séquito de personajes importantes.

–Steven está aquí. Ha llamado a la central desde Ahwahnee, preguntando dónde está Rachel. Parece ser que habló con Nicky por teléfono y el niño le dijo que pensaban venir aquí en la fiesta del Cuatro de Julio.

Vance se puso en pie de un salto.

–No puedo decir que me sorprenda. Anoche Rachel me dijo que había terminado con él, pero me confesó que él se había negado a aceptarlo. Se lo diré a ella antes de que lleguemos al parque, para que esté preparada.

–Suena como si te hubiera dado luz verde –comentó Chase tras una elocuente pausa.

–Digamos que hemos librado un gran obstáculo. Ahora tengo que averiguar lo que siente por mí.

–Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

Vance se miró el anillo. Sí. Lo sabía. Pero esperaría a que ella se librara de Steven. Necesitaba ver con sus propios ojos que su relación había terminado.

–Una vez que los haya dejado en el Yosemite Lodge, me pasaré por la oficina, sobre las once. ¿Hay algo que deba saber sobre el parque?

–Me alegra poder informarte de que el incendio de Telegraph está por completo bajo control.

–Entonces, será más fácil respirar. Cuando yo llegue debes tomarte veinticuatro horas libres para recuperar el sueño. Hasta pronto.

Vance colgó y se fue a la ducha. Segundos después de salir del baño, alguien llamó a su puerta.

–¿Vance? ¿Puedo pasar?

Nicky siempre estaba sonriente. Había vuelto a ponerse su traje de

guardabosques. Vance se puso una toalla alrededor de la cintura y lo dejó pasar. Lo tomó en brazos y le dio un gran abrazo. Nicky lo abrazó también.

–¿Cómo has dormido?

–Bien. ¿Puedo ver cómo te afeitas?

–Claro –repuso Vance–. Vamos al baño.

–¿Por qué las chicas no se afeitan?

Vance comenzó a pasarse la cuchilla por el mentón.

–¿Quieres decir que Rachel no tiene barba? –bromeó Vance.

–No –negó el niño, riendo.

–¡Menos mal!

–Sí –afirmó el niño, mirándolo con atención–. ¿Tienes que trabajar hoy?

–Sí, pero cuando termine, cenaremos en mi casa. Después, veremos Spiderman. ¿Qué te parece?

–¡Guai!

Entonces, oyeron que Rachel llamaba a Nicky. El niño corrió a la puerta y asomó la cabeza.

–Estoy aquí. Vance está despierto. ¡Entra!

Cuando Rachel entró, vestida con vaqueros y una blusa de color melocotón, Vance estaba sacando su uniforme del armario. Estaba desnudo, sólo con la toalla, y notó cómo ella lo recorría con la mirada. Le gustó esa sensación.

–¡Oh! –gritó ella, avergonzada. Se ruborizó–. Lo siento, pensé que…

–Nicky sabe que soy un hombre decente –murmuró él y se metió en el baño para vestirse. Cuando salió, Rachel y Nicky se habían ido de su cuarto, por supuesto.

Vance echó un vistazo a la habitación del motel, repleta de juguetes de agua, un globo, envoltorios de caramelos, latas de refresco, moscas de pescar, ropa, toallas, el libro de Nicky de *Los conejitos locos* y una biblia que el niño había sacado del cajón. Sin duda, parecía la habitación de una familia.

Durante muchos años, Vance había olvidado lo que era formar parte de una familia. Lo único que faltaba en su cuarto era un camisón de encaje tirado en el suelo junto a la cama, una barra de labios sobre la cómoda y un biquini colgado en el baño para secarse. Había disfrutado tanto en las últimas dieciocho horas que se le rompió corazón al pensar que aquello no pudiera durar para siempre.

***

Rachel empezó a sacar las cosas de su maleta en la habitación del Yosemite Lodge que Nicky y ella habían ocupado en su viaje anterior. Antes de dejarlos a solas, Vance le había soltado la noticia bomba. Steven había ido a buscarla.

–¿Nicky? ¿Llamó Steven a casa el otro día? –le preguntó.

–Sí. Le dije que te habías ido de compras para el viaje –repuso el niño, un poco nervioso–. Olvidé decírtelo. ¿Estás enfadada?

–Claro que no. Ya no lo quiero y no quiero que me llame nunca más. –Los abuelos dicen que te lastimó. No vas a casarte con él, ¿verdad?

–Ni hablar.

–¿Por qué ha venido?

–Ha venido al parque para intentar que yo lo quiera de nuevo, pero no puede conseguirlo. –Me alegro. –Es probable que tengamos que hablar con él antes de que se vaya a Miami, pero no quiero que te preocupes por eso.

–Vale. Vance está aquí. Él hará que se vaya, como hizo con esos hombres en la piscina.

–Sí… –dijo Rachel. Le encantaba la idea. Steven no tendría ninguna oportunidad contra Vance.

–Me gustaría que Vance no tuviera que trabajar hoy –dijo Nicky, suspirando.

Desde que había conocido a Vance, todos los deseos de Nicky habían girado a su alrededor.

–Me gustaría tener un perro. Si viviera con Vance, él me dejaría tener un perro.

–El abuelo te dejaría tener uno si no tuviera alergia a todo. ¿Sabes qué? Tenemos que llamar a tus abuelos. Ahora estarán desayunando.

–Sí. ¡Voy a decirle al abuelo que a Vance le han encantado las moscas! Mañana nos vamos de excursión y a pescar. Cuando volvamos, dice que va a hacer una fritura de pescado. ¿Te gusta la trucha?

–Me encanta.

–Vance dice que nos va a gustar de verdad porque él sabe cocinarla de una manera especial. Vance sabe hacer muchas cosas.

–Tienes razón.

–Quiero quedarme aquí para siempre.

–Lo sé –dijo Rachel. Puso el resto de la ropa en el cajón y guardó la maleta en el armario.

Vance le había ofrecido un trabajo que haría realidad el sueño de Nicky, pensó. Si sus padres no estuvieran vivos, era posible que ella lo considerara, incluso sabiendo el riesgo que corría de que se le rompiera el

corazón. Sin embargo, no podía abandonar a sus padres. Ellos la necesitaban demasiado.

–Le he dicho a Vance que echo de menos a mi mamá.

Aquel comentario dejó a Rachel petrificada. Nicky apenas hablaba de Michelle. El doctor Karsh había dicho que lo haría cuando llegara el momento. Ella se sentó en la cama.

–¿Y que te ha dicho él?

Nicky se acercó y se puso delante de ella.

–Me ha dicho que él también echa de menos a su mamá, pero que no tenemos que preocuparnos porque nos están viendo desde el cielo.

–Sé que así es, tesoro. Os quieren más que a nada en el mundo –dijo ella con los ojos húmedos.

–Tú me quieres más que a nada, ¿verdad? –quiso saber Nicky, mirándola a los ojos.

–¡Más que a nada! –gritó ella y lo abrazó.

–Yo te quiero más que a nada. También quiero a los abuelos.

Un nuevo Nicky estaba naciendo ante sus ojos. Rachel sabía muy bien a quién se lo debía. Se secó las lágrimas.

–Vamos a llamarlos por teléfono para decírselo.

Rachel se levantó y tomó el móvil de la cómoda. Marcó el número y le tendió el teléfono a Nicky. Aquella llamada iba a darles una alegría. Como el niño iba a estar hablando con ellos, al menos, durante diez minutos, aprovechó para llamar al hotel Ahwahnee desde el teléfono de la mesilla.

Era el lugar más famoso y más caro para quedarse en el parque. Algunos presidentes de Estados Unidos se habían quedado en ese hotel, incluso la reina de Inglaterra. Nicky y ella habían planeado explorarlo, pero no mientras su ex prometido estuviera allí.

Después de dejar un mensaje para el señor Steven Dunmore, Rachel colgó y dedicó su atención a Nicky, que seguía contándoles las aventuras del día anterior a sus abuelos.

–Quieren hablar contigo –dijo Nicky y le entregó a su tía el teléfono.

–Hola a los dos.

–Oh, Rachel, tesoro. Parece el viejo Nicky de nuevo –dijo su madre.

–Lo sé –afirmó Rachel–. ¡Si lo hubierais visto en la carroza con Vance, los dos con uniforme! ¡Estoy deseando que veáis el vídeo! A ti te va a encantar, papá.

Rachel estaba impaciente por verlo en una pantalla grande. Se había pasado gran parte de la noche recordando todo lo que había grabado.

Tras más lágrimas y risas, colgaron. Rachel le dio una palmadita a Nicky en el hombro.

–Vayamos abajo a comer. Puede que Steven llame mientras estamos comiendo. O, quizá, no. No importa. Después, iremos a nadar.

–Genial. Quiero ponerme mis nuevos manguitos.

Cuando Rachel iba a por su bolso, sonó el teléfono del hotel.

Steven no perdía el tiempo, pensó. Obligándose a mantener el tipo delante de Nicky, contestó.

–¿Hola?

–¿Rachel? Soy Chase Jarvis.

–Oh… Chase. ¿Cómo estás?

–Bien. Me han dicho que Nicky lo pasó genial ayer.

–Más que genial. Siento que mi ex haya ido a molestaros preguntando por mí.

–No hay problema. Entiendo que va a seguir siendo sólo tu ex, ¿no es así?

–Como le he explicado a Vance, lo mío con Steven ha terminado. Nicky y yo íbamos a ir a comer. Si estás libre y te apetece, por favor, acompáñanos –lo invitó ella. En poco tiempo, Chase se había convertido en un buen amigo.

–Estaré allí dentro de diez minutos.

Después de colgar, Rachel se giró hacia Nicky, que se había puesto su nuevo sombrero de vaquero. Vance y él se habían comprado sombreros idénticos.

–¿Recuerdas al guardabosques Jarvis?

Nicky asintió mientras intentaba explotar un globo.

–Va a comer con nosotros.

–¿Por qué?

–Porque yo lo he invitado. ¿Puedes hacerme el favor de no hablar de Vance esta vez?

–¿Por qué?

–Porque, como tú dices, Vance puede hacerlo todo más y mejor que cualquiera. Podría hacer que Chase se sintiera mal. Vance y él son amigos íntimos.

–Pero Vance es mi mejor amigo.

–Aparte de ser amigo tuyo, es amigo de Chase.

–Ah. Bueno. ¿Puedo llevar el cinturón de vaquero?

–Si no disparas a nadie, sí. Vamos.

El niño se puso el cinturón y salieron de la habitación. Rachel le había comprado también un par de botas de vaquero. En cuanto llegaron a la entrada del comedor, ella escuchó una voz conocida.

–Espera, Rachel. Ella se giró y vio a Steven acercándose. Nicky le dio la

mano a su tía al instante.

–Tienes mucha sangre fría –murmuró ella en voz baja–. Primero, te presentas en el despacho de Harry y, ahora, aquí.

–Tienes un corazón de hielo, ¿lo sabías? Te comportas como si fuera un extraño.

–En cierta forma, lo eres, porque no eres el hombre que yo pensaba –repuso ella y comenzó a caminar hacia una mesa vacía.

Steven los siguió y se sentó con ellos. Posó la mirada en Nicky.

–Hola, Tex.

–¡Me llamo Roy! –rugió el niño.

Rachel empezó a reírse. No pudo evitarlo. En la piscina en Oakhurst, Vance había fingido ser el forajido que había perseguido a Roy Rogers.

–Maldita sea. ¿De qué te ríes?

–Por favor, no maldigas –señaló ella.

En ese instante, apareció Chase con su uniforme puesto. Observó la escena un momento antes de acercarse y sentarse a la mesa. Se quitó el sombrero y sonrió a Rachel.

–¡Hola!

–Hola.

–Oye, Roy, éste debe de ser tu doble.

Las cosas se estaban saliendo de madre. Rachel intervino.

–Chase Jarvis, éste es Steven Dunmore, de la compañía de cruceros Nuevo Mundo de Miami. Chase es el ayudante del jefe del parque.

Chase saludó con un gesto de la cabeza y Steven se quedó callado, lanzándole puñales con la mirada.

La camarera hizo su aparición en ese momento. Rachel y Nicky pidieron quesadillas de pollo y limonada. Chase dijo que quería lo mismo. Steven ignoró a la camarera.

–Me gustaría verte a solas –dijo Steven.

–No tenemos nada que decirnos. Me gustaría que te fueras. –Harry te ha estado guardando tu puesto de trabajo. –Rachel no va a ir a más cruceros –intervino Nicky–.

Me lo prometió. –No te preocupes, cariño –le dijo Rachel a Nicky, acariciándole la mano.

–Un trabajo tan bien pagado como el tuyo no se encuentra todos los días. Sin mí, no habrías conseguido tu último ascenso.

Aquello era mentira, pero Rachel se negó a entrar en la discusión. Steven estaba siendo demasiado rastrero. ¿Qué diablos habría visto en él?,

se preguntó.

–¿Has terminado?

–El Oso Yogui aquí sentado no se puede comparar comigo. –Hablas como un adolescente, Steven. –Vas a arrepentirte de esto –la amenazó él. –He tenido un año para arrepentirme. Y no lo he hecho. Lo único que estás consiguiendo es caer más bajo todavía. Si no te importa… –¿Y si me importa? –la desafió Steven–. He volado desde la otra punta del país para verte. Rachel… –La señorita quiere que te largues –intervino Cha-se.

–¡Desaparece! –gritó Steven, furioso.

Chase sacó el móvil con calma y llamó a seguridad. Cuando Steven se dio cuenta de lo que estaba pasando, se levantó de la silla, pálido.

Al salir de comedor, casi se tropezó con la camarera. A Rachel la avergonzó pensar que había estado a punto de casarse con él.

Mientras comían, un par de guardas se acercaron a Chase. Él habló con ellos un momento y se fueron, sin duda, con el objetivo de comprobar que Steven no siguiera causando problemas.

–¿Estás bien? –le preguntó Chase a Rachel.

–Sí, gracias a ti.

–Steven estaba furioso, ¿verdad? –comentó Nicky.

–Sí, pero se le pasará cuando llegue a casa.

–Voy a contárselo a Vance –anunció el niño antes de seguir comiendo.

Rachel había estado esperando que, antes o después, saliera a relucir el nombre de Vance. Nicky no podía evitarlo, pensó, y comenzó a comer con apetito renovado.

–¿Qué planes tenéis para esta tarde? –preguntó Cha-se.

–Vamos a ir a nadar –informó Nicky–. ¿Y tú?

–Tengo trabajo. Ahora que Steven se ha ido, espero que los dos lo paséis muy bien en la piscina.

–Gracias, Chase. Sabes a qué me refiero –dijo Rachel. Sin duda, Vance le había pedido que interviniera por si había algún problema, pensó. –Claro –repuso Chase y se levantó–. Nos vemos, Roy. Chase se puso el sombrero y se despidió de Rachel con un gesto de la cabeza antes de irse.

Tres agentes federales acompañaron a Vance a la parte superior de Porcupine Creek. Uno de ellos silbó al descubrir la plantación de marihuana que cubría la zona.

Al día siguiente, Vance quería enseñarles a Rachel y a Nicky ese lugar tan bonito, incluso con las pruebas de la reciente, e ilegal, interferencia humana.

–Hace dos semanas confiscamos cuatrocientos kilos de fertilizante y,

al menos, veinte armas –informó Vance–. He arrestado a veinte sospechosos por el momento. Jarvis va a dirigir un equipo de hombres a caballo para buscar al resto.

–Traeremos a nuestros hombres mañana por la mañana. También van a enviar un avión para que busque más plantaciones desde el aire.

–Si podemos hacer algo más para ayudar, hacédnoslo saber.

–El guardabosques jefe de Sequoia y tú habéis hecho más que nadie para ayudarnos. Gracias.

Los hombres se estrecharon la mano antes de volver al helicóptero, donde Perry los estaba esperando. Eran las cinco y media de la tarde. Cuando regresaran al pueblo, Vance habría terminado su turno de trabajo. Mark se quedaría a cargo de todo y él podría tomarse el resto de la tarde libre para estar con Rachel y Nicky. Llevaba todo el día esperando ese momento.

Cuando iban de camino, Baird lo llamó al móvil.

–Rossiter al habla. ¿Qué sucede?

–Una furgoneta ha volcado cerca del camping Lobo Blanco, con una familia de seis personas. El área ha sido acordonada y los servicios de emergencia han ido para allá. Hemos enviado un equipo de rescate aéreo.
–¿Victimas mortales? –No, señor. Por una vez, todo el mundo llevaba el cinturón de seguridad. –De acuerdo. Sígueme informando si hay novedades. Antes de que el helicóptero aterrizara, Vance recibió otra llamada.

–El jefe al habla –respondió él.

–Soy Thompson, señor. Un coche ha estallado en llamas tres kilómetros al norte de Wawona, pero estará bajo control enseguida.

–¿Algún herido?

–No, señor. Hemos cortado la autopista en ese sentido hasta que el jefe de bomberos termine con su trabajo.

–Estad alertas por si se escapara alguna chispa.

–Ya estamos en ello.

–Estaré en el cuartel general dentro de diez minutos. Vuelve a llamarme.

–De acuerdo.

A veces, los problemas llegaban todos a la vez, pensó Vance. Su instinto le dijo que recibiría otra llamada antes de que pudiera ir al hotel a recoger a Nicky y a Rachel. Según se acercaban al pueblo de Yosemite, Perry recibió una llamada en la radio del helicóptero.

–Jefe, Sims quiere que sepas que ha habido un terremoto de magnitud

4.3 en la zona de Mammoth Lakes hace unos minutos. Se ha sentido con mucha fuerza desde el cuartel general.

Eso estaba a unos cien kilómetros de distancia.

–¿Han reportado los hoteles algún daño?

–Todavía no. Estamos esperando a recibir noticias de todos los guardabosques del parque. Dicen que la sacudida ha sido muy fuerte.

Vance empezó a sudar. Nicky estaría aterrorizado. No querría volver nunca más al parque. Por suerte, Chase estaba con ellos, se dijo. Nadie podía mantener la calma mejor en un momento de crisis que su amigo.

Todavía en el helicóptero, Vance llamó a Chase, que respondió enseguida.

–¿Vance? Supongo que te has enterado.

–Sí, sigo en el aire, estoy volviendo de Porcupine Creek. Perry me ha dado el mensaje. ¿Cómo están Nicky y Rachel? –preguntó con voz temblorosa.

–No lo sé.

–¿Qué quieres decir? Pensé que estabas con ellos –replicó Vance, apretando el teléfono.

–Me reuní con ellos para comer. Steven estuvo allí. Rachel le dijo que se fuera. Cuando él se negó, llamé a seguridad y se largó. No volverá, Vance. Después de eso, me fui, porque Nicky me dejó claro que iba a ir a nadar con Rachel, nada más. Es lo único que sé.

Eran buenas noticias para Vance, pero en ese momento necesitaba saber si Rachel y Nicky se encontraban bien.

–¿Estás en casa?

–No. He ido a caballo con un par de compañeros para comprobar que los pescadores tuvieran sus permisos en regla. En cuanto recibí la noticia de la central, llamé a Rachel, pero me saltó el buzón de voz. Ahora, en el camino de vuelta, estamos comprobando que la gente de los campings esté bien. Llegaremos dentro de media hora.

–¿Has sentido los temblores?

–No. Pero imagino que Nicky estará muy asustado. California no es Florida. Esto no va a ayudarlo con sus pesadillas. Ni a Rachel.

–Tienes razón –dijo Vance y respiró hondo–. Estamos a punto de aterrizar. Te llamaré luego.

Nada más colgar, Vance llamó a Rachel al móvil. Sus venas estaban cargadas de adrenalina. Rezó por que respondiera.

–¿Rachel? –dijo él en cuanto ella contestó, al primer timbre.

–Oh, gracias a Dios, Vance…

Rachel le quitó las palabras de la boca. El alivio que mostró al recibir

su llamada fue muy gratificante para él.

–¿Cómo estáis Nicky y tú?

–Estamos bien, ahora que has llamado.

–¿Dónde estáis?

–En las oficinas, en el despacho de Beth.

–¿Qué estáis haciendo ahí? –preguntó Vance con el corazón encogido.

–Habíamos salido de la piscina y Nicky se estaba dando un baño en la bañera cuando todo empezó a moverse. No duró mucho y no se rompió nada, pero hizo que el agua se saliera. Entonces, me di cuenta de que acabábamos de vivir nuestro primer terremoto –explicó Rachel–. Nicky me miró pidiéndome una explicación. Cuando se lo dije, salió de la bañera, decidido a encontrarte y asegurarse de que estuvieras bien. Nos vestimos y corrimos a tu despacho. Nicky no estaba asustado hasta que se enteró de que estabas en otra parte y pensó que podrías que estar herido. Te quiere tanto, Vance…

A él se le saltaron las lágrimas. Tragó saliva antes de hablar.

–Dile que se ponga, por favor.

–Lo haría, pero Cindy lo ha visto tan disgustado que se lo ha llevado para invitarlo a un refresco y distraerlo un poco. Volverán enseguida. –Llegaré dentro de cinco minutos –repuso Vance y se secó los ojos.

–Sims acaba de venir y ha informado a Beth de que estás a punto de llegar en el helicóptero. Por favor, no tardes.

–Cuenta con ello –aseguró él antes de colgar.

Rachel le había parecido ansiosa por verlo. O, quizá, habían sido imaginaciones suyas, se dijo. Sus sentimientos estaban demasiado alterados como para pensar con claridad.

Después de aterrizar, se despidió de los agentes federales y se apresuró a ir a las oficinas. Thompson apareció detrás de una esquina y lo llamó.

–Jefe, acaban de informarnos de que el terremoto ha hecho caer una roca en North Dome, en el lado del Cañón Tenaya. Lo he comprobado y no hay ningún excursionista registrado en esa zona.

Pero eso no significaba que no hubiera nadie allí, pensó Vance. –Envía un par de equipos pronto. Autorizaré una búsqueda aérea antes de que oscurezca.

Vance sintió que su regreso de Porcupine Creek estaba siendo como maniobrar por un campo de minas. Sin embargo, todos sus pensamientos se desvanecieron cuando vio a Nicky al otro lado del pasillo. El niño estaba en la puerta, esperándolo.

–¡Eh, campeón!

–¡Vance! –gritó el niño.

Entonces, el pequeño salió corriendo hacia él, como un rayo, sin apenas tocar el suelo. Al sentir sus brazos rodeándolo, Vance supo que no podría quererlo más aunque fuera de su propia carne.

–¿Has notado el terremoto?

–No, estaba en un helicóptero –respondió Vance. Tras unos instantes, volvió a dejar al niño en el suelo–. Rachel me ha contado que la bañera se llenó de olas.

–Deberías haberlas visto. ¡Eran enormes!

–Es verdad –señaló Rachel.

Vance levantó la cabeza y se encontró con sus hermosos ojos verdes. Rachel llevaba una blusa rosada y pantalones cortos. Su aspecto era demasiado apetitoso, pensó él.

–Nos alegramos de que estés aquí –declaró ella con voz ronca.

–Lo mismo digo, de veras –repuso Vance. Estaba a punto de sujetarla entre sus brazos, delante de todos, y no soltarla nunca–. Quedaos con Beth mientras termino unas cosillas, luego seré todo vuestro.

Tras darle a Nicky un apretón cariñoso en el hombro, Vance se metió en su despacho para telefonear al equipo de rescate aéreo.

–Tenemos que subir a North Dome. ¿Está disponible el aparato más grande?

–Sí, señor.

–Llevemos ése, por si acaso hay heridos. Nos encontraremos en el helipuerto dentro de diez minutos.

Después de hacer otra llamada a Mark, quien quedaba a cargo de todo a partir de ese momento, Vance se dirigió al despacho de Beth. Rachel lo miró.

–¿Ya estás listo?

–Sí. Vamos.

–¡Genial! –exclamó Nicky y corrió al pasillo.

Rachel lo siguió.

–Saldremos por la puerta de atrás.

Vance los acompañó a su coche, que estaba aparcado en la parte trasera del edificio. Les abrió las puertas y, cuando se hubieron sentado, se puso detrás del volante.

–¿Vamos a ir a tu casa ahora? –preguntó Nicky con ansiedad.

–Claro que sí –afirmó Vance.

Sólo tardaron un minuto en llegar. Vance apretó el mando del garaje y entraron. Deprisa, se bajó y los guió hasta la cocina.

–Ahora que estáis aquí, quiero que os sintáis como en casa.

CAPÍTULO 10

DE INMEDIATO, Rachel se dio cuenta de que algo iba mal. Vance no se quitó el sombrero. Ella lo miró.
–¿Tienes que salir? –Me temo que sí y no sé cuánto tardaré. Hay mucha comida en la nevera. –¿Adónde vas? –preguntó Nicky, con aspecto de estar destrozado.

–He recibido todos los informes sobre el terremoto –explicó Vance y se acuclilló delante de él–. Una piedra muy grande se ha caído en North Dome. No creemos que hubiera nadie por allí pero, como precaución, tengo que ir para echar un vistazo. No está lejos.

Nicky lo miró con atención.

–¿Crees que la roca ha podido caer encima de alguien?

–Espero que no –respondió Vance con expresión grave. Abrazó a Nicky con fuerza antes de separarse y miró a Rachel–. Quiero que os quedéis a dormir aquí esta noche, por si hay más temblores. Hay sitio para todos.

–¡Hurra! –exclamó Nicky, emocionado–. ¡Vuelve pronto!

–Sabes que lo haré –dijo Vance y le chocó la palma de la mano. Posó la mirada en Rachel–. Te llamaré.
–Estaremos bien. Ten cuidado –le rogó ella, incapaz de ocultar su ansiedad. –Lo mismo iba a decirte a ti –repuso él, mirándola a los ojos. Segundos después, Vance se fue. Cuando oyeron el ruido del motor del coche, Nicky suspiró.

–Me gustaría que no se fuera.

–Y a mí, pero su trabajo es así –explicó Rachel y dejó el bolso sobre la mesa–. Prepararé la cena. ¿Por qué no vas a buscar el baño y te lavas las manos?

Cuando Nicky hubo salido de la cocina, Rachel hizo una rápida llamada a sus padres para hacerles saber que se encontraban bien. La noticia del terremoto estaría en todos los telediarios. Después de colgar, examinó el contenido de la nevera. Además de un montón de zarzaparrilla, encontró perritos calientes congelados. A Nicky le encantaban. Y a ella, también. Sobre el mostrador, había un frutero con manzanas y melocotones.
Mientras Rachel metía los perritos en el microondas, Nicky entró en la cocina. –¡Mira! ¡Ésta es Katy! –dijo el niño, tendiéndole una fotografía enmarcada. –¿Có-cómo sabes que es su esposa? –preguntó ella con voz

temblorosa. –Porque me enseñó una foto que llevaba en la cartera. Todavía llevaba su foto a todas partes, se dijo Rachel, desesperanzada.

–¿No quieres verla?

No. Pero la curiosidad ganó y Rachel fijó su atención en la fotografía. Era una mujer pelirroja muy guapa. De la imagen, se desprendía que había sido una persona divertida y con mucha personalidad. Pudo entender por qué Vance no había podido superarlo. –Déjala en su sitio, por favor, tesoro, y ven a comer.

–Bien.

Con manos temblorosas, Rachel cortó la fruta. Cuando los perritos calientes estuvieron preparados, los sirvió en dos platos y los llevó a la mesa.

–¡He encontrado a Lobezno! ¡Adivina dónde estaba!

–No puedo ni imaginarlo.

–Junto al mando a distancia, en el salón.

–Apuesto a que Vance sabía que Lobezno te echaba de menos y lo ha sacado para que lo veas. ¿Por qué no os sentáis los dos a cenar? –De acuerdo. Pero a Lobezno no le gusta la comida que comemos nosotros.

–¿Y de qué vive?

–Come unas píldoras especiales.

–Vaya, eso no me parece muy divertido. Qué pena que no pueda saber lo rico que está un perrito caliente.

–Qué tonta, mamá –dijo Nicky, riendo–. Quiero decir, Rachel.

–No pasa nada –repuso ella, emocionada–. Puedes llamarme mamá si quieres.

–¿Crees que mi mamá se enfadaría si te llamara así? –preguntó Nicky con expresión grave.

–No, ella sabe lo mucho que me gustaría ser tu mamá –afirmó Rachel con ojos llorosos.

–¿Te gustaría?

–Sí –contestó ella y tragó saliva–. Te quiero como si fueras mi hijo.

–Yo también te quiero. Le conté a Vance que quería llamarte mamá.

–Me gustaría que me llamaras así siempre que quieras.

Mientras cenaban los dos en casa de Vance, Rachel descubrió que la escena le estaba gustando demasiado. Era como jugar a las familias. Cuando era pequeña, solía jugar a eso durante horas con su vecina. Siempre había una mamá y un niño que esperaban en casa a que el papá volviera del trabajo.

Pero Rachel nunca había jugado a ser la esposa de un guardabosques.

Aquello era distinto. El papá no regresaba a casa a las cinco de la tarde, ni llevaba traje y corbata. En ese caso, la mamá tendría que esperar con el corazón en un puño, sin saber cuándo iba a regresar su esposo ni cuándo iba a tener que volver a irse…

–¿Rachel?

La voz de Vance la despertó. Rachel se sentó en el sofá y se apartó el pelo de los ojos.

–Hola. ¿Cuándo has llegado?

–Acabo de entrar.

–¿Qué hora es?

–Poco más de las once.

–¿Ha habido heridos? –preguntó ella.

–No.

–Gracias a Dios –dijo Rachel y se estiró–. Nicky está dormido en el cuarto de invitados.

–Eso pensé –repuso él.

Vance tomó la foto que habían estado viendo antes y se sentó en una silla, junto al sofá. Quizá su lugar no fuera la mesita, se dijo ella.

–Nicky me la enseñó antes. Tu esposa era muy guapa.

–Sí.

–¿Hace cuánto tiempo murió?

–Cinco años.

Tanto tiempo… y él seguía llevando la alianza. Rachel sintió como si se le clavara una daga en el corazón. –Éramos muy felices –añadió él. –Es obvio –susurró ella–. ¿Por qué no tuvisteis hi

jos?

–Nos conocimos en Alemania cuando los dos estábamos en el ejército. Ella era una de las enfermeras. Después de dieciocho meses de matrimonio, una bomba la mató cuando estaba de servicio en el Medio Este.

–Lo siento mucho, Vance. No puedo ni imaginarlo.

–En ese momento, yo tampoco podía. Dejé el ejército y regresé a Estados Unidos. Me alisté como guardabosques, primero en Colorado, luego en Utah. Mi objetivo era estar aquí para poder ayudar a cuidar a mi abuela, que se había quedado inválida.

–Sé lo que es eso. Mi padre está casi inválido también, lleva casi toda la vida así por una cardiopatía.

–¿Toda la vida? –preguntó Vance, sorprendido.

–Sí. La semana pasada, el médico le habló de una nueva tecnología que podría corregir el problema. Está pensando en operarse. Podría cambiar su vida. Por otra parte, si no sale bien, podría morir en el quirófano. Si mi padre decide hacerlo, tengo que estar con él.

–¿Y si se operara en California y pudiera pasar su convalecencia aquí contigo? Tus padres podrían mudarse aquí de forma permanente.

¿Seguía intentando convencerla de que aceptara el trabajo que le había ofrecido? Era demasiado doloroso para ella.

–Me temo que no saldría bien. Siempre han vivido en Miami. No podrían dejar a sus amigos, todos sus recuerdos… no es factible.

–Seguro que todo eso es importante, pero Nicky y tú sois su vida. Tras la muerte de tu hermano, nada es más importante para ellos.

–Tienes razón, pero no podría pedirles algo así a su edad.

–No creo que sean tan viejos. ¿Cuál es la verdadera razón de tu reticencia? –quiso saber Vance–. ¿Es por el dinero?

–No. Agradezco tu preocupación, pero no quiero hablar más de ello, si no te importa.

–Disculpa. He sido muy insensible al olvidar que éste es el lugar donde Nicky perdió a sus padres. Estoy seguro de que guarda recuerdos que preferís olvidar.

–No es por eso. Esto me gusta mucho. Es un valle majestuoso. Esto es un paraíso.

–Pero te hago sentir incómoda al querer hablar de ello.

Rachel se levantó para poner distancia entre los dos.

–No. Creo que el terremoto me ha asustado a mí más que a Nicky. No quiero ni pensar en que mi padre tuviera que experimentar un temblor así en su estado. Por eso, no puedo ni considerar la opción de mudarnos aquí.

–¿Cuándo vais a volver a Miami? –preguntó él, poniéndose también en pie.

–Pasado mañana.

–¿Lo sabe Nicky?

–Sí. Esta noche ha tenido otro berrinche antes de dormirse. El doctor Karsh me aconsejó que fueran unas vacaciones lo bastante largas, pero no demasiado.

–¿Qué va a pasar cuando quiera volver de vacaciones el mes que viene?

–No puedo responder. Le dije a Nicky que volveríamos la siguiente primavera, pero me doy cuenta de que para él es una eternidad esperar tanto –admitió Rachel–. Discúlpame un momento. Quiero ver cómo esta.

Rachel salió del salón y se dirigió al cuarto de invitados, pues no

quería derrumbarse delante de Vance. Asustada, vio que Nicky no estaba en la cama. Quizá estuviera en el baño. Fue a mirar allí, pero el niño tampoco estaba.

–¿Nicky? –llamó ella–. ¿Dónde estás, tesoro? –Rachel se giró. Vance acababa de salir de su dormitorio–. ¿Está Nicky en tu habitación?

Vance sintió un escalofrío.

–No. Acabo de mirar –repuso él. Corrió hacia Rachel y la agarró de los brazos–. ¿Cuándo lo dejaste en la cama?

–A las ocho, pero no creo que se durmiera antes de las ocho y media –contestó ella, aterrorizada–. ¿Dónde puede estar? –preguntó con ansiedad.

–No puede estar muy lejos –afirmó Vance–. Lo encontraremos.

Vance llamó a Chase para pedirle que iniciara una búsqueda intensiva en el pueblo, empezando por la zona más cercana a su casa. Después de colgar, miró a Rachel.

–Debió de decidir esconderse cuando le dijiste que ibais a volver a Miami. Es algo típico en un niño de su edad.

–Seguro que tienes razón.

–Hoy, Nicky me dijo que quería vivir conmigo. Te juro que lo encontraremos, Rachel.

Mientras Chase organizaba la búsqueda, Vance y ella buscaron en la casa, miraron bajo las camas, dentro de los armarios y en todas partes, incluso dentro de los coches.

–No está aquí. ¡Oh, Vance!

–Shh… –dijo él y la tomó entre sus brazos. La besó en la sien y en la frente–. Tiene que estar cerca. Es de noche y no conoce el parque, seguro que se ha quedado por aquí.

Despacio, Rachel se apartó de sus brazos. Tenía la cara empapada en lágrimas. –Sabía que Nicky estaba decidido a quedarse contigo, pero no pensé que llegara tan lejos.

–Es lo que se hace cuando se ama a alguien.

–Lo sé –repuso ella con voz temblorosa–. Aquí perdió a su padre. Parece que se niega a perderte a ti también. Nunca debí traerlo.

–No digas eso. Nicky conoce el hotel donde os alojáis y puede que esté escondido allí. Iremos a mirar. Vamos.

Cuando sacaron el coche, Baird ya había aparcado delante de la casa y estaba coordinando una búsqueda en los alrededores. Había dado órdenes de buscar incluso en los cubos de la basura.

Vance condujo al hotel y encontró allí dos guardas más del parque, peinando los pasillos y el vestíbulo en busca de Nicky. Todavía no había

aparecido.

Rachel y Vance hablaron con todos los camareros en el comedor. Nadie lo había visto. La piscina estaba cerrada, pero miraron allí también, y en los vestuarios y los baños.

–Vamos, Rachel. Iremos a las oficinas del parque, para ver qué han averiguado.

Minutos después, entraron en su despacho. Beth los siguió con dos tazas de café. Las puso sobre la mesa y abrazó a Rachel.

–No te preocupes. Los chicos encontrarán a nuestro pequeño guardabosques.

–Lo sé. Gracias, Beth.

Rachel se sentó en una de las sillas, esforzándose por controlar sus emociones. Vance llamó a Chase desde su escritorio.

–¿Qué noticias tienes?

–Todo el valle Yosemite está en alerta. Se está buscando en todos los vehículos, incluidos los camiones, en todos los hoteles y todas las tiendas.

–¿Qué haría yo sin ti? –murmuró Vance a su amigo–. Si le pasara algo…

–No le pasará nada. Lo encontraremos.

–Lo sé –repuso Vance y se aclaró la garganta–. Mantenme informado.

Cuando Vance colgó y se volvió hacia Rachel, ella lo estaba mirando con ojos llorosos.

–¿Alguna noticia?

–Todavía, no, pero todos los guardabosques están alertados. Bébete el café. Beth siempre le pone mucho azúcar. Lo necesitas.

Rachel estaba demasiado pálida, observó él alarmado.

–No sé qué hacer. Pensé que el doctor Karsh me había dado un buen consejo, pero ya no… ¡Si le pasara algo, no podría soportarlo! ¡No podría! –exclamó ella, agonizante.

Tampoco él podría soportarlo, se dijo Vance.

–No va a pasarle nada. Lo que tenemos que hacer es decidir qué vas a decirle cuando lo encontremos. Es obvio que para él no basta con pasar las próximas vacaciones aquí en primavera. Si te soy sincero, tampoco a mí me basta. Quiero a ese niño con todo mi corazón.

–Pues ya somos dos –señaló ella, sollozando.

Rachel empezó a temblar. Temiendo que entrara en estado de shock, Vance sacó una manta del armario, con la idea de envolverla en ella.

Entonces fue cuando vio una delatora lata de zarzaparrilla abierta en el suelo, junto a sus botas de goma.

Vance contuvo la respiración y apartó el largo impermeable amarillo

que había colgado sobre las botas. Detrás, encontró lo más bonito del mundo. Dos ojos de color avellana se quedaron mirándolo con ansiedad, como si temieran su reacción.

–Hola, campeón –dijo Vance, acuclillándose.

Rachel soltó un grito sofocado y corrió a su lado.

–Hola –dijo Nicky, mirando a Rachel–. ¿Estáis enfadados conmigo? –preguntó en voz baja. –No –respondió Vance–. ¿Quieres contarnos por qué te escondías? –Porque Rachel me dijo que nos iríamos a casa pasado mañana. Yo no quiero irme. Quiero vivir aquí. –¿Te importa decirme cómo entraste en mi despacho sin que nadie te viera, campeón?

–Esperé en la parte trasera del edificio hasta que uno de los guardabosques abrió la puerta para entrar. Me colé detrás de él sin que se diera cuenta.

–Muy ingenioso. Serías un buen guardabosques.

–¡Quiero ser uno! Cuando nadie miraba, corrí a tu despacho y me escondí aquí. ¿Te molesta que tomara una zarzaparrilla de la nevera? Tenía sed.

Vance rió con alegría. ¡Gracias a la zarzaparrilla lo habían encontrado! Si no, quién sabía cuánto tiempo podría haber seguido Nicky agazapado allí. –La compré para ti. Todo lo que hay en mi nevera es tuyo. Ven aquí, hijo.

El niño lo abrazó y el guardabosques se puso en pie, levantando a Nicky en sus brazos. Miró a Rachel, que estaba empezando a recuperar el color. Nicky le tendió los brazos a su tía. Los tres se estaban abrazando cuando Beth entró en el despacho.

La secretaria se los quedó mirando con ojos como platos.

–¿De dónde has salido, jovencito?

–Estaba en el armario –contestó Nicky.

–¿Quieres decir que has estado ahí todo el tiempo mientras todos te buscaban? –Sí. –Bueno, bien está lo que bien acaba. –Eso es –señaló Vance–. Beth, ¿puedes llamar a Chase para decirle que cese la búsqueda?

Al instante, Vance centró su atención en las dos personas más importantes para él.

–¿Sabes qué, campeón? No he cenado todavía. Vayamos a casa. Podría comerme un caballo.

–¿Y un elefante?

Vance salió al pasillo, aún con el niño en brazos.

–Podría comerme un gorila.

–¿Y un oso?

Rachel se adelantó y les abrió la puerta de la calle.

–Lo siento, chicos, pero sólo nos quedan perritos calientes.

–Yo me he comido dos para cenar, mamá –dijo Nicky con voz somnolienta. Empezó a dormirse en el hombro de Vance.

Una hora después, cuando Nicky se hubo dormido en el cuarto de invitados, Vance acompañó a Rachel al salón.

–¿Te llama mamá a menudo?

–Esta noche ha sido la primera vez. Me encanta.

–Claro que sí.

–Vance, estamos agotados. Ve a la cama y hablaremos por la mañana –sugirió ella y se tapó con una fina manta. No se sentía capaz de seguir teniéndolo tan cerca.

–Eso voy a hacer. Vamos a necesitar descansar para la excursión que he planeado para mañana.

–Gracias por encontrarlo –dijo ella, mirándolo a los ojos.

Él le acarició la mejilla.

–Nicky habría salido de su escondite antes o después.

–Menos mal que no tardó mucho. Y fue gracias a ti. Buenas noches.

–Buenas noches.

Vance salió del salón con una sensación de plenitud que no había experimentado durante años. Todos sus seres amados estaban bajo su techo esa noche.

CAPÍTULO 11

RACHEL se emocionó ante la belleza del paisaje que la rodeaba. El bosque tenía el suelo alfombrado de flores de todos los colores. Después de volar al camping de Tuolumne Meadows, Vance los había llevado de excursión por uno de sus senderos favoritos.

Tras dejar su equipo de pesca en la orilla de un arroyo cercano, habían salido a dar un paseo por la pradera.

–¡No me lo puedo creer! –gritó Rachel, maravillada, riendo de puro gozo.

Nicky se tumbó y empezó a dar vueltas por el suelo. Ella lo imitó y lo agarró. Se quedaron tumbados juntos, sin aliento, mirando al hermoso cielo azul salpicado de nubes que parecían de algodón.

–Nicky, ¿has visto alguna vez un lugar tan hermoso como éste?

–No –respondió el niño y señaló las nubes–. ¡Parecen almohadas!

Mientras observaban las nubes, Vance se tumbó junto a Rachel, con un brazo debajo de la cabeza. Con la otra mano, acercó una florecilla amarilla a la nariz de ella. Olía de maravilla y parecía diminuta en su mano fuerte y bronceada.

Entonces, Rachel se dio cuenta de la marca blanca que tenía en el dedo. No llevaba el anillo. Sorprendida, giró la cabeza hacia él.

Lo que percibió en sus ojos azules fue un deseo tan intenso que la dejó sin respiración. Rachel se quedó allí, sin poder creerlo, mientras él la besaba. Sucedió de forma tan natural que ella lo recibió del mismo modo que recibía el sol que bañaba su cuerpo.

Su profundo amor por él la impulsó a abrir la boca, rindiéndose a su beso. Tumbados entre las flores silvestres, Rachel sólo fue consciente del martilleo de su corazón y del canto de los insectos. Una pasión desconocida para ella se apoderó de todo su cuerpo. Si aquella sensación pudiera durar para siempre…

–¿Vance? ¿Por qué estás besando a Rachel?

Sumergida en el delicioso beso, Rachel tardó un poco más que él en reaccionar. Vance levantó la cabeza con reticencia.

–Porque me apetecía –contestó él con voz ronca. –Ah –repuso Nicky, parado junto a ellos–. ¿Cuándo vamos a ir a pescar?

–Dentro de unos minutos. ¿Por qué no vas a buscar mariposas? No hay muchas en el parque. Mira a ver cuántas puedes contar. Es muy importante.

–Bien. Ahora vuelvo.

–No hay prisa. Tenemos toda la tarde.

Rachel temió hacer o decir algo, por miedo a que aquello fuera un sueño y despertar.

De nuevo, Vance posó los labios sobre los de ella. Ninguno de los dos se molestó en ocultar su ansiedad por estar juntos. Vance se tumbó boca arriba y la colocó encima de él, rindiéndose al deseo que llevaba controlando durante demasiado tiempo.

Rachel sentía lo mismo. Mientras Vance le acari

ciaba la espalda, ella le besó toda la cara y, de nuevo, la boca. Los dos se devoraron con pasión. Sabiendo que Nicky volvería en cualquier momento, Vance se apartó un poco, mirándola.

–Estoy enamorado de ti, Rachel –admitió él y de nuevo le besó el rostro–. Eres lo más bonito que hay en mi vida. Si no te he dicho nada antes, ha sido por Steven. Quería asegurarme de que no había nada más entre vosotros.

–Eso me temía –repuso ella con ojos ardientes–. He estado esperando que me dieras alguna pista sobre tus sentimientos. Oh, Vance, ¡te has convertido en el centro de mi mundo! Te quiero tanto que no puedes ni imaginártelo…

–Sí puedo, porque yo siento lo mismo –afirmó Van-ce y la besó con ternura–. Te necesito. Cuando te fuiste del parque, me sentí perdido.

–Como puedes ver, he vuelto, porque no podía vivir separada de ti. Vance la tumbó de espaldas y la besó, sin conseguir saciar su pasión.

–Oye, Vance, no puedo encontrar mariposas –dijo Nicky, corriendo hasta ellos–. ¿Por qué sigues besándola?

–¡Porque me encanta!

–Ah –repuso Nicky y se quedó mirándolos.

Vance se sentó y sonrió al niño, que se había ganado un lugar en su corazón.

Rachel se enderezó, con el aspecto de una mujer que hubiera sido besada apasionadamente.

–¿Cuándo vamos a ir a pescar?

–Ahora mismo, campeón –contestó Vance y se puso en pie.

Rachel le dio la mano y se levantó también, aunque con algo de dificultad porque todo su cuerpo estaba temblando.

Por suerte, podía culpar al sol de sus mejillas sonrojadas, se dijo Rachel. Ruborizada y excitada, se dirigió hacia el arroyo.

Nicky corrió para alcanzarla.

–¿Te gusta que te bese?

Rachel rió.

–Me encanta, igual que me encanta cuando tú quieres darme un beso.

Vance los alcanzó, le guiñó un ojo a Rachel y se adelantó con Nicky. Ella los siguió de cerca, observando cómo interactuaban. Tuvo que reconocer que no había nada tan perfecto como dos guapos varones discutiendo las bondades de la trucha arco iris sobre las de la trucha morena.

Adentrándose en el bosque, Vance señaló varias rocas redondas, estupendas para sentarse en ellas y tener el mejor ángulo para pescar.

–¡Eh! –llamó Nicky–. ¿Dónde están nuestras cosas de pescar?

Su pregunta sacó a Rachel de sus pensamientos y miró alrededor. Ciertamente, las cañas, junto con una bolsa con comida y refrescos, habían desaparecido de la vista.

–Parece que tenemos compañía indeseada –señaló Vance y sacó su móvil.

Un escalofrío recorrió a Rachel cuando pensó que alguien los había estado

espiando, esperando al momento perfecto para robarles sus cosas. Su mirada se cruzó con la de Vance y tuvo la intuición de que él sospechaba de alguien. Vance se apartó un poco para llamar al equipo de seguridad del parque.

Nicky se quedó pegado a Rachel con gesto de preocupación. Había tenido tantas ganas de ir a pescar… Una de las cañas había sido regalo del abuelo de Van-ce. No era justo. Y menos en un día tan glorioso.

Enseguida, Vance se metió el móvil en el bolsillo y se acercó a ellos.

–Te diré qué vamos a hacer, Nicky. Tengo más cañas en casa. Mañana, iremos a pescar en el valle Hetch Hetchy, donde solía llevarme el jefe Sam, y pescaremos unas truchas gigantes.

–¿Tenemos que irnos a casa ahora? –preguntó el niño, haciendo un puchero.

–Eso me temo. Ha sucedido algo en el parque de lo que tengo que encargarme en persona. Pero, cuando descanséis un poco en el hotel, podremos hacer lo que tú quieras.

–¿Podemos volver a tu casa para cenar?

–Claro que sí –repuso Vance y miró a Rachel, buscando su aprobación.

Ella asintió mientras el pulso se le aceleraba.

Nicky le dio la mano a Vance y se encaminaron hacia la parte inferior de la pradera.

–Quien nos haya robado las cosas, es muy malo. Se han llevado tus moscas.

–Sí, pero no se lo van a quedar, porque yo quiero que me devuelvan mi regalo –prometió Vance.

Una vez más, Rachel tuvo la sensación de que él sabía más de lo que decía.

–¡Cuando los atrapes, deberías encerrarlos!

–Claro que sí. Luego, un juez federal los condenará.

Vance se dirigía a la cabaña donde estaban las celdas de detención cuando Chase lo alcanzó.

–Siento haber estropeado tu excursión con Rachel, pero Mark y yo queríamos que vieras a los cuatro tipos que atrapamos con tus cosas.

–¿Habéis recuperado todo?

Chase asintió.

–¿Lo han estropeado?

–No.

–Me alegro. Pretendo regalarle a Nicky la caña que me regaló mi abuelo. ¿Dónde los atrapasteis?

–En la zona donde encontraste las primeras plantas de marihuana. Cuando les pedí sus licencias para pescar, no las tenían. Examiné su equipo y reconocí tu cesta de aparejos para pescar.

–Has hecho un trabajo excelente. Los has detenido antes de que pudieran destruir mis cosas. Chase miró el dedo sin anillo de su amigo y sonrió. –Te hablaré de eso después –se adelantó a explicar Vance.

–Eso espero. Ya está bien de malas noticias. Antes de que los federales lleguen, entra a ver si puedes identificar a alguno de esos tipos. Si es así, seguramente

podremos añadir más tiempo de cárcel a la sentencia.

–¿Crees que los he visto antes?

–No lo sé. Mientras los esposábamos, uno de ellos le dijo algo a su compañero sobre que se alegraba de que el guardabosques jefe no estuviera allí para reconocerlos.

–Qué interesante. Echaré un vistazo.

Baird abrió la cerradura para que Vance pudiera entrar en la zona de las celdas.

Había cuatro tipos repartidos en dos celdas. Eran los mismos que había echado de la piscina hacía unas semanas. En aquella ocasión, Vance había asumido que eran estudiantes que habían bebido demasiado. Sin embargo, eran criminales que trabajaban en la plantación de marihuana. Se alegró de que estuvieran entre rejas.

–Bingo –le dijo a Chase, una vez fuera.

Vance le habló del incidente en la piscina y, después, redactó y firmó su informe.

–Llama al socorrista de la piscina para que haga su declaración. También él los identificará.

–Excelente –repuso Chase y miró a su amigo a los ojos–. Pareces diferente.

–Esta tarde le he dicho que estoy enamorado de ella.

–¿Y? –quiso saber Chase, sonriendo de oreja a oreja.

–Ella también está enamorada de mí –confesó Van-ce, pletórico.

–No tenía ninguna duda. Después de quitarte el anillo, supongo que todo fue coser y cantar. Me alegro por ti. Los tres estáis hechos para estar juntos.

–Algún día, te pasará lo mismo a ti.

–Vayamos poco a poco, ¿no te parece? Espero que, algún día, Nicky sea tu hijo legalmente. Así, tal vez, puede que su tío Chase acabe gustándole. Ahora vete a casa con tu familia. Te veo luego, cara de huevo.

Vance rió. Se metió en el coche y pisó el acelerador a fondo para salir de allí. Al llegar a casa, Nicky corrió hacia él para saludarlo. Aquello era una nueva experiencia para el guardabosques, algo con lo que siempre había soñado, a pesar de que había creído que nunca podría tener hijos. Los dos se abrazaron.

–Entra. Hemos hecho una cena estupenda –dijo el niño.

–No puedo esperar. ¿Qué es?

–Perritos calientes y macedonia de frutas.

–Perfecto. ¿Sabes qué? He recuperado nuestro equipo de pesca. Mañana iremos a probar las moscas que me regalaste.

–¡Hurra!

Al ver a su deliciosa Rachel en la cocina, Vance se derritió, rebosante de alegría.

Tras ducharse y cambiarse en un santiamén, Vance se reunió con ellos en la mesa de la cocina. Rachel lo miró mientras devoraba la comida.

–Nicky dice que has recuperado tus cosas. –El bueno de Chase. Siempre caza a los malos. Este parque no sería lo mismo sin él. –¿Podemos jugar ahora? –preguntó Nicky cuando se terminó la comida–. Rachel ha traído un parchís.

–De acuerdo pero, primero, quiero hacerte una pregunta muy importante. Quiero que lo pienses bien antes de responder.

–¿Qué? –preguntó Nicky con carita de preocupación.

–¿Qué te parecería si Rachel y yo nos casáramos?

–Ah, eso. Me parece genial –dijo Nicky enseguida, con expresión de felicidad.

–Pero ni siquiera lo has pensado.

–Sí, claro que sí. Cuando volvimos a casa, se lo dije a los abuelos. Vance miró a Rachel, emocionado. Ella tenía los ojos brillantes. –¿Seréis mi nuevo papá y mi nueva mamá? –preguntó Nicky, observando a los dos. –Sí –repuso Rachel al fin–. Seremos tus nuevos padres. –Te quiero, campeón. Daría cualquier cosa por ser tu papá –afirmó Vance, lleno de amor. –¡Yo quiero que lo seas! –exclamó el niño y se lanzó a sus brazos. Por encima de la cabecita rubia del niño, Vance miró a Rachel.

–¿Entonces, todos de acuerdo?

–Sí. Te amo, señor Rossiter. Quiero casarme contigo, no puedo esperar. Nicky soltó a Vance y corrió al otro lado de la mesa para abrazar a su tía.

–¿Cuándo será la boda? ¿Mañana? –preguntó Nicky.

–Oh, no, tesoro –dijo ella, riendo y llorando a la vez–. Hay que preparar muchas cosas antes. –Pero nos quedaremos aquí, ¿verdad? –Sí. Tendremos que hablarlo también con los abue

los.

–Me gustaría que ellos también vivieran aquí.

–Eso puede arreglarse –dijo Vance y se puso en pie–. Ya sabes que tengo una casa en Oakhurst. Quizá puedas convencerlos para que vivan allí después de que tu abuelo se opere. Así, podrás visitarlos todo el tiempo.

–Y podrán quedarse en nuestra casa algunas veces –dijo Nicky, con una sonrisa radiante.

–Pueden venir siempre que quieran.

Vance tomó a Rachel entre sus brazos y se miraron a los ojos.

–Te amo. Tú sabes que esto es para siempre.

–Mucho mejor, porque quiero tener hijos contigo. Nicky va a necesitar hermanitos.

–Lo que desees –contestó Vance y la besó, deseando celebrar la noche de bodas en ese instante. Pero no era el momento ni el lugar–. Llamemos a tus padres.

Cuando Vance notó que Nicky lo abrazaba por las piernas, comprendió, maravillado, el significado de la visión del jefe Sam.

«Después de diez primaveras, ayer encontramos tres polluelos de búho gris cerca de los confines del prado. Se te va a presentar una gran oportunidad que cambiará tu vida».

Si quieres conocer la historia de Chase, no te pierdas el Jazmín titulado *Dame otra oportunidad*, de Rebecca Winters